

LA HUELLA IMBORRABLE

EL ÚLTIMO VIAJE DE UN JUEZ

EDUARDO ALEJANDRO
JARAMILLO SALGADO



PODER JUDICIAL
DEL ESTADO DE MÉXICO



EDUARDO ALEJANDRO JARAMILLO SALGADO

La huella imborrable
El último viaje de un juez

EDUARDO ALEJANDRO JARAMILLO SALGADO

La huella imborrable

El último viaje de un juez



PODER JUDICIAL
DEL ESTADO DE MÉXICO



Esta obra pertenece a la Colección Editorial Rumbo al Bicentenario. Centro de Investigaciones Judiciales de la Escuela Judicial del Estado de México. Calle Leona Vicario núm. 301, Col. Santa Clara C.P. 50090, Toluca, Estado de México Tel. (722) 167 9200, Extensiones: 16821, 16822, 16804. Página web: <http://www.pjedomex.gob.mx/ejem/>

Editor responsable:

DR. EN D. JUAN CARLOS ABREU Y ABREU
Director del Centro de Investigaciones Judiciales

Editora ejecutiva:

LIC. EN D. MARÍA FERNANDA CHÁVEZ VILCHIS

Asistente editorial:

LIC. EN D. JESSICA FLORES HERNÁNDEZ

Diseño de ilustraciones y portada:

MIGUEL ÁNGEL BARRANCO

© Poder Judicial del Estado de México

© Ubijus Editorial, S.A. de C.V.
Begonias 6-A, Col. Clavería, C.P. 02080
Azcapotzalco, Ciudad de México
www.ubijus.com
contacto@ubijus.com
(55) 53 56 68 91

ISBN: 978-607-8875-71-9

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida sin el permiso de la editorial. Como también, sin importar el medio, de cualquier capítulo o información de esta obra, sin previa y expresa autorización del autor, titular de todos los derechos.

Esta obra es producto del esfuerzo de los autores, especialistas en la materia, cuyos textos están dirigidos a estudiantes, expertos y público en general. Considerar fotocopiarla es una falta de respeto y una violación a sus derechos.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente reflejan la postura del editor.

Consejo de la Judicatura del Estado de México

Magistrado Dr. Ricardo Alfredo Sodi Cuellar

Presidente

Magistrado Dr. en A. J. Raúl Aarón Romero Ortega

Consejero

Magistrado Dr. en D. Enrique Víctor Manuel Vega Gómez

Consejero

Jueza Dra. en D. C. Astrid Lorena Avilez Villena

Consejera

Jueza M. en D. P. P. Edna Edith Escalante Ramírez

Consejera

M. en D. A. Cristel Yunuen Pozas Serrano

Consejera

M. en D. Pablo Espinosa Márquez

Consejero

Junta General Académica

Dr. Ricardo Alfredo Sodi Cuellar

*Presidente del Tribunal Superior de Justicia
y del Consejo de la Judicatura del Estado de México*

Dr. César Camacho Quiroz

*Profesor-Investigador de tiempo completo
de El Colegio Mexiquense*

Dr. José Ramón Cossío Díaz

*Ministro en retiro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación
y Miembro de El Colegio Nacional*

Dr. Juan Luis González Alcántara Carrancá

Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación

Dr. Gerardo Laveaga Rendón

*Profesor del ITAM y Coordinador de la Comisión de Ciencia,
Cultura y Derecho de la Barra Mexicana Colegio de Abogados*

Dr. Diego Valadés Ríos

*Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones
Jurídicas de la UNAM*

Escuela Judicial del Estado de México

Dr. Jaime López Reyes

Director General

Dra. María de la Luz Ruiz Beltrán

Coordinadora de Enlace Académico

Dr. Juan Carlos Abreu y Abreu

Director del Centro de Investigaciones Judiciales

Consejo editorial

Dr. en D. Juan Carlos Abreu y Abreu
Poder Judicial del Estado de México

Lic. en D. Mateo Mansilla-Moya
Revista Abogacía

Mtra. en D. María José Bernáldez Aguilar
Universidad Autónoma del Estado De México

Dra. en D. E. y S. María Solange Maqueo
Universidad La Salle

Dr. en J. C. y D. F. Rodrigo Brito Melgarejo
Universidad Nacional Autónoma de México

Lic. en H. y E. Iván Martínez Aguirre
Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en D. Manuel Jorge Carreón Perea
Instituto Nacional de Ciencias Penales

Dr. en D. José Ramón Narváez Hernández
Poder Judicial de la Federación

Dr. en D. Héctor Carreón Perea
Instituto Nacional de Ciencias Penales

Dra. en D. Fabiola Martínez Ramírez
Tecnológico de Monterrey

Lic. en D. María Fernanda Chávez Vilchis
Poder Judicial del Estado de México

Dr. en C. S. Luis Raúl Ortiz Ramírez
Universidad Autónoma del Estado de México

**Dr. en D. Javier Espinoza
De Los Monteros Sánchez**
Universidad Anáhuac

Dra. en D. Yaritza Pérez Pacheco
*Universidad Internacional
de la Rioja en México*

Dr. en D. José Antonio Estrada Marún
*Academia Interamericana
de Derechos Humanos*

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien
Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en D. Rafael Estrada Michel
Poder Judicial del Estado de México

**Dr. en D. Francisco Rubén
Quiñónez Huízar**
Universidad Nacional Autónoma de México

Dr. en C. P. y S. Alfredo García Rosas
Universidad Autónoma del Estado de México

Lic. en D. María Gabriela Stramandinoli
*Tribunal Superior de Justicia
de la Ciudad de México*

Dr. en F. D. Juan Jesús Garza Onofre
Universidad Nacional Autónoma de México

**Dr. en D. Jorge Alejandro
Vásquez Caicedo**
Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en C. P. y P. C. Eliseo Lázaro Ruíz
Instituto Nacional de Ciencias Penales

Contenido

Sinopsis	13
Prólogo	17
Reflexión.....	23
Introducción	25
Verano.....	31
¿Y mi ángel de la guarda?.....	49
¿De verdad existe el amor?	61
Ofensa, decepción y muerte	77
Situaciones tan extrañas que te dejan sin palabras.....	89
El cazador fue cazado	99
El perdón. Un verdadero y genuino acto de humildad	111
Una trágica historia de amor.....	119
El doloroso relato de Jovita	129
Una historia llena de incógnitas y dudas	143

Sinopsis

Las juezas y jueces siempre han sido censurados por el despiadado tribunal de la opinión pública. Sus decisiones se cuestionan y son acusados de traicionar la ley. Empero, ¿alguna vez te has preguntado cómo vive la justicia un sirvo de ella?, ¿cuáles son sus angustias, soledad, sufrimiento y dolor? Acompáñame, quizás ahora los entiendas mejor.

*Padre mío, gracias por haberme escogido,
de entre muchos de tus hijos, para juzgar a
mis semejantes. Ha sido una tarea difícil;
hoy te entrego las cuentas y te corresponde a
ti juzgarme. Apíadate de mí.*

Prólogo

En un mundo donde el tiempo fluye como un río incesante, nuestro protagonista se encuentra en un cruce de caminos. Treinta y cinco años han pasado desde que comenzó a juzgar a sus semejantes y, sin embargo, su mente sigue afilada, recordando los días de juventud con una claridad sorprendente. El espejo le devuelve un rostro envejecido y un cuerpo fatigado, pero su espíritu sigue vibrante, como si los años no hubieran dejado huella en él.

La vida, como un acreedor implacable, ha cobrado su factura. Las noches en vela, las penas, la soledad y los achaques físicos han dejado su marca. La glucosa elevada, la hipertensión, los dolores en las caderas y las piernas, la vista que se desvanece lentamente: todos los síntomas de un cuerpo que ha vivido más de medio siglo. El reloj biológico le susurra que el tiempo se agota.

Pero, ¿vivir puede realmente reducirse a nacer, crecer, reproducirse y morir? Nuestro protagonista no lo cree así. La vida es más que una sucesión de etapas predefinidas. Es un lienzo en blanco que cada uno de nosotros pinta con nuestras elecciones y experiencias. A pesar de las dificultades, hay belleza en la lucha, en el amor y en la pasión por lo que hacemos.

La profesión u oficio que eligió, el camino que recorrió, el de un genuino juzgador, ahora se extiende ante él como un sendero nebuloso. La niebla densa que envuelve todo parece reflejar su incertidumbre. Y entonces, la revelación que debimos comprender cuando leímos *Autopsia de un juez* se hace patente en su propia persona. Está muerto. Un infarto fulminante lo ha llevado al otro lado, donde el frío es penetrante y los árboles parecen esqueletos quemados.

¿Qué sigue después de la muerte? ¿Hay un juicio final, una autopsia de nuestras acciones y decisiones? El protagonista se encuentra en un lugar entre mundos, atrapado en la niebla y la quietud. Su historia, su legado, se despliega ante él como un pergamino desgastado.

En un mundo rulfiano, suspendido entre la vida y la muerte, donde el frío se adhiere a los huesos y la desolación se extiende como un manto, nuestro protagonista se encuentra atrapado en un lugar que desafía toda lógica. Los árboles, esqueletos retorcidos, parecen haber sido consumidos por un fuego invisible, y la neblina densa envuelve todo en un abrazo gélido.

Las voces, un coro de almas errantes, lo rodean. Hombres y mujeres profiriendo susurros que flotan en el aire, como si la bruma misma fuera su voz. “¿Es usted, licenciado?”, “¿eres tú, compadre?”, preguntan, pero no hay respuestas. Solo el eco de sus palabras que se pierde en la niebla.

Y entonces, una voz joven y dulce se alza por encima del murmullo. “¿Aún se acuerda de mí, licenciado?”. La curiosidad y la sorpresa se entrelazan en su mente. ¿Quién es esta mujer que emerge de la penumbra?

“¿Quién eres?”, le pregunta, y la figura se acerca. La neblina cede, revelando a una mujer demacrada. María. El nombre resuena en su memoria como un eco lejano. La

última vez que la vio fue en los juzgados de la zona oriente del estado, donde los mexicas dejaron su huella en el pasado.

María, la pasante de derecho de los años noventa, con su humildad y determinación. La misma que buscó su consejo, que anhelaba aprender y servir en el poder judicial. Su piel ahora tiene un tono gris acero, sus ojos hundidos en sus cuencas. Pero el abrazo que le ofrece es cálido, lleno de emociones contenidas.

Las lágrimas de María son un puente entre dos mundos. En ese instante, el licenciado recuerda su propia vida: los casos, las decisiones, los rostros que pasaron por su despacho. ¿Qué secretos oculta este lugar entre la vida y la muerte? ¿Qué juicio aguarda al juez que ahora se enfrenta a su propio pasado?

Las nuevas sobre María llegaron meses después, como un eco lejano. Eso sí lo recuerda bien: el nuevo juzgado, al norte del estado, un lugar donde las “ratas” prosperan. Allí, una señora mayor espera al juez, cargando una cazuela de barro y una bolsa llena de tortillas y otros manjares.

Doña Dolores, la madre de María, agradece el apoyo que desde siempre ha brindado a su hija. El mole verde con pollo, las tortillas y los frijolitos son un gesto de gratitud. Aunque comer en las oficinas no es apropiado, el juez comparte la comida con sus compañeros y con doña Dolores. Un momento de camaradería, de humanidad en medio de la burocracia.

Años después, cuando el juez es miembro de un tribunal de alzada, doña Dolores vuelve a buscarlo. Su figura es irreconocible, marcada por el tiempo y las penas. Pero el corazón del juez se encoge al verla. ¿Qué secretos oculta esta mujer, esta conexión entre pasado y presente? ¿Qué juicio aguarda al juez que ahora se enfrenta a su propio legado? En un rincón de la memoria, donde los recuerdos se

entrelazan con el presente. El corazón del señor magistrado se encoge al ver a doña Dolores irreconocible, marcada por el tiempo y la pena, llevando consigo una historia de dolor y gratitud.

—Mi María acaba de morir —dice doña Dolores con voz temblorosa. El juez no puede evitar sentir una punzada de tristeza. “¿Cómo pudo suceder? ¿Por qué una vida joven se apagó tan pronto?”.

—María estaba embarazada, pero el bebé murió dentro de su cuerpo. Nadie se dio cuenta a tiempo. El marido, indiferente o temeroso, no buscó ayuda médica. Y así, la vida se desvaneció entre fiebre y dolencias —la respuesta se le clavó como un puñal en el corazón.

“¿Por qué Dios me la quitó?” —pregunta doña Dolores. El juez no tiene respuestas. Solo escucha, impotente, mientras la madre desahoga su dolor. María siempre hablaba de él, decía que era un ángel, el único que no la despreció y le tendió la mano en su humildad.

El SEMEFO espera. El lugar donde los cuerpos descansan en silencio. El fiscal adscrito escucha la historia y la burocracia se pone en marcha. El cuerpo de María será entregado. El juez acompaña a doña Dolores hasta su hogar, un lugar modesto, lleno de recuerdos y carencias.

María yace pálida, su rostro refleja la tristeza de una vida truncada. El juez le toca la frente, agradeciéndole en silencio por haber cruzado su camino. Y entonces, en una pequeña mesita, una fotografía llama su atención. Los compañeros del juzgado, la modesta reunión de fin de año, aquel mole verde que María llevó.

En ese instante, el juez comprende que las huellas que dejamos en la vida de otros son más duraderas de lo que imaginamos. María, la pasante de derecho, el ángel que nunca olvidó. Su legado vive en esa fotografía, en el sabor del mole verde, en el corazón de quienes la conocieron.

Ahora, en los avernos, todo comienza a tener sentido. Y es así como comienza el último viaje del señor juez Eduardo Jaramillo. Será, nos dice, el de la huella imborrable.

Volvemos a prologarlo. Ojalá ahora hayamos sido más perspicaces. En todo caso, la *Autopsia* y la *Huella* son lecturas que no han de olvidarse.

RICARDO ALFREDO SODI CUELLAR

Magistrado Presidente del Tribunal Superior de Justicia y del Consejo de la Judicatura del Poder Judicial del Estado de México

Reflexión

Hoy, después del camino andado, es cuando la nostalgia me invade, pues el libro de vida se termina.

Mi coraza, mi toga, está hecha pedazos, rastro evidente de las mil y un batallas que libré en los tribunales.

No sé si las decisiones que tomé fueron las mejores, pero lo que sí sé es que en cada sentencia entregué todo mi sentimiento y conocimientos, tratando siempre de hacer justicia y honrando la memoria de los grandes juristas.

Mis ojos se cansaron de tanto leer, mi espalda se curvó y mis riñones ya han perdido su fuerza.

Empero, mi mente sigue lúcida como el primer día que ingresé al glorioso Poder Judicial. Aún me estremezco al recordar el primer “teclazo” que di en una máquina de escribir Olimpya. Escucho el murmullo de la gente y abrazo con pena aquellas historias contenidas en cada expediente.

Extraño a mis compañeras y compañeros de vida, algunos se me adelantaron en este viaje, pero ahora estoy a su lado, otros siguen en la batalla.

Aprendí a respetar a todos y a jamás denostar la experiencia del “veterano”.

Reconocí que el estudio diario y serio siempre habrá de garantizar una mejor impartición de justicia, pero, sobre

todo, logré desenmascarar a aquellos que afirman que, como siervo de la justicia, nunca debes involucrarte en los asuntos puestos al escrutinio de tus conocimientos, que tienes que ser frío y resolver lo que esa ecuación jurídica te dé como resultado.

Eso es falso, porque quien así lo haga nunca será digno de redimirse a los brazos de la diosa Themis, pues tiene un corazón de hierro y por sus venas solo corre lodo. Carece de alma y sentimiento, el conocimiento de la ley no lo es todo.

Por el contrario, si entiendes que impartir justicia es una elevación extraordinaria, porque te coloca en una posición tan sublime en la que Dios mismo te encomendó juzgar a tus semejantes con pasión, humildad, equidad, prudencia, entonces, ese día, con orgullo y dignidad, podrás decir: ¡en vida fui juez!

Introducción



Hoy me encuentro muy triste y melancólico. Nunca pensé —y menos imaginé— que 35 años pasarían como un suspiro.

Veo mi rostro envejecido y un cuerpo cansado, pero, extrañamente, mi mente, mi pensamiento y mis acciones siguen lúcidas y vibrantes, sí, como en aquellos años maravillosos de mi juventud.

Sin embargo, la vida te cobra la factura; cómo no, tantas malpasadas, desvelos, aflicciones y soledad, poco a poco, van mermando la salud. La glucosa elevada, la hipertensión incontrolable, los dolores intensos de cadera y piernas, la notable disminución en la vista y más de medio siglo de vida. Todo, en su conjunto, te avisa que no habrás de durar mucho tiempo más en este mundo.

En fin, ese es el ciclo de la vida: nacer, crecer, reproducirse (si quieres) y morir.

Empero, ¿de verdad es así de simple? No lo creo, pienso que debes vivir intensamente y disfrutar al máximo lo que te ha tocado.

Quizás no sea lo más maravilloso, pero es tu vida y, *per se*, debes abrazarte a ella, amarla con todas tus fuerzas, y también sufrirla, porque en el camino inescrutable del destino que tú mismo has edificado se halla la profesión u oficio que decidiste desarrollar.

Precisamente en ese camino me encuentro.

Pero..., ¡qué cosas estoy diciendo!, ¿por qué hablo o pienso que ya pronto voy a morir, que la vida te cobra la factura, que la glucosa elevada, etcétera?

Yo ya estoy muerto, morí a causa de un infarto fulminante, Así quedó el testimonio de ese fatal día en la *Autopsia de un juez*.

Con razón tengo tanto frío, todo a mí alrededor es muy desolado, los pocos árboles que se alcanzan a mirar no tienen hojas. Más bien, se ven como si hubieran sido quemados.

Luego, esa intensa neblina que se tiende como un manto muy denso sobre todo el lugar le da un aspecto francamente espectral.

Escuché que alguien me habla, bueno, más bien eran varias voces de mujeres y hombres. “¡Hola!, qué gusto”, “¿cómo estás?”, “no te sientas triste ni solo, aquí estamos”.

Volteaba de un lado a otro, hacia atrás, pero no veía a nadie, solo escuchaba voces. Reconocí algunas: “¿es usted licenciado?”, “¿eres tú compadre?”.

Nadie respondió, excepto una mujer. Su voz era joven y dulce. Dijo: “¿aún se acuerda de mí, licenciado?”.

—¿Quién eres?, déjame verte—. Así, poco a poco, la neblina se empezó a disipar, permitiéndome notar su silueta.

Se fue acercando, y muy grande fue mi sorpresa al ver que se trataba de María. Hace muchísimos años que no la veía, la última vez fue en los juzgados de la zona oriente del estado, allá donde los aztecas se daban baños de temazcal y surcaban gloriosamente el Lago de Texcoco.

La noté muy delgada, su tez tenía un tono gris acero y sus ojos estaban sumidos en sus cuencas.

No dijimos más palabras, solo me abrazó y lloró intensamente. En ese momento, como en una película en acción rápida, la recordé cuando llegó al juzgado del que yo era titular. Fue por los años noventa. Era una chica muy joven, sencilla y de extracción muy humilde. Pidió hablar conmigo, le atendí y me indicó que era pasante de la carrera de Derecho, que su intención era prestar sus servicios profesionales como meritoria en el poder judicial.

Le dije que sí, pues lo que siempre hace falta en los tribunales es personal; esbozó una sonrisa muy grande. Sus ojos se llenaron de gratitud, no lo podía creer, pues me confesó que ya en otros lugares le habían negado la oportunidad de aprender.

Resultó ser una extraordinaria compañera de trabajo, siempre dispuesta a colaborar en todo lo que se le pedía, jamás se negó. En verdad, fue de esas personas que nunca volví a encontrar.

Sin embargo, después de dos o tres años fui removido de mi adscripción, no sin antes haberla propuesto como archivista, plaza que, en efecto, le fue concedida. De eso me enteré un par de meses después de mi cambio. Sucedió en una ocasión cuando llegué al juzgado del que fui titular, allá por el norte del Estado, lugar donde las “ratas” han hecho su modo de vida.

Una señora mayor estaba esperándome. Llevaba una cazuela de barro y una bolsa de mandado con tortillas y otras cazuelas más pequeñas en su interior. Mi secretaria me comentó que la persona indicada quería hablar conmigo.

—Bueno, que pase —nos entrevistamos, y resulta que era la mamá de María, quien me venía a agradecer el apoyo que le brindé a su hija, quien ya había entrado a trabajar como archivista y me mandaba un mole verde con pollo, tortillas y frijolitos para desayunar.

Caray, aunque no está bien comer en las oficinas, una vez al año no hace daño, y siendo que era demasiado para mí, procedí a compartir con mis compañeros del juzgado y con la mamá de María, la señora Dolores.

Terminamos de comer, doña Dolores se despidió y no supe más de ella, hasta años después, precisamente cuando yo era integrante de un tribunal de alzada y ella pidió entrevistarse conmigo. Le dijo a mi secretaria quién era, y yo, en efecto, la recordé de inmediato e hice que pasara.

Al verla se me encogió el corazón. Estaba irreconocible, totalmente acabada.

Me dijo: “señor magistrado, vengo a verlo con una pena muy grande, mi María acaba de morir, no me la quieren dar en el Ministerio Público”.

—¿Pero cómo?, ¿qué le pasó? Era muy joven —quedé atónito.

—Es que estaba embarazada, el bebé murió dentro de su cuerpo. Nadie se dio cuenta, solo empezó con mucha fiebre y dolencias. El marido no la quiso llevar al doctor y se la pasó con remedios caseros... ¿Por qué Dios me la quitó?, ¿por qué?

“Ayúdeme, ayúdeme, ella siempre hablaba de usted, siempre le quiso mucho, decía que usted era un ángel, el único que no la despreció y le ayudó a pesar de lo pobres que somos.

—¿Dónde está?

—Acá en el SEMEFO, está a un par de horas.

—¡Vamos!

Llegamos al lugar, hablé con el fiscal adscrito, le expliqué la situación, me escuchó, me pidió tiempo para realizar sus diligencias, entendí, y gentilmente ejecutó con rapidez los trámites necesarios. Así, procedió a ordenar la entrega del cuerpo de María.

La trasladamos hasta la casa de su madre, un hogar muy humilde. Los acompañé un largo rato, me despedí, y hasta ese momento me acerqué a mi pequeña María. Estaba muy pálida y su rostro se miraba muy triste. Eso me hizo derramar algunas lágrimas, únicamente le toqué su frente y le dije que le agradecía el haberme permitido conocerla.

Me di vuelta y silenciosamente salí de la casa, sin embargo, antes de hacerlo giré a mi costado izquierdo y vi una fotografía en una pequeña mesa. Me acerqué y la tomé. En la imagen aparecían todos los compañeros del juzgado donde María había fungido como meritoria. Nos habíamos tomado esa fotografía en la modesta reunión de fin de año, en la cual María llevó mole verde, y yo le dije que estaba delicioso.

María se veía feliz, pero ahora, tendida, dejaba una ola de tristeza y melancolía por su partida. Todos estábamos tristes, a excepción de su marido, al cual noté tranquilo y muy sereno, por eso no me extrañó que, posteriormente, el viudo estuviera cobrando la pensión de María, se hubiera vuelto a casar y se la llevara muy bien.

Finalmente, la película en cámara rápida cesó y solo abraza muy fuerte a María, le pedí que no llorara más. A pesar de que su misión en la vida terrenal fue muy corta, dejó el recuerdo perenne de su bondad. Dios no quiso que ese bebé se quedara sin madre y por eso decidió llamarlos a su presencia.

Ella me dijo que siempre me recordó con mucho cariño y gratitud, se alegraba de verme y esperaba que mi camino en el limbo en que me encuentro terminara pronto, para que, como ella, encontrara la paz eterna.

Dicho lo anterior, siguió su camino. Así se fue, difuminando en ese manto de neblina en el que nos encontrábamos, volteó y solamente se agachó y se fue.

Me sentí tan mal, tan solo y triste, que me eché a llorar como un niño. Poco tiempo después seguí mi camino y vi una especie de laberinto. Me acerqué y vi que en la entrada estaba una joven rubia que quise reconocer; me llamó, la vi bien, sí, era ella. Me guio a un cuarto, nos sentamos, y me dijo:

—¿Se acuerda de mi asunto?

—Pero claro, ¿cómo lo podría olvidar?

Y... esta es su historia.

Verano



Verano era una chica muy alegre. Fue buena hija, hermana y estudiante, ganó un premio en oratoria y gozaba del reconocimiento de sus compañeros.

Le gustaba ejercitarse y regularmente participaba en maratones. Aunque nunca llegó en primer lugar, siempre los terminó.

Anhelaba una relación amorosa seria y duradera, sin embargo, no corrió con esa suerte, pues solo tuvo unas pocas relaciones fugaces y sin trascendencia alguna.

Eventualmente, ello la ponía melancólica, pues deseaba amar y ser amada. No buscaba un príncipe azul, simplemente un buen hombre que la quisiera y respetara.

En algún punto de su vida conoció al ingeniero Roberto, mejor conocido por sus amistades como *Robert*. Él era un personaje sombrío y maduro, pues le llevaba unos 15 años de diferencia.

Rápidamente se percató de la vulnerabilidad de la pequeña Verano; así, la empezó a frecuentar, le hablaba por el teléfono, la halagaba, iban a comer y la trataba de lo mejor.

Aunque no era precisamente lo que ella buscaba —pues la diferencia de edades era un tema que no la tenía muy convencida ni a gusto—, poco a poco se fue enamorando de *Robert*. Y éste poco a poco se fue apoderando de ella, a tal punto que los halagos se esfumaron y las palabras amables se convirtieron en gritos e insultos. Todo ello vino a generar violencia en su relación, lo que se prolongó por algunos años.

Para esos momentos, Verano estaba trabajando en una tienda de autoservicio, ocupaba el cargo de jefa de almacén, lo cual le permitió conocer a nuevas personas y tener un trato más cordial y relajado.

Ahí conoció a Serafín, un joven alegre, bonachón y risueño, pero trabajador y responsable; era un año mayor que ella, se llevaban de maravilla, simplemente estaban hechos el uno para el otro.

A medida que el trato entre ellos se fue prolongando, inevitablemente surgió el amor verdadero.

Verano estaba muy angustiada y temerosa, porque aún no había roto totalmente su relación con *Robert*, pues, a pesar de que se había alejado de él, éste seguía acosándola. Ella desconocía que el ingeniero había estado casado antes de conocerla y que de aquella relación había procreado dos hijos, que en la actualidad ya eran adolescentes. Pero lo verdaderamente grave es que a su exesposa le propinaba golpizas que le ocasionaron lesiones irreversibles, como fueron la amputación de los dedos índice y anular de la mano izquierda y la disminución de la audición, y ni se diga de los daños psicológicos que tanto abuso le dejaron.

Robert siempre dijo que esos ataques de ira provenían de un encuentro paranormal que tuvo cuando era niño. Contaba que, siendo hijo único, vivía con sus padres en un rancho ubicado en la zona caliente del estado.

Su padre, que era alcohólico y abusivo con él y su madre, fungía como encargado de esa finca. A pesar de ser un lugar especialmente bonito —pues había árboles frutales, animales domésticos, e incluso tenía un río que cruzaba toda la propiedad—, estaba muy alejado del centro del pueblo y no había vecinos cerca. Incluso, para comprar víveres era necesario cabalgar cerca de tres horas para llegar a la tienda de don Timoteo, el cual no se cansaba de explicar a sus clientes que su negocio se cerraba a las 6:00 p.m. en punto, porque después de esa hora era muy peligroso, pues los demonios se soltaban. Tan cierto era que a su querida esposa, doña Conchita, se la había cargado el nahual. Prueba de ello es que cuando encontraron su cuerpo abandonado a las orillas de la cascada Velo de Novia, su rostro dejó clara constancia de que murió de espanto, pues ni una sola lesión se le encontró. En el certificado de defunción, en el apartado destinado a la causa de la muerte, los médicos solo escribieron “desconocida”.

Todo esto le importaba a *Robert*, por tanto, fiel a esa recomendación, diariamente, a partir de las 6:00 p.m., se encerraba en su cuarto.

Resulta que el 3 de noviembre de 1967, su padre, don Ángel León Trueba, a eso de las 4:00 p.m., llegó muy ebrio a su casa, le pidió la botella de mezcal, que su señora esposa, doña Esperanza de la Barrera Íñiguez, tenía guardada en el ropero, pues deseaba embriagarse más.

Lamentablemente, doña Esperanza, se la había *chiquitiado* durante algún tiempo, es decir, como también le gustaba el *chínquere*, se la acabó. Lo único que le quedaba a la botella era un gusano, que de hecho garantizaba que ese mezcal era del bueno, así como bueno es el pulque que deja alacrán —cuando tomas un buen trago, te limpias los labios con una mano, la sacudes al suelo y deja en el suelo la silueta del animal—.

Desgraciadamente, don Ángel le metió una chinga a doña Esperanza. Lleno de furia, le ordenó a su hijo *Robert* que fuera al pueblo a comprarle aguardiente, y que si a su llegada ya hubiera cerrado don Timoteo, se fuera a raspar unos magueyes y le trajera unos litros de pulque.

Robert vio la hora y ya eran las 5:55 p.m., imposible que llegara a la tienda de Timoteo. Tan solo para llegar al camino real que conduce al pueblo se hace una hora, 55 minutos y 12 segundos a pie. De ahí al centro del pueblo son otras dos horas, tres minutos y 43 segundos. Luego, del quiosco a la tienda del panzón de don Timoteo, se hacen ocho minutos y 59 segundos.

No, imposible. Pero lo peor: ¡se podía encontrar al nahual! Le pidió a su papá que ya se durmiera, que mañana tempranito le compraría mezcal de gusano, caguamas y un licor de pera.

El padre, enfurecido, le metió una patada en las nalgas que lo hizo volar como tres metros, le aventó dinero y las herra-

mientas para raspar magueyes. Le advirtió que, si no traía alcohol o pulque, encontraría a su madre muerta.

Para esto, ya eran las 6:45 p.m., estaba totalmente oscuro. No se veía ni un alma, solo había un silencio ensordecedor.

Sin más remedio, agarró sus cosas y decidió que lo iba a acompañar su perro. El Dalí era una cruce de lobo con pekinés; sinceramente salió muy feo, tenía el cuerpo de esta raza de perros, pero con cara de lobo. Eso sí, qué valiente animal, sin duda, también había heredado el coraje de este depredador, todo su pelaje en color gris y de pelo corto.

Agarraron monte, perdiéndose entre la oscuridad y la vegetación. Caminaron alrededor de dos horas, hasta que llegaron al plantío de los magueyes que, como soldados en guardia, les esperaban erguidos y dignos, siempre firmes y dispuestos a la batalla, pues, de no tener cuidado, cualquiera de sus puntas te podía atravesar de lado a lado, cobrando incluso tu vida.

Procedió a raspar algunos magueyes, pero era poco el pulque que obtenía. Entonces, recordó que no muy lejos de ese lugar había un trío de magueyes muy gordos, verdes, altos y vigorosos, que seguramente estaban llenos del mejor néctar.

El único inconveniente es que estaban a la entrada de la hondonada llamada la Higuera, que quedaba a unos 30 metros para adentro de un voladero; un lugar muy oscuro y místico, sin embargo, ante el temor de que le metieran una chinga por llevar poco menos de un litro de pulque, se armó de valor y, en compañía de su fiel escudero, el Dalí, se dirigieron cautelosamente al lugar.

Extrañamente, el Dalí se resistía y casi lo iba arrastrando con la correa. Resulta que, al llegar y proceder a raspar esos jugosos magueyes con la ayuda de sus herramientas y una pequeña lámpara, oyó un ruido gutural tan fuerte como estremecedor. De inmediato volteó, y sí, la leyenda era cierta, el nahual estaba ahí. Era una bestia enorme, de poco más

de 2.3 metros de altura. Estaba erguido en sus dos patas traseras, el color de su rostro, parecido al de un búho, era gris claro, y el cuerpo en su totalidad era marrón, a excepción de un pequeño rabo color negro.

Se le abalanzó directamente al cuello, pero su fiel escudero, su amigo el Dalí, se le echó encima. Fue una batalla épica, gruñidos, aullidos y ataques violentos que transmutaron toda la tranquilidad de la vegetación.

Robert sintió un ligero dolor en el cuello y se fue desvaneciendo poco a poco hasta que perdió el conocimiento.

Alrededor de las 8:30 a.m. del día siguiente ya andaba un grupo de hombres y mujeres, junto con sus padres, buscándolo. Lo encontraron todo golpeado y, extrañamente, con una perforación en el cuello a la altura de la yugular. No sangraba ni nada, pero se le veía muy hinchado y verduoso.

Se lo llevaron al doctor y sanó, pero la lesión en el cuello quedó permanentemente, un punto verduoso.

En los días posteriores les contó a sus padres su terrible experiencia, y que el Dalí lo había salvado de morir. Nunca le creyeron, dijeron que se había embriagado con el pulque y que el perro nunca apareció.

Aún dudoso de su propia vivencia, *Robert*, unos 20 días después del suceso, ensilló un caballo y se dirigió a paso veloz hasta la Higuera. Buscó y buscó, no hallaba al Dalí y estaba oscureciendo, por tanto, decidió volver.

Al tratar de subir al caballo se apoyó en un pequeño borde, sin embargo, al pisarlo se sumió. Bajó la mirada y de inmediato se dio cuenta de que era su Dalí, que yacía muerto y muy lesionado. Se hincó y, a pesar del estado de putrefacción en que se encontraba, lo abrazó y le lloró profundamente.

Le dijo que lo disculpara, que se había embriagado con el pulque y que, seguramente, con las herramientas que lleva-

ba para raspar, en un momento de locura lo había atacado y matado.

Así, con toda su pena y remordimiento, cavó una tumba, tomó el cuerpo y lo depositó en el agujero. Finalmente, le acarició sus orejas de lobo, pero repentinamente se echó para atrás, como si hubiera visto al diablo.

Miró atónito que la mandíbula posterior del hocico del Dalí se había desprendido y en su interior había un trozo de carne llena de pelos color marrón.

Era cierto, no se había embriagado, no lo soñó, ni lo inventó. El Dalí había peleado a muerte con el nahual y éste le alcanzó a lastimar el cuello, por eso la lesión tan misteriosa, ese punto verdoso que nunca desapareció.

Salió despavorido, ni siquiera echó tierra a la tumba del Dalí..., había sido tocado por el demonio...

En su etapa de estudiante, *Robert* se destacó por su brillante desempeño, su trabajo y sus calificaciones impecables, lo que lo llevó a colocarse rápidamente en buenos despachos de ingenieros y arquitectos. Allí aprendió, ganó dinero y puso su propia oficina. Le fue mejor, amasó cierta fortuna. Se casó con la madre de sus hijos, María Eugenia, a quien le dio muy mala vida, acabándose por divorciar.

Era un hombre maduro de aproximadamente 45 años, robusto, moreno y feo, pero con dinero. Aprovechó la inocencia de Verano y la conquistó..., pero ahora que ella lo rechazaba, no lo iba a permitir.

Así, lleno de rabia, se fue para su pueblo, bebió aguardiente como loco, parecía que los ojos se le iban a salir, maldecía, se golpeaba, y decidió ir en busca del nahual.

Agarró camino para la Higuera. Estando en ese lugar siguió alcoholizándose, esperando que se hiciera noche. Pasó el tiempo y, a la medianoche, empezó a gritar:

—¡Sal, maldito!, ¡sal!, ¡ven!, ¡soy tu engendro, me inyectaste el néctar de la violencia y he destruido a todos los que me han amado!, ¡imploro tu ayuda para vengarme de la ingrata de Verano!

Repentinamente, una luz cegadora iluminó todo el lugar. Tan es así que, muchos años después, los pobladores aún comentan el día en que el diablo se apareció en la Higuera.

Robert se quedó mudo, no lo podía creer, estaba frente a una criatura descomunal. Era enorme, todo el cuerpo lleno de pelos color marrón, a excepción de una parte del tórax, donde se le notaba una profunda herida ya sanada. Enseguida cayó en la cuenta de que esa era la herida que le había ocasionado el Dalí aquella noche que lo defendió, dejando en prenda su propia vida.

—Ahora me buscas, insignificante criatura; tú, que frente a todos negaste mi existencia, tú, escoria, tú, que eres mi creación. Te hice violento y feroz, pero no puedes controlar y someter a Verano. Te voy a ayudar, pero tu alma será mía.

—¡Ayúdame!, quiero venganza, me engañó con otro hombre, va mi alma en prenda —respondió *Robert*, como gimiendo. —¡Así sea!

Inmediatamente el nahual se esfumó y *Robert* sintió una rabia incontrolable. Le salía espuma por la comisura de los labios; ya no estaba borracho, estaba lleno de odio.

Al día siguiente regresó a la ciudad y lo primero que hizo fue buscar a Verano. Ella lo evitaba, no le contestaba, se escondía, hasta que finalmente se la topó saliendo de su trabajo. La abordó y, con lágrimas mustias en los ojos, le pidió que lo escuchara, ya no quería que regresaran, simplemente quería escuchar su voz una última vez.

Al verlo tan afligido y sintiendo un poco de remordimiento, Verano aceptó platicar con él, pero solo cinco minutos. Él la invitó a subir a su automóvil, pues era incómodo hablar en la calle. Así lo hicieron, e inmediatamente *Robert*

le propinó tan tremendo golpe en el rostro que hizo que perdiera el conocimiento.

Seguidamente, la llevó al motel El Pulcro, situado a las orillas del poblado de Zaragoza. Pagó la habitación e ingresó. Metió a Verano llevándola a cuestras, e inmediatamente la desnudó, procediendo a abusarla sexualmente. Sin embargo, ella repentinamente recobró el conocimiento.

Horrorizada por aquel abuso, trató de quitárselo de encima, lo empujó y empujó sin conseguirlo, él solo se reía haciendo ruidos muy extraños, como gruñidos.

Más repuesta, pudo apreciarlo bien. Era un individuo totalmente desconocido, no se parecía a *Robert*, salvo por algunas facciones características —entre ellas, el punto verdoso en el cuello—.

Él tomó un cuchillo y asestó 37 puñaladas en todo el cuerpo de Verano. La bañó en sangre, ella se desvaneció. Después la subió a su auto y la sacó del motel ya envuelta en una sábana que tenía bordado en las orillas el nombre del motel.

Se enfiló hacia municipio de Tlataya; ya en ese lugar, y dando por muerta a Verano, la tiró a la orilla de la carretera, sobre la cuneta. Avanzó unos 20 metros del cuerpo y se echó de reversa, pasando tres veces encima del mismo. Se bajó, verificó que Verano estuviera bien muerta y se retiró del lugar.

Al otro día, un par de campesinos salieron temprano para ir al mercado de venta de animales. A estos les llamó la atención el bulto blanco y ensangrentado que se veía en la cuneta de la carretera. Cautelosos, se acercaron, y muy grande fue su sorpresa cuando vieron que se trataba de una mujer que, muy bajito, se quejaba y pedía ayuda.

Corrieron a avisarles a las autoridades del pueblo, al señor agente del Ministerio Público y a protección civil. Estos llegaron de inmediato y, notando que esa mujer todavía tenía vida, la llevaron al Hospital Regional Siete Camas, General Manuel Iturbide.

La enfermera y el pasante de medicina, único encargado titular del lugar, quedaron estupefactos, ¿cómo era posible que esa diminuta mujer, de no más de 1.45 metros de estatura, estuviera viva?!

Estaba terriblemente desfigurada del rostro, incluso con aplastamiento del cráneo. A simple vista se notaban las innumerables lesiones producidas por arma blanca, principalmente en los pechos y la parte posterior del tórax, a la altura de la cintura, nalgas y paragenital.

No había tiempo que perder. El pasante de medicina era un joven brillante, y la única enfermera del hospital era la más eficiente que se pudiera encontrar. La pasaron y la llevaron directo al quirófano. La operación se prolongó cerca de 10 horas. Verano perdió un riñón y un ojo.

Estuvo muy grave, nadie sabía quién era o cómo se llamaba, solo que era una chica de talla pequeña que en algún momento fue bonita, pues sus finas facciones así lo delataban.

El Ministerio Público inició las investigaciones. Su primer cuestionamiento era indagar quién era esa chica. Fue a verla al hospital, pero estaba sedada, no podía hablar —y quizá nunca más podría hacerlo, pues había que esperar a valorar su estado mental, debido al traumatismo craneoencefálico que presentaba—.

Sin embargo, la enfermera le entregó la sabana en la que venía envuelta la muchacha. El fiscal no le dio importancia, diciéndole que para qué carajo le servía una sábana. Se dio media vuelta, dispuesto a retirarse, pero su instinto de fiscal y sabueso le hizo desistir: “A ver, préstame la sábana”. La miró, sintiendo en una de sus esquinas un bordado que no se apreciaba por la sangre. Enseguida pidió agua y con sus propias manos, sin mayor dilación, lavó el pedazo de sábana. Ahora sí se leía “Motel El Pulcro S.A. de C.V.”.

Golpazo de suerte o minuciosa investigación, eso no se sabe, pero el Ministerio Público, apelando a las máximas de

la experiencia, conocía como la palma de su mano la exacta ubicación del lugar.

Así, con toda la evidencia y acompañado de *el Monky* y *el Rafles* —ambos agentes de investigación—, se lanzaron al motel El Pulcro. Procedieron a interrogar a la encargada del lugar, quien de inicio negó que esas sábanas pertenecieran al lugar; empero, con un par de jalones de greñas, dos patadas en las nalgas y un *mazapanazo* en la cabeza, cantó.

Enseguida, el Rafles le dijo: “Órale vieja encubridora, llévanos a la habitación”. Fueron conducidos al número 666-A y, en efecto, no había duda: ese era el lugar del escenario criminal. Estaba todo ensangrentado y revuelto, desprendía un olor muy fétido, como a carne podrida y, extrañamente, advirtieron la presencia de muchos pelos de color marrón. Incluso, *el Monky* exclamó: “¡Sí que es peludo este!”.

Se desahogaron con prontitud, excelencia y puntualidad las diligencias necesarias, se embalaron los objetos, se aseguraron los videos de las cámaras de seguridad y, por si acaso, también se llevaron en una bolsita algunos pelos color marrón para hacer la prueba de ADN.

Ya en las oficinas de la representación social se pusieron a ver los videos, aunque previamente mandaron traer unas tortas de longaniza con huevo, mole verde, queso de puerco (o de tompiate) y una botanita de cacahuates japoneses.

Bien alimentados y atentos a lo que las grabaciones les ofrecieron, lograron descubrir el momento exacto en el que *Robert* llegó al motel y salió del cuarto 666-A.

Verificaron el número de matrícula de su vehículo, un *Chevrolet Camaro SS* súper cargado color negro profundo, que estaba a nombre del ingeniero Roberto Gómez Bastida. Obtuvieron sus datos de identificación y la ubicación de su domicilio.

Sin perder un minuto más, pues era muy probable que Verano muriera, se trasladaron al domicilio de *Robert*, tocaron a la puerta y, detrás de ella, sin abrir, *Robert* dijo:

—¿Quién?

—Buscamos al señor Roberto Gómez Bastida.

—Aquí no vive.

—¡No te hagas, eres tú! ¡¿Qué le hiciste a la chica?! —le respondió el Ministerio Público.

—¿Cuál chica? No sé de qué hablan, es más, necesitan una orden de cateo, no pueden entrar.

—Sí, bueno, pues aquí está tu orden de cateo —y de un chingadazo tiraron la puerta. El fiscal, *el Monky* y *el Raffles* se le fueron encima, pero les costó someterlo. Era un tipo que tenía una fuerza sobrehumana. Además, desprendía un muy mal aliento y su casa estaba llena de pelos en sillones, alfombra y paredes.

En fin, con trabajos le pusieron las esposas, lo llevaron a los separos en las oficinas de la Fiscalía y lo interrogaron, pero no soltó palabra alguna, por más que le dieron toques en los genitales, *tehuacanazo* y le metieron la cabeza en un balde de 20 litros con agua, amarrado y desnudo en una tabla.

Para eso, Verano ya había recobrado su lucidez, estaba declarando y denunció al ingeniero Roberto Gómez Bastida —alias *el Robert*— como su agresor.

Con toda la evidencia e imputación se judicializó la investigación y *el Robert* fue puesto a disposición del juez.

En el curso del proceso se congregó un nutrido grupo de mujeres brindando apoyo solidario a Verano. Todo se convertía en un caos, ya que el ingeniero Roberto, ahora tras las rejas, les mentaba la madre. Muchas veces le pedí que se calmara, pero, lejos de hacerlo, también me mentaba la madre, me insultaba y afirmaba que era un corrupto, pues seguramente estaba recibiendo dinero. Por su lado, las mujeres que apoyaban a Verano me decían que la justicia no existía, que los jueces y las juezas somos unos vendidos, estaban enfadadas porque el abogado del ingeniero Roberto

era muy influyente, incluso mencionaron que había pasado a mi oficina y que estuvimos platicando, que seguramente ya habíamos hecho un trato para liberar al *Robert*.

Todo ello me conmocionó terriblemente, más allá del enojo. Sí, en efecto, recuerdo que el abogado defensor había estado en mi oficina, pero solo me pidió autorizar a alguien del personal para que le acompañara a sacar unas copias del expediente, mismas que estaban acordadas favorablemente. Le dije que sí, llamé a Juanita y lo acompañé, pero eso fue todo.

Lo que más inconformidad me causó es que afirmaban que yo estaba recibiendo dinero, que tenían pruebas de que, en mi nombre, una persona del juzgado se entrevistaba con familiares del detenido y con su propio abogado.

Bajo esa tela de sospecha, le pedí a mi secretaria vigilar bien qué estaba pasando, porque era algo muy delicado.

Así transcurrieron las audiencias, con gritos, improperios y pancartas. Las mujeres se empezaron a subir a la barandilla de los estrados y desde allí comenzaron a quemar sus cartulinas. Incluso le cayeron algunas briznas en la cabeza a la compañera *Juanita*, ocasionando que se quemara su cabello. No fue mucho, pero sí se le llegó a prender.

Entonces enfurecí y le pegué un grito a esa señora y a toda la multitud de mujeres que le acompañaban. Mis palabras retumbaron en todo el juzgado y de inmediato se hizo un silencio absoluto: “¡Soy un servidor público que está haciendo justicia, mis compañeras y compañeros son fieles guardianes de que esa justicia se haga realidad, pues su trabajo es lo más sagrado en este templo de la diosa Themis! ¡No voy a permitir ni una sola falta de respeto!, de modo contrario, voy a proceder legalmente contra quien sea”.

Los agitadores se callaron, bajaron de la barandilla y, a partir de ese momento, cada vez que había audiencia la presenciaban en silencio y con respeto, únicamente mos-

traban sus cartulinas en protesta a los actos violentos que reclamaban al ingeniero Roberto.

Cierto día, después de múltiples situaciones, se presentó la víctima llamada Verano. Habríamos de desahogar pruebas en su persona, interrogatorios y conainterrogatorios, careos e inspección judicial de su integridad física, entre otras.

Era una chica muy delgada y pequeña, de cabello color castaño y ojos expresivos color miel. Procedí a dirigir la audiencia, los ánimos se encendieron.

Cuando el detenido salió tras la reja de prácticas, inmediatamente fijó su mirada violenta contra Verano. Entre dientes decía mil palabras que no se alcanzaban a entender.

Por su parte, Verano, extrañamente, se encontraba muy calmada y serena, no se espantó ni un minuto, al contrario, durante los interrogatorios, y en especial durante el desahogo del careo, arremetió con furia contra su agresor. Una y otra vez detalló el calvario que le hizo padecer. Entretanto, el ingeniero *Robert*, entre risas nerviosas, negaba haberla visto o siquiera haberla tocado.

Claro, las evidencias eran contundentes. Había videos, imputaciones y toda clase de pruebas directas e indirectas que incriminaban al ingeniero.

En un punto del careo me percaté de que el imputado empezó como a jadear, su rostro se puso muy rojo, se agachó y vomitó. Le pregunté si estaba bien e incluso le pedí al custodio que le auxiliara y llamara al médico de la cárcel. Esto sucedió muy rápido, pensé que le iba a dar un infarto; empero, el ingeniero se repuso y ya no quiso continuar con el careo, sostuvo su negativa de intervención en el hecho.

Volteé a mirar a Verano, y todo el señorío que había mostrado hasta ese momento, de serenidad y tranquilidad, se había transformado en horror. Sus ojos así lo delataban. Solo me tomó del brazo y me decía: “Ya no quiero verlo, que se vaya, que se vaya”.

Di por terminado el careo, suspendí la audiencia y los dejé citados para una próxima.

En la siguiente audiencia habríamos de desahogar la inspección en el cuerpo de Verano. Llamé a mi secretaria para que examinara sus lesiones y me diera cuenta de ello. Así lo decidí porque era mujer y las lesiones, que cubrían todo su cuerpo, incluían pechos, zona paragenital y glúteos.

Sin embargo, Verano se negó: “No juez, usted es el que debe constatar qué me hizo este individuo, no se apene, usted es el responsable”.

Así lo hice. Realmente me quebré, pues su cuerpo estaba totalmente desecho. No era más que una bola de carne mal cocida, hecha nudos y con heridas cicatrizadas que le atravesaban de lado a lado. Era evidente el ataque brutal del que fue objeto y el milagro de no haber muerto. Su cabeza estaba un poco deforme.

Lo más grave era lo asentado en el certificado médico de salud: sus lesiones produjeron la disminución de su función renal, perdió un riñón y el otro trabajaba a un 80%, con tendencia a ir disminuyendo con el paso del tiempo. También presentaba cuadros de crisis epilépticas.

Al concluir la diligencia, ella se echó a llorar y se abrazó fuerte de su señora madre. Así, se retiraron del lugar. Llegó el día de dictar y dar a conocer el veredicto final. El juzgado parecía un tianguis, había gente entrando y saliendo por todos lados, tanto los que apoyaban a Verano como los que estaban del lado del detenido.

Y el juez, solo y su alma. De verdad, ¡qué soledad tan inmensa! Te sientes extraño, eres la encarnación de la justicia, y son tu prudencia, templanza, sabiduría, sensatez, estudio, seriedad y madurez los que deben guiarte en este durísimo camino de impartir justicia.

Ya era cerca de la medianoche cuando estaba terminando de dictar el fallo, pero me di cuenta de que toda la tarde,

y parte de la noche, un compañero le hablaba mucho a mi secretaria, lo cual ocasionó que unas tres veces me interrumpieran, hasta que les llamé la atención a los dos para que me dejaran concluir.

La secretaria estaba muy inquieta e incómoda. Pensé que era por lo duro del dictado y los incansables días que veníamos trabajando en el asunto, hasta que no aguantó más y repentinamente se puso de pie:

—Señor juez, ¿me permite hablar con usted? Es algo delicado y urgente —me quedé callado un instante.

—Claro, dime.

—El compañero Jonás —al que le decían *Judas*— me ha insistido toda la semana que le diga cómo va a salir la sentencia, que si viene bien, nos vamos a comprar un carro nuevo cada uno, yo ya no sé qué hacer, no le he dicho absolutamente nada.

Me quedé callado y recordé aquellos episodios en las audiencias en los que el grupo de mujeres, en apoyo a Verano, me tildaban de corrupto y de que, por interpósita persona, actuaba en contubernio con el abogado defensor. Ahora todo estaba claro: ¡Jonás o *Judas* era el traidor!

—Bueno, ahorita le vas a decir al compañero que será una sentencia absolutoria —le dije. Así lo hizo, y me percaté de que *Judas* estaba feliz, pasó a mi privado y me dijo:

—Su señoría, voy a la máquina que expende frituras y refrescos, ¿quiere usted su Coca-Cola?

—Hombre, no te molestes, mira cuánta gente está allí.

—No se aflija, su señoría. Ahorita vengo.

—Ándale pues, ¡con cuidado!

Regresó, terminé la sentencia condenatoria, destapé mi Coca-Cola y le dije a la secretaria:

—Háblale a Jonás.

—Te quiero pedir un favor. Solicita que suban al detenido y le notificas su sentencia —*Judas* o *Jonás* brincó de gusto.

—Claro que sí, pero por supuesto, ¿me presta la sentencia por favor?

—No, no. Hasta que suban al detenido.

—Ok, está bien.

Salió de mi privado y clarito vi cómo esbozó una sonrisa y le guiñó un ojo al abogado defensor, quien no se contuvo y abrazó con una enorme sonrisa y descaradamente a su pasante, todo esto frente al grupo de mujeres y de la propia Verano, ya que estaban todos presentes.

—Señor juez, está el detenido en las rejas, ¿me presta la sentencia?

—Ahorita te la lleva la secretaria, faltó un resolutivo, espérate en la reja, ahorita te la lleva, regálame un minuto.

—Pero por supuesto, su señoría.

Se le entregó la sentencia y, estando a su lado, le dije que quería que la leyera fuerte y alto para que todas y todos los presentes lo escucharan.

Acto continuo, todos se arremolinaron al lado de *Judas* y yo permanecí a un lado de él.

—Siendo las 23:59 horas, al resultar penalmente responsable Roberto Gómez Bastida, por los delitos de violación y homicidio en grado de tentativa en agravio de Verano “N”, se le impone una pena de prisión de 38 años. —Vi la cara de *Jonás*, quien se puso blanco, empezó a temblar y casi cayó desmayado a mis pies. Me agaché, le tomé la cabeza y le dije al oído: “¿Te sientes bien, traidor?”. Solo me miró y nada dijo.

Sí, lo cesaron en sus funciones, pues presenté una queja ante el Consejo de la Judicatura.

Años después fui a un restaurante de la zona centro a desayunar, donde se me acercó una pequeña mujer, quien me dijo:

—Usted es el juez de Barranquilla, ¿verdad?

—Bueno, sí. Era el juez de ese lugar hace algunos años, pero ya no... Espera. ¿Tú eres Verano?

—Sí, soy yo, ¿me recuerda?

—Claro, te recuerdo muy bien.

Discretamente, observé que llevaba una sonda que salía a la altura de su abdomen, el cual se le notaba algo abultado. Se percibía que ella no gozaba de buena salud.

—Nunca le di las gracias por hacer justicia en mi caso. Ahora le doy mil gracias, señor juez.

—Nada me digas ni me agradezcas. Es mi deber impartir justicia, en tu asunto hice lo que tenía que hacer —me dio la mano y se despidió. Caminaba con mucha dificultad.

Aun por la noche no podía olvidar ese asunto, lo desmejorada que se veía, ese tono gris de su piel y sus ojos sin brillo.

Después de unos ocho o diez meses me enteré, por voz de un buen amigo, Barri, que Verano había muerto tres meses antes por insuficiencia renal.

¡Me quedé sin palabras!

¿Realmente la vida es justa?

¿Realmente se hizo justicia?

No lo sé.

El agresor se casó en prisión ¡y ya tenía dos hijos!

¿Y mi ángel de la guarda?



Me encontraba aturdido y muy conmocionado por la noticia que había recibido; la joven Verano había muerto. Pensé en lo injusta que es a veces la vida. Ella, llena de vitalidad, vibrante y deseosa de encarar el mundo, solo fue una utopía, nada se cumplió, sus últimos años debieron ser muy tormentosos, pues su salud se vio franca y mortalmente comprometida por el feroz ataque del que fue objeto.

A golpe de recuerdos y en este mundo extraño en el que me encuentro, mitad realidad, mitad locura, mitad vida y mitad muerte, seguí mi camino. No sé qué buscaba, por qué estaba aquí, pero, seguramente, mi misión en aquel mundo real —y ahora en este— no había terminado.

Es necesario que toda persona conozca mi historia. Es imperioso que se enteren de cómo es la vida de un siervo de la justicia y cómo se ve la realidad detrás de un escritorio.

Muy bajito escuché el llanto de una persona; seguramente se trataba de un niño. Poco a poco, me fui acercando al lugar de donde provenía ese llanto, que a cada paso se hacía más estremecedor.

Caminé por una calle polvorienta, después tomé la vereda que se ubica a la izquierda, la cual desemboca en un terreno muy grande lleno de mazorcas.

Era tarde, quizá la 1:30 a.m., tenía mucho frío, pero oía música, jolgorio y risas que provenían de una casita que apenas se miraba en medio de tanto terreno cultivado con maíz.

Pero el llanto no cesaba.

“Dios mío, ¿qué está pasando? ¿Por qué nadie ayuda a ese niño? ¿Por qué llora?”.

Paso a paso, y a medida que me acercaba, intempestivamente, salió el sol. Todo se volvió muy cálido, muy lindo, ya no escuché llantos ni música, solo vi que una pareja de jóvenes salía del Hospital Regional Materno Infantil La Luz.

Llevaban en brazos a un pequeño bebé. Supuse que la señora acababa de dar a luz y se marchaban a casa con su hijo recién nacido.

En efecto, llegaron a su hogar. Era precisamente aquel en el que, momentos antes, yo me encontraba a media madrugada escuchando fiesta y llantos.

Era una pareja bonita. El muchacho era muy delgado y espigado, y ella de estatura media, tez morena, un poco robusta y muy simpática.

Estaban muy contentos por el nacimiento de Belem —hasta entonces supe que era niña—. Alfredo o *Feyo*, como le decían en el pueblo, era muy trabajador, normalmente en labores del campo: barbechar, sembrar, pizar, etcétera. No tenía vicio alguno. Por su parte, Verónica o *la Chiquis* se dedicaba por completo a las labores del hogar y a cuidar en cuerpo y alma a la pequeña, quien, debido a un soplo en el corazón, los hacía salir corriendo con frecuencia a las tres de la mañana rumbo al hospital.

Los gastos eran demasiado altos y al pobre *Feyo* no le alcanzaba, pues los medicamentos y atenciones médicas para su hija eran cada vez más caros.

A pesar de ello, eran felices. Trataban de mantener una relación de amor, respeto y consideración. Pasaron alrededor de cuatro años y Belem parecía ir en franca mejoría; no obstante, el trabajo en el campo había escaseado y cada vez más paisanos migraban a Estados Unidos, *disque* para alcanzar “el sueño americano”.

Feyo andaba muy inquieto con la idea de ir a hacer fortuna al *gabacho*, y más ahora que la relación con Verónica estaba fría como un cadáver. Ella se había cansado de tanta pobreza y de que *Feyo*, a pesar de ser un buen esposo y padre, no era emprendedor. Más bien, tendía a ser conformista, y la niña ya iba a la escuela, de modo que los gastos se acrecentarían y de ninguna manera les iba a alcanzar con lo

poquito que ganaba su marido como ayudante en la tienda de don Tere.

Alfredo se resistía a ir a Estados Unidos, pues amaba con todas sus fuerzas a Belem y, para la pequeña, su padre lo era todo. Existía un amor verdadero entre padre e hija. Él le llevaba un pan con figura de puerquito a su hija, lo que le encantaba a la bebé. Se la llevaba al quiosco del pueblo a jugar correteadas, le preparaba su chocolate, la llevaba a dormir e incluso la pequeña pedía que él que le peinara su cabello con dos colitas a los lados, porque las que le hacía su mamá no le gustaban.

Verónica se enternecía al ver tanto amor que padre e hija se tenían. Le partía el corazón que su relación estuviera en franca picada; sin embargo, debía ser fuerte, y así lo hizo. Al día siguiente, mientras Alfredo estaba en la panadería, se fue a ver al licenciado don Augusto Piedra.

Una vez que fue recibida, después de pedir audiencia con tan insigne erudito de la ciencia del derecho, le preguntó cuánto le costaba divorciarse de su marido. Don Augusto la miró y le dijo:

—¿Acaso te da mala vida?

—No.

—¿Acaso es pobre?

—Sí.

—¿Acaso ya no hay amor?

—Poco.

Un largo silencio invadió el modesto despacho del licenciado Augusto. A pesar de que le gustaba el juego y el trago, era buen abogado, de esos chapados a la antigua, mirada de águila, retador y dispuesto a la batalla. No en balde se había devorado en sus noches de embriaguez y tertulia solitaria toda la enciclopedia OMEBA, de más de 30 tomos, cada uno

con el tamaño y peso de una columna romana, de esas que dicen que se ven en el Coliseo.

Afirmaban que, en un tribunal del Estado de México, cuando ganó el asunto más complicado de su vida, hasta el juez y personal le hicieron valla para que pasara. Recibía aplausos y más aplausos: “¡Arriba don Augusto!, ¡arriba!, ¡el mejor defensor del pueblo!

Eso nunca se comprobó, pero la historia la contó mil veces... Lo que sí es verdad es su erudición en el derecho y la ética que siempre acompañó su carrera.

El silencio se vio interrumpido y, solemne como era, don Augusto le dijo:

—Mire, mi muy distinguida y respetable doña Verónica. He leído miles de libros y códigos, tanto nacionales como extranjeros, me he batido en duelo con abogados, secretarios, jueces, juezas, magistrados, magistradas, ministros, ministras, fiscales, etcétera, y no recuerdo haber leído que la pobreza sea una causal de divorcio.

Si usted me dice que hay poco amor, pues tampoco. Podemos invocar ese divorcio que ahora llaman “incausado”, o sea, debe haber una causa, ¿no le parece?, pero una causa válida. No, mi señora, yo no le llevo su asunto. Mejor vaya a la Defensoría Pública, quizá algún defensor le quiera ayudar, pero yo no.

Regresó a su casa desconsolada y muerta de coraje. Casi enseguida llegó Feyo... Les llevó unos pambazos, que tanto le gustaban a Verónica y a Belem. Ella no chistó palabra alguna.

Al día siguiente, decidida como estaba, tomó un autobús Estrella Blanca que la condujo hasta los portales, a un ladito del Palacio de Gobierno. Preguntó por la Defensoría Pública, le quedaba lejos, y como solo contaba con el dinero suficiente para su pasaje de regreso, caminó y caminó. Se detuvo en una fuente para beber algo de agua, supuso que

estaba sucia y que quizá le saldrían lombrices en la panza, pero no le importó. A esas luego las mataba, ahorita lo que urgía era el divorcio

Así, se entrevistó con la licenciada Themis Blancarte, una abogada más vieja que Matusalén, la decana de todos los defensores públicos, de carácter agrio y enemiga acérrima del género masculino. A los hombres no los bajaba de irresponsables, huevones, abusivos y culebras, amén.

Con la experiencia que Verónica tenía al haberse entrevistado con el licenciado Augusto —que se negó a tramitar su divorcio—, decidió cambiar de estrategia. Ahora le dijo a la defensora pública todo lo contrario.

—¿Te trata mal?

—Sí.

—Hijo de...

—¿Te ha puesto la mano encima?

—Sí.

—Qué poca...

—¿Te engaña?

—Sí.

—Ya no me digas más, te divorcio porque te divorcio, tú vales mucho, mereces ser feliz y disfrutar de la vida. Ese güey de *Feyo* se va a acordar de mí toda su miserable, patética e insignificante vida. Microbio.

Así, presentó la solicitud y, en menos de lo que canta un gallo, Verónica y Alfredo estaban legalmente divorciados.

Alfredo, con el corazón encogido, le suplicó que no lo dejara, pero lo que más le dolió era alejarse de su pequeña Belem. El día que tenía que partir del pequeño inmueble que algún día compartieron ya tenía los boletos del autobús

que lo trasladaría de su pueblo, a Piedras Negras, Coahuila, y de allí al *gabacho*.

Todo el viaje se fue llorando, y aunque a Verónica se le notaba estoica e inmutable, por dentro tenía remordimiento de conciencia; sin embargo, ya no había marcha atrás, lo mejor era que las cosas siguieran su curso.

Belem entró a primero de kínder. No había día que no preguntara por su papá, a quien amaba con todo su pequeño ser. Así pasaron días, semanas y meses. Llegó Navidad y Año Nuevo, y *Feyo* no venía a visitar a su Belem.

Resulta que el Día del Padre se organizó un festival en el kínder. Verónica le había pedido de favor a un primo que la acompañara para que Belem no resintiera tanto la ausencia de su papá, pero grande fue su sorpresa cuando vio a su padre a las puertas del kínder Cri-Cri. Llevaba en sus brazos un enorme perro de peluche, una bolsa llena de dulces y una petaca de ropita para su hija.

En cuanto se percató de su presencia, Belem corrió a sus brazos y ambos se fusionaron en un inmenso abrazo. *Feyo* no pudo contener sus lágrimas, y Belem, con sus manitas, le limpiaba los ojos y lo llenaba de besos.

—Hija mía, mi niña linda, no sabes cuánto te extraño —Verónica se acercó e, indiferente, le saludó.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a ver a mi hija. Te mandé dinero para comprar un teléfono celular para poder estar en contacto con ustedes, particularmente con mi Belem, pero nunca contestas mis llamadas. Solo mandas mensajes pidiéndome dinero, mismo que jamás te he negado. ¿Por qué me tratas así?, ¿en qué te ofendí?

En estos meses te envié más de \$150,000.00 para que hicieras un cuartito con baño y loza, te pedí que fueras con don Concho para que hiciera un presupuesto, vengo de estar con él y me dice que no lo has contratado.

—Mira, tu obligación es con la niña; yo sabré en qué ocupo el dinero.

En fin, se desarrolló el festival, Belem estuvo todo el día pegada de su papá. De allí se la llevó a la feria y, alrededor de las 7:00 p.m., la fue a dejar con su madre. Sin embargo, de camino, se encontró de frente a un sujeto que era de un pueblo aledaño, al que únicamente conocía como Caín. No se dijeron palabra alguna, únicamente cruzaron miradas, pero, instintivamente, Belem le apretó fuertemente la mano a su papá.

Entregó a Belem, quien, en un mar de lágrimas, no se soltaba de la mano de su padre. Él le pidió a Verónica que le permitiera pasar, solo para dormirla —de hecho, al día siguiente, muy temprano, habría de regresar a Estados Unidos—.

Difícilmente lo dejó entrar. Él pasó hasta el cuarto donde dormía, e incluso se encontró con su exsuegra en el trayecto, quien, al verlo, se sorprendió y solo le saludó levantando la cabeza.

Pasaron unos 15 minutos, y Belem se quedó profundamente dormida. Alfredo se despidió de ella, le dio un beso en la frente y, sin decir palabra alguna, salió de ese lugar, no sin antes decirle a Verónica que cuidara mucho de su hija.

Esa fue la última vez que vio con vida a Belem.

Nuevamente, el velo de la noche cubrió ese recuerdo.

Retorné al lugar donde alguna vez escuché música y risas. Me fui acercando poco a poco; logré ver que Verónica estaba muy alegre, tocaron una canción, y vi que un joven alto la sacó a bailar. Hice memoria y recordé que era Caín, aquél que se había topado de frente con *Feyo* cuando llevaba a su hija con Verónica.

Ella, gustosa, aceptó bailar. Entretanto, en una mesa ubicada a un costado de la principal, estaba la licenciada Themis, también muy contenta, y en evidente estado de em-

briaguez, pero beso y beso, apapacho y apapacho con un hombre. Sí, con uno de aquellos microbios abusivos de los que tanto se quejaba y a los que tanto odiaba.

Por otro lado, cerca de la cocina se encontraba una mecedora donde estaba sentada doña Jovita, madre de Verónica, y, en su regazo, la pequeña Belem. Ambas estaban dormidas, realmente no tenían interés en la convivencia. Además, ya pasaba de la una de la mañana.

Por lo tanto, Jovita decidió irse a dormir llevándose con ella a Belem, le puso su pijama y ambas se acostaron en la misma cama.

Doña Jovita tenía un problema muy grave de sordera, por lo tanto, el ruido de la música, las risas y las charlas, en nada le afectaba. Rápidamente, las dos se quedaron dormidas, aunque la fiesta siguió por un buen rato. Verónica estaba muy pasada de copas, ya que se había agarrado un mano a mano con la licenciada Themis.

Entretanto, Caín, quien no bebía una sola copa de vino, se deleitaba viendo los exabruptos que sistemáticamente protagonizaban los invitados, en particular la licenciada Themis y Verónica.

Un viento muy gélido atravesó como puñal el festín e inmediatamente, en la copa de un árbol de pirul, se posó un ave muy extraña, grande y negra como la noche. Solo sus ojos color naranja encendido se alcanzaban a divisar.

Caín la miró y esbozó una sonrisa malvada. Enseguida se acercó a Verónica, le dijo algo, y ésta solo logró hacerle señas con la mano en dirección al interior de la casa.

El sujeto entró al hogar y pasó por la cocina. A mano izquierda se encontraba un cuarto que destinaban a la letrina, mismo que daba a la parte posterior del inmueble, y a mano derecha había otros dos cuartos, destinados a los dormitorios. Ninguno contaba con puerta, lo único que les daba cierta intimidad era una cortina de tela.

Así, Caín hizo a un lado una cortina color lila e instantáneamente se percató de que doña Jovita y Belem estaban dormidas. Sus perversos instintos se fijaron en esta última. Sabedor de que la vieja Jovita era sorda y de que seguramente no se daría cuenta de su presencia, empezó a tocar las piernitas de Belem. Un aroma putrefacto invadió el lugar y, mientras tanto, Verónica y Themis seguían bebiendo.

En un punto, Belem despertó y vio a Caín. Este infeliz le hizo señas con la mano y boca para que no fuera a despertar a su abuela.

Como serpiente maldita, se acercó a su oído y le dijo:

—Vente conmigo, acaba de llegar tu papá de Estados Unidos, está acá afuera en la milpa.

Lamentablemente, la inocente Belem se emocionó. El amor por su padre era extraordinario.

No, Dios, no lo permitas, envía un ejército de ángeles, por favor, ¡te lo imploro!

¿Dónde está su ángel de la guarda?

¿Dónde lo dejaste?

Belem no escuchó, Caín la tomó de su manita y poco a poco se fue internando con ella en la espesa milpa. En cierto momento, la pequeña tuvo miedo porque trató de echarse para atrás, pero ya era demasiado tarde.

El malnacido se le fue encima, la comenzó a golpear brutalmente y abusó sexualmente de ella hasta que quedó satisfecho.

Pero, no contento con ello, y siendo que Belem lloraba muy fuerte, el demonio le pidió a Caín que le ofrendara la vida de la niña.

Así lo hizo, tomó la pantaletita de Belem y, atándole el cuello con la misma, ahí mismo, en ese inmundo lugar del mal, ahí donde la diosa de la muerte se reía a carcajadas, la estranguló.

Belem usó su último aliento para llamar a su papá y dejó de existir.

Con tanto grito fueron alertados los invitados a la fiesta; la propia Verónica y la licenciada Themis, todos corrieron para un lado y para otro preguntándose:

—¿Y la niña?

—Mamá, mamá, mi niña, mi niña, ¡¿dónde está?!

—Hija, no sé de qué hablas, se vino a dormir conmigo, aquí estaba.

—¡Acá!, ¡acá esta! —la licenciada Themis gritó como loca. Con un cuchillo de mesa, tenía amagado a Caín en el piso de tierra.

Todos llegaron al lugar y ahí descubrieron el cuerpo de Belem, desnudo y sin vida.

Trataron de linchar al agresor; sin embargo, la policía lo impidió. Estos ya habían sido alertados de lo que sucedía y, con prontitud, llegaron al lugar.

Fue detenido, juzgado y sentenciado a 50 años de prisión.

Queridos lectores, quiero que sepan que fue un asunto que me dejó marcado para el resto de mi vida, jamás he podido olvidarlo.

Recuerdo vívidamente cuando tomé el expediente, leí hoja por hoja y vi cada fotografía de las condiciones en que se encontró el cuerpecito de Belem, así como el escenario del crimen. Fue escalofriante.

El certificado médico ginecológico determinó que su cavidad vaginal estaba totalmente destruida. En efecto, al comparar la experticia con las fotografías de esa área, me quedé perplejo. No puedo describir con palabras lo que vi.

Alrededor de su cuello todavía se veía su pantaletita. Incluso —créanlo o no—, vi lágrimas en el rostro de la pequeña Belem.

Al estar dictando la sentencia a mi secretaria, no me pude contener. Me eché a llorar y empecé a maldecir. ¿Por qué?, ¿por qué? Ella solo quería ver a su papá. ¿Por qué Caín se ensañó con ella? Solo era una pequeña florecita que quería vivir...

Mandé que pusieran tras las rejas de prácticas a Caín y, una vez que lo presentaron, se acercó el notificador solicitando la sentencia escrita para proceder a notificar al sentenciado el contenido de la misma.

—No, yo quiero leerla y tú das fe de que está enterado y notificado del sentido del fallo —le dije al notificador.

Lentamente, me acerqué a las rejas de prácticas y me detuve frente a Caín. Era un tipo más alto y fuerte de lo que pensaba. Fácilmente me sacaba 10 centímetros de estatura y otro tanto de corpulencia —a pesar de que en esos años yo pesaba alrededor de 100 kilos y medía 1.76 de estatura.

Nos miramos de frente. Ya no éramos juez y sentenciado; éramos bestias, y no me pude contener:

—¿Por qué?! ¿Por qué, desgraciado?! ¿Por qué le arrebataste la vida?! Tú estás confeso, tú, que ni una prueba presentaste a tu favor, tú, demonio, tú eres responsable, te impongo 50 años de prisión.

—Sí, juez. Sí, merezco morir. Sí, he confesado el delito —allí se desplomó, lloraba como lobo herido.

Pidió perdón.

—Que Dios se apiade de tu alma.

Terminé mis labores —ya serían alrededor de las 10:30 p.m.— e iba para mi casa, y nunca paré de llorar. Sí, el juez, hombre, ¡también llora!

¿De verdad existe el amor?



Salí de aquel recuerdo, sequé mis lágrimas y proseguí mi andar.

Poco a poco me alejé de aquella casita donde había ocurrido ese espantoso infanticidio. A lo lejos alcancé a escuchar los gritos desgarradores de Verónica...

Nunca supe qué pasó con *Feyo*. Tampoco se insinuó que Caín tuviera o haya tenido alguna relación sentimental con la madre de la pequeña Belem.

Era claro: el ángel de la muerte andaba libre y buscó a alguien para que saciara su maldita sed de sangre.

Francamente me sentí muy cansado y me senté bajo un puente que estaba en ruinas. Su aspecto era muy, muy antiguo, tenía muchos grafitis pintados —la gran mayoría alusivos a imágenes de la oscuridad, demonios, monstruos, muertes, puñales, etcétera—.

Todo ese ambiente me incomodó mucho, pero reflexioné: “Realmente, mi vida profesional siempre ha estado rodeada de ello”.

Así, miré a lo lejos y, precisamente en un parque público, vi a muchas personas, niños jugando, adultos comiendo y platicando, jóvenes tomados de la mano y tirando un beso a su pareja. Se sentía un lugar cálido.

Sin más, me dispuse a caminar hasta ese lugar y, poco a poco, dejé atrás ese puente tenebroso.

No sé por qué, ni puedo explicarlo, simplemente así fue: mi atención se fijó en una pareja de jóvenes. Ella era Fátima y él Moisés. De inmediato los reconocí. Pero claro, son ellos, a Fátima la vi en fotografías que se agregaron al expediente 01/01, mientras que Moisés, estuvo procesado y un par de ocasiones pidió hablar conmigo, justamente cuando fungí como juez de primera instancia en *Almologyita*.

Fátima me volteó a ver e inmediatamente me saludó; sin embargo, Moisés se notaba un poco inquieto y su imagen no era totalmente nítida, como la de Fátima y la mía.

Ella se acercó a mí y me comentó que no me asustara:

—Lo que pasa es que usted y yo ya estamos muertos, y Moisés todavía anda en el mundo de los vivos. Él no nos escucha, pero siempre piensa en mí. Yo lo amé en vida y todavía lo amo en la muerte. Lo que no puedo perdonarle, y por eso siempre sus sueños me visitan, es que no dejó que naciera nuestra hija. Eso no lo puedo perdonar. ¿Se acuerda usted?

—Claro que me acuerdo. Te quiero preguntar algo, y quiero que seas muy sincera. Los padres de Moisés participaron en tu muerte, ¿verdad?

—¿Por qué no lo mira usted mismo?

Como un rayo que surca el cielo en una fracción de segundo, fui testigo de lo que ahora te habré de contar.

Fátima y Moisés se conocieron en la Secundaria Pública Número 123, Emiliano Zapata, ubicada en avenida 16 de Septiembre, colonia Revolución de 1910, esquina con calle Ejercito Trigarante, frente al Palacio Municipal de Ajolopan de Zaragoza, Estado de México.

No fue necesario mucho tiempo para que cupido los flechara. Fue algo espontáneo y hermoso —finalmente, amor de estudiantes—. Esa relación se fue fortaleciendo más y más.

Ambos cursaban el mismo grado escolar y compartían la misma aula de clases, sin embargo, Moisés siempre fue un alumno muy destacado: su promedio general era de 9.9 y, consecuentemente, logró graduarse con honores.

Por su parte, Fátima tenía un bajo rendimiento escolar, normalmente reprobaba una o dos materias y, durante las vacaciones, era Moisés quien le ayudaba a estudiar a fin de que lograra pasar los exámenes extraordinarios o a título de suficiencia.

Todo el tiempo fue así: él, un alumno de muy alto rendimiento, y ella de muy bajo nivel.

Ello no mermó para nada su relación. Moisés la quería, pero, pensando en su ingreso a la universidad, decidió estudiar la carrera de diseñador industrial en mecatrónica y robótica. Debido a su extraordinario promedio, logró conseguir una beca del 100% en la universidad más prestigiosa del país.

Sus padres, don Pedro y doña Concepción, estaban orgullo-sísimos de su niño, no cabían en sí de felicidad, aunque siempre, tras las puertas de su hogar, le hacían ver a Moisés que Fátima no estaba a su altura y que, al contrario, él iba para arriba como la espuma: “Mejor amárrate a otra muchacha cuyos padres tengan dinero, con su apoyo y tu talento vas a llegar a ser muy exitoso. Fátima, además de ser pobre, es muy burra. Imagínate qué futuro te espera con ella”.

Todo eso le empezó a calar muy hondo, y consideró que lo que sus padres le decían era por su bien. A medida que fue transcurriendo el tiempo, se iba alejando poco a poco de Fátima, quien no había aprobado el examen de admisión para ingresar a la escuela pública donde ofrecían la carrera en pedagogía.

Lo buscaba, le llamaba por teléfono, trataba de entender qué le pasaba a Moisés. Pero lo que más le dolía es que tenía que comunicarle que estaba embarazada y tenía ya 16 semanas de gestación, sin embargo, nunca logró comunicarse con él. Fue hasta llegar al séptimo mes de embarazo cuando decidió ir a buscarlo a la universidad, pero como no la dejaron pasar, puesto que no era estudiante del plantel, se fue a sentar en una jardinera que daba exactamente frente a la puerta principal de acceso de la escuela.

Para eso, Fátima no llevaba dinero suficiente para comprar sus alimentos. Realmente, solo llevaba lo de su pasaje de regreso.

Estuvo sentada desde las 9:00 a.m. hasta las 4:00 p.m., cuando por fin vio salir a Moisés, pero grande fue su sorpresa al ver que venía de la mano de una chica de cabello rubio, muy sonriente y bromeando con ella.

En cuanto se percató de la presencia de Fátima se puso pálido, más todavía porque notó su evidente embarazo. Sabía perfectamente que él era el padre de la criatura, eso no lo podía negar.

Fátima se fue acercando a ellos. Lo hizo con sentimientos encontrados: por un lado, sentía una enorme tristeza por la traición de la que era objeto y, por otro, se sentía insignificante frente a la chica que acompañaba al que alguna vez fue el amor de su vida. Más aún, porque, evidentemente, su hijo, el hijo de ambos, no le importaba en lo absoluto. Miró su cuerpo, ahora ya no era atractiva, su bebé ocupaba su vientre —sabía su sexo, pues el día anterior se practicó un ultrasonido, llevaba el resultado en un fólder para enseñárselo a Moisés—. Era una pequeñita, estaba sanita y sin problema alguno de salud.

Llegó adonde se encontraban Moisés y Mónica, pero él fingió que no la conocía. En tanto, Mónica, que no era nada tonta, dedujo de inmediato de qué se trataba.

Fátima solo lo miraba y, en un acto de solidaridad femenina Mónica le dijo a Moisés:

—¿Qué no le vas a responder a esta chica?! ¿Es el padre de esa criatura? —inquirió a Fátima.

—Sí, él es el padre.

—Muy bien. Eso es todo, Moisés. No quiero volver a saber de ti, eres una mierda, cobarde y poco hombre. Y a chingar a su madre, ¡puto!

Y tú, si no te responde, búscame. Yo te llevo con mi papá. Él es abogado, y te juro que a éste lo refunde en el bote —así, profiriendo improperios, se retiró del lugar. Lamentablemente todo el lío se había hecho público, todo el mundo se percató de ello.

Moisés se encolerizó, pero, astuto como una serpiente, repentinamente reflexionó, la tomó del brazo y le dijo:

—Amor de mi vida, ¿por qué no me habías dicho que estabas embarazada? Yo te amo, mira, dame oportunidad de hablar con mis padres para que lo asimilen, es cosa de una charla, seguro lo van a entender, pero no te voy a dejar sola, te vienes a vivir a mi casa.

Fátima no lo podía creer.

—¿De veras, mi amor?, ¿de verdad me amas? ¿Sí quieres a tu bebé?

¡Estoy feliz!, ¡te amo!, ¡te amo!

¡Es niña!, se llamará Arakelian, que significa altar del cielo.

—Claro, claro que sí, te amo, eres el amor de mi vida. Vámonos, te acompaño a tu casa y te aviso qué dicen mis papás.

Y, por supuesto, es un nombre hermoso para nuestra bebé.

—De acuerdo, mi amor.

Una vez que la encaminó a su casa, se dirigió a su domicilio. Estaba desencajado, no estaba listo ni comprometido para ser padre, vio que su vida se desmoronaba, su carrera, su brillantez escolar, sus sueños, el éxito.

No, no. No lo podía aceptar. Les comentó a sus padres lo que había sucedido, incluso puso en tela de juicio que él fuera el padre de la criatura, pues, según sus cuentas, la última vez que tuvo relaciones sexuales con Fátima había sido hace más de siete meses, por tanto, él no podría ser el padre.

Él sabía que esto era mentira, ya que abandonó a Fátima hacía aproximadamente siete meses cuando ella le dijo que no le había llegado su periodo menstrual. Él supuso que estaba embarazada, pero en ese momento lo minimizó y con cualquier excusa se zafó de su responsabilidad.

Don Pedro y doña Concepción quedaron estupefactos, no lo podían creer. ¿Cómo era posible que esa descarada de

Fátima quisiera hacerle creer al pobre de su hijo que él era el padre?

En ese momento, los tres —padre, madre e hijo— empezaron a enloquecer, no podía ser posible: “¿Qué hay con los sueños de Moisés y qué hay de nosotros, que también habríamos de disfrutar de ese éxito, las cosas, los autos, los viajes, las joyas? No, no, no. Eso no lo podemos permitir”.

Poco a poco, la atmósfera dentro del inmueble que habitaban se fue haciendo muy densa, muy pesada, casi irrespirable, sus ojos se enrojecieron y llenaron de odio.

—¡Ya sé! —exclamó don Pedro—. Dile que hablaste con nosotros, que estamos totalmente de acuerdo en que su relación se formalice, invítala a la casa pero que venga sola.

—Pero, papá, ¿qué te pasa? —inquirió Moisés—.

—Sí, viejo, ¿cómo crees? —reprochó doña Concepción.

—Yo tengo un plan. Tú tráela y acá nos encargamos de todo. Nada más dile que venga y que no le diga nada a sus padres, que antes de que ellos se enteren de su visita que-remos hablar bien con ella.

Así, Moisés le habló por teléfono y, muy emocionado, le dijo que todo estaba arreglado, que sus padres estaban muy felices porque pronto serían abuelos, que mejor mujer no podía encontrar. Solo le pedía que cuando viniera a la casa no dijera nada, todo tenía que ser sorpresa, pues de su casa se dirigirían a la de ella para darles la buena nueva a sus papás, además de pedirles su mano.

Así, acordaron que Fátima iría sola a la casa de las hienas, al sexto día desde que le hicieron tan linda invitación. Su arribo se esperaba a las 4:00 p.m., el sábado 6 de junio.

Los días previos a la cita, la madre de Fátima, doña Esperanza, le organizó un *baby shower*. Adornaron muy bonito su casa, mandaron comprar un pastel, estrenaron su nuevo

aparato de sonido, contrataron a la señora de la fonda, doña Calandria, para que preparara una taquiza.

El lugar se llenó. Llegaron Susana —*la Gorda*—, Dolores —*la Chata*—, *Esthercita*, Salo, Sandy, Remedios —*la Loca*—, *la Caballoria*, en fin, gente muy linda. Todas y cada una de ellas llevó su regalito para la bebé: chambritas, mamelucos, guantes, biberones, colchitas, gorros, pañales, etcétera.

Animadas como son generalmente esas criaturas llamadas mujeres, empezaron a bromear y a reír; organizaron juegos, adivinanzas, contaron chistes y chismes, y la pasaron de maravilla.

De a poco se fueron retirando hasta que quedaron solas Fátima y doña Esperanza. Sin decirse palabra alguna, se abrazaron muy fuerte y comenzaron a llorar, pues tenían sentimientos encontrados. Por un lado, Fátima ya era una mujer y al día siguiente iría a vivir con Moisés y, por el otro, porque la compañera de vida de doña Esperanza se marcharía para siempre y ya nada sería igual. Era su única hija, su sol, su alegría, su razón de vivir, pero así es la vida, tenía que dejarla seguir su camino.

En lo que respecta al padre de Fátima, don Abelardo, un tipo bueno, solo tenía todo el tiempo los ojos rojos como si hubiera llorado mucho o como si estuviera a punto de estallar en lágrimas. Únicamente alcanzó a decirle que la amaba más que a su propia vida: “Deseo que Dios te acompañe, proteja, e ilumine tu camino dondequiera que te encuentres. Aquí estaré siempre para ti, en cualquier momento y bajo cualquier circunstancia”.

En ese momento los tres se abrazaron, fundiéndose en un solo, lloraron sin parar.

El día y hora de la cita para acudir a la casa de Moisés había llegado.

Fiel a su palabra, Fátima les dijo a sus padres que iría al cine con su amiga Raquel y regresaría aproximadamente a las nueve de la noche.

Así, cumplió con su promesa de no decirles que se entrevistaría con los padres de Moisés en su propia casa.

Pensó: “¿Para qué decirles, si voy a regresar y les voy a dar la sorpresa de su vida? ¡Van a pedirme en matrimonio!”.

A escondidas, en un par de cajitas de cartón amarradas con jareta, que le había regalado doña Calandria, la señora de la fonda, Fátima había guardado sus pocas pertenencias, y en un par de bolsas de mandado grandes había colocado todos los regalos que recibió en el *baby shower*.

Cuando llegó a la casa de Moisés ya estaba oscureciendo y se sentía un frío intenso, de esos que te calan los huesos. Tocó y salió a su encuentro, casi de inmediato, doña Concepción.

—Hola, pensé que no vendrías. Pero pasa, pasa, no te quedes allí. Te vas a resfriar y luego mi nieta también va a sufrir.

Fátima dudó, algo no estaba bien. Todas las luces de la casa estaban apagadas, inclusive la de la calle, se veía muy raro. La mirada de doña Concepción no tenía brillo, así como los ojos de los tiburones, ojos de muerte.

Se medio asomó al interior y no vio a Moisés. Le preguntó a su madre dónde estaba, y ella le contestó que había salido un momento, pero regresaría en pocos minutos.

—Pero pasa, no te quedes afuera. ¿Acaso desconfías de nosotros?

Ante tanta insistencia, y siendo que tenía que pasar al sanitario, pues debido al embarazo tenía ganas constantes de orinar, no le quedó más remedio que aceptar y pedir permiso para ir al baño.

Lista como era, doña Concepción de inmediato le dijo: “Claro, pero ve al baño del cuarto de Moisés, que está arriba a mano derecha y al fondo. Es que el de la sala no sirve.

Además, allí vas a vivir y dormir con mi hijo, esta es tu casa y la de mi nieta a partir de este momento”.

Para Fátima todo era muy desconcertante, no era lo que esperaba. Se suponía que todos estarían juntos, platicarían y enseguida se irían a ver a sus padres para pedirla en matrimonio; pero todo sin luces, solo un foco encendido, allí sola con doña Concepción. De Moisés y su padre, don Abelardo, ni sus luces.

Pero, sobre todo, el ambiente enrarecido y muy denso le comenzó a dar desconfianza, pensó que se habían echado para atrás. Entonces decidió —por la urgencia— pasar al baño e inmediatamente salir de ese lugar. Luego hablaría con Moisés para aclarar bien las cosas; lo bueno es que nada les había dicho a sus padres.

Entró en la recámara de Moisés, que estaba totalmente oscura y, a tientas, logró abrir la puerta del baño. Entró y, al salir, muy grande fue su sorpresa.

Doña Concepción y don Abelardo estaban sentados en la cama, y de pie, en la puerta cerrada de la recámara, estaba ¡Moisés!

La bestia había sido liberada y se evidenciaba en el rostro totalmente amorfo de cada uno de ellos. No entendía, pero pronto se dio cuenta de que algo malo le iba a pasar y a su pobre bebé no nata, Arakelian, también.

La pequeñita empezó a patallar en su vientre, como si supiera el gravísimo riesgo que estaban corriendo.

—¿Qué está pasando Moisés?!, ¡tú me prometiste amor verdadero y yo correspondí a él de la misma manera! ¡Eres mi vida, vamos a tener una hija!, ¡¿qué sucede?! —Fátima gritó—. ¡¿Por qué tienen palos, cuerdas, cuchillos y bolsas?!

Como leones, y sin decir palabra alguna, se le fueron encima. Primero la inmovilizaron y le taparon la boca. Ella nada pudo hacer. Arakelian pataleaba intensamente, pero el ataque brutal pronto llegó a ella también. Certera puñalada en

el abdomen, metódicamente ejecutada por don Abelardo, le atravesó una de sus piernitas.

—¡Maldita, maldita, no te amo!, ¡el amor verdadero no existe, solo son inventos de la gente!, ¡lo que sí existe es el éxito, el dinero, la ambición, la comodidad y las relaciones con personas adineradas!, ¡eso sí existe!, ¡eso sí te da felicidad! —le gritaba Moisés, al tiempo que la estrangulaba.

Por su parte, doña Concepción le daba garrotazos una y otra vez en la cabeza, pero con aún más saña en el abdomen, mientras gritaba: “¡Muéranse, muéranse! ¡Mi niño Moisés va para grande!”.

En el momento de mayor excitación, Moisés la levantó toda ensangrentada y le encajó el cráneo en el picaporte de la puerta de su recámara.

La desencajó, tomó un martillo, que ya estaba dispuesto en el lugar, y le quebró a martillazos los dedos de las manos y los pies.

Fue un verdadero horror, una carnicería, pero aún no acababan.

Tomaron un serrucho y una sierra, le cortaron las extremidades superiores, inferiores, y la cabeza, y las colocaron en bolsas negras para basura.

Le abrieron el torso y Moisés sacó a Arakelian, que ya estaba bien formada —era toda una bebé— y la metieron en otra bolsa negra junto con las vísceras de Fátima. Aparte, en otra bolsa, guardaron el torso.

Por la recámara corrían ríos de sangre, y los malditos asesinos estaban bañados en la misma.

De inmediato, don Abelardo le dijo a Moisés: “¡Quítate la playera, ponte otra y vete a tirar las bolsas! ¡Las esparces por las colonias del municipio, llévate mi camioneta, pero no te tardes! Mientras, tu madre y yo vamos a limpiar este cochinerito”.

Así lo hizo Moisés. Colocó las bolsas en el maletero de la camioneta y fue por las colonias pobres arrojándolas. Esto le llevó aproximadamente dos horas. Para esto, ya sería alrededor la 1:00 a.m. y los padres de Fátima estaban muy alarmados, pues hablaron con Raquel —amiga de Fátima— y ella negó haberla visto y que se hubieran quedado de ver para ir al cine.

Cuando Moisés llegó a su casa, ya estaban ahí los papás de Fátima con una patrulla y dos elementos de la policía. De inmediato se percataron de que el pantalón de mezclilla y los tenis blancos Converse que llevaba puestos estaban extraordinariamente salpicados de gotas color rojo, muy probablemente de sangre.

Los padres de Fátima le preguntaron por su hija, y él de inmediato negó haberla visto, diciendo que venía de un bar en donde había tenido una pelea, por eso las manchas de sangre que presentaba en su ropa y tenis.

—Llévanos al bar —ordenó un policía.

—No puedo, porque me pueden matar.

—Nos llevas o te trasladamos al Ministerio Público, ya que no te creemos. No tienes ni una sola lesión visible en el rostro o nudillos de las manos que nos indique que protagonizaste una riña o que el otro estaba amarrado.

Desde una pequeña ventana del cuarto de Moisés, ahora el escenario del crimen, que daba hacia la calle, doña Concepción y don Abelardo estaban atentos a lo que ocurría. Solo miraban, pero no hicieron nada para apoyar o defender a su hijo. Decidieron que lo mejor es que se lo llevaran detenido, lo que se aprovecharía para ganar tiempo y limpiar bien la recámara. Luego le hablarían al licenciado para que lo fuera a sacar del *bote*.

Enseguida, los elementos policiales trasladaron a Moisés a los separos, procediendo científicamente a formular un puntual, serio y muy respetuoso interrogatorio.

—¡A ver! ¡¿Qué le pasó a tu novia?!

—No sé, yo no la vi.

—Mira, no quiero darte unos calambres.

—¡Pero no sé!, ¡yo no la he visto desde hace meses!

—¡Bájale los pantalones y los calzones!, ¡tráete el bote chiquito y a la Pánfila! —le ordenó a su subalterno.

Llegó el bote, no más grande que una lata de leche en polvo, y en una cajita estaba Pánfila, una rata color negro con evidentes señas de desnutrición, muy, muy flaca y con poco pelo —de hecho, estaba casi pelona—.

—Ok. A ver, *Samy*, ayúdame. Amárrale bien las manos por detrás de la espalda y tráetelo para acá, yo le amarro las patas.

—¡No, no, por favor!, ¡¿qué van a hacer?!

—Nada, nada más te vamos a sentar en el bote para que Pánfila se dé una cenita con tu cola.

—¡Por el amor de Dios!, ¡por favor, no sean malvados!, ¡no me traten así!, ¡si creen en Dios, les suplico que no lo hagan!

—Pues no, no creemos en nada. Cantas o Pánfila te va a desgarrar el ano y por allí se te va a meter hasta las tripas.

—¡Pero yo no hice nada!, ¡ya les dije!, ¡no sé dónde está Fátima!

—¡Bueno, ya me cansé, puto! —lo empezaron a sentar en el bote, donde ya se encontraba Pánfila, quien, más que comer, quería escapar inmediatamente. La rata le arañó parte de las nalgas que estaba expuesta dentro del bote.

—¡No, no, no!, ¡ay, Diosito lindo!, ¡no, no!, ¡ya, ya!... Yo... ¡Basta! ¡Yo la maté, yo la maté!, ¡ahorita los llevo donde la dejé!

—¿Ya ves?, ¿qué necesidad? Ándale, ponte los calzones y el pantalón para que nos lleves, pero, por si acaso, también nos va a acompañar Pánfila.

Así, tomaron rumbo hacia las colonias más pobres y conflictivas del municipio. Poco a poco fueron recuperando bolsas negras, en total eran cinco las que habrían de encontrar, pero solo hallaron cuatro. En una estaban las dos piernas, en otra la cabeza, era todo el cuerpo de la desafortunada Fátima.

Pero, ¿y la quinta bolsa?, ¿dónde está? La buscaron por todos lados, removieron con palos y un pequeño trascabo algunos montículos de basura y nada.

Así, se dieron por vencidos y, de regreso en la Fiscalía, los elementos policiales le preguntaron qué había en la quinta bolsa.

—Era mi hija, Arakelian —todos quedaron estupefactos.

—¿Cómo que tu hija?

—Sí, Fátima tenía siete meses de embarazo. Yo no quería compromisos ni tener un hijo ahora. Mi prioridad era terminar mis estudios. ¡Lo siento mucho!, ¡las tuve que matar! Cuando saqué a mi hija del vientre de su madre —dio un gran suspiro—, abrió sus ojitos ensangrentados y me miró directo a los ojos, no lo puedo olvidar, me está atormentando, ¡lo siento, lo siento!

—¿Quién te ayudó?

—Nadie, yo solo la cité en mi casa, y ahí, en mi cuarto, la maté y descuarticé.

—Eso no puede ser cierto. ¿Cómo lo vas a hacer tú solo? Ella hubiera gritado o algo, mentiroso. Ahora sí, por ojete y culero, te voy a echar a Pánfila para que te trague el coño.

—¡No, no, no!, ya les dije todo, estoy confesando mi crimen, les he entregado los restos del cuerpo de Fátima, ¿qué más quieren?

—Pues el cuerpo de tu hija, culero.

—No sé qué le pasó. Yo la dejé en una bolsa junto a la otra, donde estaba la cabeza de Fátima. No sé quién se la llevó, no lo sé.

Así, fue puesto a mi disposición. Se recabó su declaración y confesó su crimen en forma lisa y llana, pero nunca, jamás involucró a sus padres.

Lo condené a 50 años de prisión —en aquel entonces, la pena más grave que existía para el delito de homicidio calificado—.

Nunca fueron localizados los restos de Arakelian.

—En efecto, Fátima, yo tenía razón. Moisés no pudo haberlo hecho solo, de verdad lamento mucho lo que te pasó.

—No se aflija, señor juez. Mire quién está conmigo.

Enseguida bajé la mirada y vi a la bebé más hermosa que ojos algunos hayan contemplado.

¿Pero cómo? Sí, era Arakelian. Solo me miró con algo de desconfianza, aferrándose a una pierna de su madre. Ella la cargó y, poco a poco, se fueron alejando de mí.

—Adiós, las dejo continuar su viaje.

Ofensa, decepción y muerte



Cada vez me fui internando más en ese mundo oscuro, donde todo era confuso. Hacia un lado y hacia el otro veía rostros que me hacían recordar pasajes de mi vida, lugares que vívidamente me traían buenos y malos recuerdos.

Cómo olvidar a la que fue mi titular en algún juzgado, ella era chaparrita y simpática, siempre muy risueña y de enormes ojos claros, casi verdes. Le decían —con todo respeto— *Mafalda*, no solo por su linda apariencia, también por su utópica aspiración a un mundo mejor. Siempre me decía “niño”, lo cual me hacía sentir muy bien. A menudo íbamos a comer con todos los compañeros —ella era de muy buen diente—.

Recordé cuando fuimos a una reunión y, entre otros, también nos acompañaba la secretaria de acuerdos, muy buena persona y trabajadora.

Se tomaron algunos traguitos. En aquel entonces yo no bebía ni gota, y menos porque para ambas siempre fui el conductor designado —por no decir el chofer—. A mis 22 años me comía el mundo a puños.

Ya de regreso, a eso de las nueve de la noche y con una lluvia espantosa, las llevé a su casa, primero a la secretaria y luego a la titular.

Realmente la miré muy ebria, lo cual era raro, pues no tomaba, pero creo que se había peleado con su novio. Y bueno, andaba herida.

Lo que realmente me preocupaba era su papá, porque era militar de alto rango en retiro. Una o un par de veces lo vi, ya era un señor de edad avanzada, pero no se miraba bien.

Mafalda estaba soltera y siempre llegaba temprano a casa, no fumaba, no tomaba, y creo que aún no le había presentado el novio a sus papás.

Luego, yo llevaba el coche de la jueza y ella no se podía parar bien.

Pensé: “El general me va a dar unos madrazos, y luego, aquí mismo, mis plomazos”.

Ni madres. No estaba dispuesto a morir ese día. Entonces, le dije a la juez:

—Mire, le voy a ayudar a bajar de su coche; una vez abajo, lo dejo estacionado aquí afuerita de su casa, bien cerrado, y las llaves se las echo en su bolsa de mano para que no se le vayan a perder.

La voy a acompañar hasta la puerta de su casa y, cuando yo toque el timbre, usted se agarra con una mano de la chapa del zaguán y con la otra mano agarra su bolsa de mandado. Ahí dentro van dos *tuppers*; uno lleva mole rojo con piezas de pollo y en el otro viene arroz. No se la vayan a caer, el lunes hay que regresarle los moldes a doña Esther.

—Hecho —de inmediato toqué el timbre. La jueza ya ni hablaba, yo creo que le dio el aire y se emborrachó aún más.

Una voz muy ronca, grave y emputada dijo: “¿Quién es?!”

Acto seguido me di a la fuga. En la esquina volteé y el general estaba metiendo a *Mafalda*, quien, fiel a las instrucciones precisas que le había dado, en ningún momento se soltó de la chapa del zaguán y tampoco tiró el molito rojo.

Esa anécdota marcó nuestras vidas. Siempre la habré de recordar con muchísimo cariño, ¡gracias por todo!

De golpe vuelvo a mi realidad, otra vez ese lugar helado e inhóspito. Toqué en una puertecita angosta y no muy alta, quería ver si me podían ofrecer una taza de café. Salió una muchacha joven, como de unos 26 años, alta, con el cabello recogido y largo, tez morena clara, delgada, de facciones finas, pero muy demacrada.

Era muy amable. Le expliqué el motivo de mi visita y que no tardaría mucho, pues solo iba de paso.

Me invitó a entrar, preparó dos tazas de café —una para ella y otra para mí—, nos sentamos en unos sillones viejos

en muy malas condiciones, prendió una pequeña chimenea que se ubicaba al lado norte de la habitación, la cual además, del calor reconfortante que ofrecía, dio más luz al lugar, ya que las dos pequeñas velas que tenía encendidas cuando llegué no dejaban ver más que sombras.

Así, de otra habitación salió un joven que se acercó a mí, me saludó muy efusivamente y me dijo: “¡Qué gusto verlo, tenía años sin saber de usted!, sea bienvenido a nuestro hogar”.

Me quedé pensando: “¿Quién será? No me acuerdo de él. ¿Quiénes son?”. Me les quedé mirando y ¡claro!, de él sí me acuerdo, pero ¡por supuesto!, fue una ofensa grave y mortal la que cometió, misma que lo llevó a la tumba. El matador a la cárcel y la disoluta a pagar pena de por vida y más allá de ésta.

En vida, Esperanza y Porfirio se conocieron en las fiestas del pueblo de Santiaguito, allá por el norte del Estado de México.

Realmente era una fiesta hermosa que duraba 17 días, iniciando el 7 de febrero de cada año. Toda la gente del pueblo se reunía a diario en ese lugar, iban a una carrera de caballos o a la exposición y venta de ganado fino. No faltaban las peleas de gallos ni las corridas de toros.

Las puertas estaban abiertas las 24 horas del día. Normalmente a eso de las 9:00 p.m. se presentaba en el palenque variedad de artistas de talla mundial: se dejaba ver Elton John, Pepe Aguilar o Joan Sebastian, o quizá Jennifer López, Lyn May, etcétera.

El caso es que el 14 de febrero de 1991, don José, doña Encarnación y la hija de ambos, Esperanza, previos los trámites respectivos, lograron se les otorgara un permiso para poner un puesto de pambazos, tostadas, flautas, sopes y toda clase de garnachas, así como azulitos —bebida color azul en jarritos del tamaño de una taza grande, hecha con

vodka, tequila, un chorrito de whisky y otro de brandy, hielos, sal, limón—, decían que con un par de ellos veías todo en color azul.

Ese puesto quedó justo frente a la entrada del palenque y, como era de esperarse, estaba lleno hasta el tope. No vendían garnachas, pero los azulitos corrían como cascada.

La señora Encarnación, a pesar de que ya rebasaba los 40 años, era muy atractiva, le gustaba que le halagaran su buena figura y buen gusto para vestir.

Por otro lado, el señor José era muy buen tipo, trabajador, responsable y muy educado. Siempre veló por el bienestar de su esposa e hija, nunca les faltó al respeto; al contrario, se esforzaba al máximo para llevar el sustento a casa y procurar que no les faltara nada, incluso, cuando le sobraba algo de dinero, les llevaba algún obsequio o chuchería.

Él era 12 años mayor que Encarnación, y desde hacía unos 10 años sufría diabetes e hipertensión arterial, enfermedades que lo limitaban a realizar con energía las tareas de su hogar: Ello también acarreó que descuidara su esposa en el ámbito sexual.

Ese 14 de febrero, Porfirio llegó hasta el puesto y pidió un azulito, mismo que, de mano propia, le entregó Esperanza. Con solo cruzar miradas, cupido los flechó en el acto. A partir de ese momento se volvieron inseparables.

Porfirio, al notar el evidente deterioro de salud de don José, se hizo cargo de las tareas del hogar de su amada Esperanza —en lo que podía—. También llegó a apoyar con el gasto familiar.

En realidad, se le quería como a un hijo. Así, llegó el día en que pidió en matrimonio a su amada, a lo cual no tuvieron inconveniente alguno los padres de esta.

Se casaron el mero 14 de febrero de 1993, en el centro del pueblo de Santiaguito, allí donde, año con año, se celebra la fiesta del pueblo.

Se improvisó un púlpito, el padre ofreció la misa.

Y, enseguida, el licenciado Tonatiuh Bravo, oficial del registro civil, los casó. Ya no leyó la *Epístola* de Melchor Ocampo, pues se había empinado tres azulitos. Solo pasó las actas a su auxiliar para que los contrayentes y testigos las firmaran.

Fue una boda muy alegre. En su momento, tocó el baile entre familiares de uno y otro contrayente. Cuando llegó el turno de que doña Encarnación bailara con su yerno Porfirio, sucedió algo raro: sus manos entrelazadas se apretaron muy fuerte y ella lo abrazaba de forma tal que lo estrujaba. A su vez, Porfirio le correspondía igual, solo que sus manos le rodeaban la cintura casi invadiendo un tercio de sus glúteos.

Don José se sintió incómodo e inmediatamente se levantó de su lugar y se dirigió a la pista de baile, pidiéndole a su yerno que lo dejara bailar con su esposa.

Inmediatamente se soltaron y, sin decir palabra alguna, le entregó a su esposa y se dirigió a Esperanza. Ella no advirtió ese incidente y su padre tampoco lo comentó, para no arruinar su boda.

A partir de ese momento, don José se mostró receloso con su mujer y yerno, además de que eran la comidilla de los habitantes del pueblo que se dieron cuenta del bochornoso episodio.

Encarnación siempre negó tener algún interés o romance con su yerno Porfirio. Lloraba y le decía a José que su sola insinuación la hacía inmensamente desgraciada.

—¿Cómo crees?!, si es el esposo de nuestra hija. ¿Acaso estás loco?

—Pero yo te vi, vi cómo lo pegabas a tu cuerpo. Él te abrazaba en una parte de las nalgas y se juntaba totalmente a ti.

—¡Estás loco, jamás de los jamases haría semejante barbaridad!

Por su parte, Porfirio evitaba ir a visitar a los papás de Esperanza cuando sabía que don José iba a estar presente.

Pasaron unos tres años de ese incidente y una horrible noticia enlutó a esa familia.

A Esperanza, que no podía embarazarse, le fue detectado un tumor uterino en etapa cuatro. No le daban más de tres meses de vida. Independientemente de que ese tumor ya no era operable, presentaba metástasis, es decir, el foco cancerígeno se había propagado al resto de sus órganos.

No vivió más de tres semanas, fue muy triste; era tan joven y llena de ilusiones.

Tras un mes de su muerte, tanto doña Encarnación como don José fueron a visitar a Porfirio, quien se había tirado al vicio. Tomaba a diario. Platicaron con él y le dijeron que lo querían como a un hijo, que podía contar con ellos en todo lo que necesitara. Sabían que Esperanza lo amaba y él a ella también.

Don José ya había olvidado aquel incidente, y ahora, con la pena, se había redimido ante Dios, pidiéndole misericordia por sus pensamientos impuros y por haberles faltado al respeto a su esposa y yerno.

Poco a poco, Porfirio se fue acercando a ellos. Lo recibían con mucho afecto, le daban de comer e, incluso, no era raro que se quedara a dormir en su casa, precisamente en el cuarto que en vida y soltería ocupaba la desafortunada Esperanza.

Pero llegó un punto en el que a José ya no le causaba mucha ternura que Porfirio los visitara tan seguido, pues notaba que a su mujer se le iluminaban los ojos nada más de verlo, y le incomodaban esos abrazos efusivos o intensos, aunados a los besos en la mejilla que propiamente invadían la mitad de la boca de una y otro, sin pasar por alto que, con frecuencia, cuando llegaba a su casa, Porfirio y Encarna-

ción ya estaban muy sentados en el comedor. Nada de eso no le causaba gracia.

Sin embargo, no dejaba que le invadieran pensamientos impuros. Ni siquiera en aquella ocasión en que encontró en el baño los calzones de Porfirio.

En fin, no creía que su esposa lo estuviera engañando con él, que fue su yerno y el esposo de su difunta hija Esperanza.

Sin embargo, la duda se había sembrado.

A pesar de los múltiples problemas de salud por los que atravesaba don José, salía a diario muy temprano para vender o permutar borregos u otro tipo de ganado, de cuyas ganancias sostenía los gastos familiares.

Ese día vendió tres borregos y le compraron una vaca lechera, pero, como el comprador no juntaba la totalidad del precio, le propuso pagarle la mitad en efectivo y la otra mitad con una pistola calibre 380 especial tipo revólver.

Don José, que nunca fue de armas ni sabía usarlas, de inmediato se echó para atrás y le dijo:

—¡No!, ¿cómo crees? Las armas son del diablo.

—No te espantes, siempre es bueno tener un arma en casa para que te defiendas de cualquier intruso.

—Pero yo no sé ni disparar.

—Es muy fácil. Mira, ya trae cinco balas, lo único que debes hacer es jalar el gatillo una y otra vez hasta que se acaben las cinco balas, solitas salen.

Don José se quedó pensativo unos minutos y recordó que hacía unos dos meses sus perros habían ahuyentado a un par de sujetos que por la noche se acercaron a su corral, con la clara intención de robarse algún animal. Eso le hizo sentirse muy inseguro y vulnerable, ya que únicamente ha-

bía atinado a asegurar la puerta y las ventanas de su casa, y a tomar un cuchillo de cocina, con el cual nada podía hacer.

Sin pensarlo más, aceptó, arregló sus cosas, se fajó la pistola a la cintura y se fue de regreso a su casa.

Normalmente llegaba a las 11:00 p.m., sin embargo, en esta ocasión calculó que estaría en casa alrededor de las 8:00 p.m. Previamente pasó a comprar unas flores para llevar a la tumba de su amada hija, y a Encarnación le compró un rebozo color negro. Él se compró un escapulario de madera que de inmediato se colgó al cuello.

Para llegar a su casa debía caminar unos ocho kilómetros, ya que el camión no llegaba hasta ese lugar... Caminó y, poco a poco, se fue acercando a su hogar; sin embargo, todas las luces estaban apagadas, lo cual le pareció extraño, pero pensó que se había descompuesto el generador o simplemente no había luz. Los perros lo reconocieron de inmediato y salieron a su encuentro agitando la cola.

Entró y estaba todo apagado. Dejó el rebozo y las flores en la mesita de madera que hacía las veces de comedor y, poco a poco, se fue acercando a sus habitaciones.

Abrió la puerta y descubrió en pleno acto sexual a su esposa Encarnación con su exyerno Porfirio.

Se volvió loco, no lo creía.

—¡Encarnación!, ¡yo te amo!, ¡¿por qué?!

—¡Perdóname!, ¡perdóname, he pecado!

—¡Pero era el esposo de nuestra hija!, ¡¿cómo pudiste?!, ¡¿cómo pudiste?!

Porfirio, aún desnudo, trató de correr; sin embargo, don José ya había desenfundado la pistola que le acababan de dar.

—¡No te muevas, maldito, no te muevas!

—¡Don José, por favor, guarde esa pistola! Su esposa tiene la culpa, yo sostenía relaciones sexuales con ella desde antes de que muriera Esperanza, ella me acosaba.

—¡Cállate, maldito bastardo!, ¡aquí vas a morir!

Se oyeron tres disparos. Solo uno dio en el blanco, le pegó en el ojo izquierdo a Porfirio, quien quedó desnudo y tendido en la cama en un baño de sangre.

Sabía que el revólver traía cinco balas, así que apuntó a Encarnación y tiró del gatillo. Se oyeron otros dos, pero ninguno dio en el blanco.

Hubo un momento de confusión, el demonio se reía y le decía a José: “Mátala, mátala”.

Encarnación corrió desnuda como estaba y tomó de la mesa del comedor el rebozo negro que José le llevó como obsequio.

Corrió sin parar, llegó a la comisaría, informó lo sucedido e, inmediatamente, una vez que le prestaron algo de ropa, regresaron al lugar de los hechos.

Ahí seguía don José, llorando y aferrado a una fotografía de su hija. Fue detenido y enjuiciado.

Claro, recuerdo vívidamente ese asunto.

—¿Así que tú eres Porfirio?

—Sí señor, le he pedido perdón a Esperanza.

—Lo he perdonado, juez. Pero a mi mamá no la he perdonado, y nunca lo haré.

—Yo vi a tu padre tras las rejas de prácticas. Recabé su declaración preparatoria y, después de que firmó el acta, me pidió un favor. ¿Sabes cuál fue, Esperanza?

—No, los muertos, no podemos saber las peticiones de los vivos, porque ellos pertenecen al umbral del pecado.

—Me entregó un escapulario de madera color café con negro y me dijo que se lo entregara a doña Encarnación cuando viniera a una audiencia.

Encarnación nunca se presentó a las audiencias, pasaron los meses y se emitió la sentencia de don José.

Estaba claro que existía un homicidio y que el responsable fue ese pobre hombre, ¿o acaso estaba justificado su proceder?, ¿o quizá atenuado o calificado simple?

Te dejo reflexionar. Sé tú quien decida el caso y la pena que le corresponda. O, en su caso, su absolución.

Al término de la audiencia de juicio —así llamada en el sistema procesal penal de corte inquisitorio—, platicué con don José, quien me pidió que disipara algunas de sus dudas.

Después de que le quedó todo claro, saqué de la bolsa de mi saco el escapulario para devolvérselo. Se negó y me dijo: “Si la ingrata de mi mujer nunca vino a verme, quédesele usted, por favor, o quémelo, yo no lo quiero” y se retiró.

Situaciones tan extrañas
que te dejan sin palabras



Seguí mi camino. A lo lejos solo escuchaba el ladrido de uno que otro perro, e incluso algún aullido, no sé si era de lobo u otro animal.

Confieso que me dio un poco de temor, pues lo único que llevaba para mi defensa era la pesada —o pesadísima— balanza de la justicia.

Me senté en una roca y coloqué mi balanza frente a mí. La observé detenidamente, en verdad, ¡qué hermosa figura!

Me pregunté por qué está representada por una mujer. Era muy fácil acudir a la literatura y descubrir que los griegos se inspiraron en la diosa Themis, que significa “orden”, y que los romanos tomaron como modelo a la diosa Iustitia. Ambas, velan por la protección de los individuos y por mantener el orden social, al igual que las diosas Dicea y Astrea.

Empero, para mí eso no es una respuesta. Yo creo que la representa una mujer porque es capaz de entender, perdonar y compartir el sufrimiento de sus semejantes, sin más sentimiento que la compasión; ella es un ser digno de respeto y pureza, es una creación tan perfecta que da vida a otro ser humano, es dulce y tierna, nunca se le debe tocar, ni con el pétalo de una rosa. Tiene sus ojos tapados con una venda porque ha llorado y sufrido la perversidad de los seres humanos. Ella no es ciega, se cubre para que no la vean derramar sus lágrimas.

La espada no es para intimidar ni castigar, te demuestra que está dispuesta a su propio sacrificio por amor a la justicia.

El sostén de la balanza tampoco es equilibrio, representa la cruz, sí, ese maldito lugar en donde Jesús perdió la vida por todos nosotros, los pecadores.

Y la serpiente a sus pies significa que la inmundicia de los hombres jamás estará a la altura del impartidor de justicia, condenados por toda la eternidad a arrastrarse a los pies de ésta.

Esa reflexión, muy a mi modesto entendimiento, me hizo derramar muchas lágrimas. Volteé hacia atrás, al camino que hasta ese punto había recorrido en mis memorias con los vivos.

Pensé: “Qué difícil, cuánto sacrificio, es tanto que me costó la vida y, aún más, me llevó a dejar a mis seres amados en una estela de sufrimiento y llanto. Esta es la vida que elegí y no me arrepiento”.

Regresé la vista a mi balanza de la justicia y observé que de frente se acercaba un muchacho muy joven, de no más de 18 o 19 años. Me saludó, me dio un gran abrazo y me dijo:

—¿Cómo estás?, ¿te acuerdas de mí?

Me le quedé viendo y sí, en esta ocasión, a él lo reconocí de inmediato.

—Claro, eres Toño.

—Me decías *Toñito*.

—Sí, perdón, *Toñito*, ¿cómo estás?

—Yo muy bien, pero a ti te veo más acabado o, más bien, más viejo y calvo.

—Bueno, es que han pasado casi 35 años desde la última vez que nos vimos y platicamos.

—Estabas bien joven, *Lic*. Me caíste muy bien, no me trataste mal e incluso le metiste su regañada al custodio cuando me viste todo golpeado. Creo que hasta se lo dijiste al juez, que parecía de piedra, apenas hablaba, no me caía bien.

—A mí tampoco.

—Me regalaste un pequeño chocolate que pasaste por debajo de la reja de prácticas, y a mi chavito, que estaba al lado de mi esposa en la sala de audiencias, le diste otro, y lo cargaste cuando empezó a llorar acercándomelo a las rejas.

—¡Ya ni me digas, Toñito! Quizás hice cosas que no debía, pero creo que no violé ninguna ley, salvo cuando te pasé el chocolate. Sin embargo, te confieso que siempre tuve un cargo de conciencia por tu asunto.

—¿Por qué?

Fue una mañana de enero de hace muchos años. Como de costumbre, llegué al juzgado mixto de Otumba, Estado de México. Me estaba estrenando como secretario penal de primera instancia, en el cargo no tenía más de 15 días. De casa al juzgado me hacía dos horas con 45 minutos, estaba lejísimo, les decía a mis amigos que yo trabajaba donde el diablo orinó.

Pero no me daba miedo. Otro cuate me dijo —nunca se me olvidó—: “Miedo al mar y lo meo”.

Serían las 10:00 a.m. cuando se presentó un agente de la policía judicial.

—Jefe, hemos cumplido la orden de aprehensión contra Toñito por el delito de abandono de familiares. La causa es la 777/84.

Me quedé pensando: “¿Y ahora qué le digo a este honorable guardián de la sociedad?”.

—Ah, bueno, señor judicial, lo felicito por su apoyo y que le vaya muy bien.

—¿No me va a dar por cumplida mi orden? Es que nos cuenta como chamba.

—Ah, sí, espéreme —le dije a mi secretaria que se le diera por cumplida y así lo hizo.

—Gracias, jefazo.

Bueno, era jefe y luego jefazo, pues así me sentí.

Al retirarse ese ejemplar policía, de inmediato instruí a mis compañeros para que en cuanto se pusiera al detenido a

disposición del juez, por parte del director del centro penitenciario, se me informara a fin de que inmediatamente se le decretara su detención material, se le recabara su declaración preparatoria y, luego, en el plazo que concede el artículo 19 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, se habría de resolver su situación jurídica, pero también se le haría saber que tenía derecho a su libertad provisional bajo fianza, cuyo monto era:

- a) \$500.00 (quinientos pesos 00/100 M.N., en efectivo), o
- b) \$1,500.00 (un mil quinientos pesos 00/100 M.N, en fianza).

Ya eran casi las 11:00 a.m. cuando el director del penal nos comunicó la detención y pusimos manos a la obra; las instrucciones estaban dadas, había que cumplirlas.

—A ver, Sabas —era el mecanógrafo—, pídete al detenido y procede como ordené.

—Pero tengo la audiencia, y ya se me acabó la cinta de la máquina de escribir, y el papel calca ya parece pergamino, ya ni pinta para el duplicado del expediente. ¿Por qué no le dice a Pera?, nada más está haciéndose la holgazana.

—Mire, usted es el holgazán, no crea que no me doy cuenta de eso en estos escasos 15 días que tengo trabajando con ustedes. De hecho, el juez ya me lo había advertido.

—Pues creo que el juez es más flojo que yo, pero no quiero entrar en polémicas con usted ni con él, ahorita ejecuto el trámite.

Pasaron alrededor de 20 minutos y se presentó una muchachita muy joven que traía en brazos a un pequeño niño de dos años.

Me preguntó por el detenido de la causa 777/84.

—Yo soy quien lo demandó porque es borracho y no me da dinero para el gasto, se llama Antonio.

—Ah sí, lo acaban de subir, está atrás de las rejas, mírelo usted.

—Sí, sí es él.

Vi cómo se llenaron sus ojos de lágrimas, más bien, estaba llorando.

—¿Qué le pasa, señora? A ver, Sabas, pásame esa silla. Siéntese, por favor.

—Ya no tengo nada contra él, sáquelo, por favor.

—Mire, debe exhibir la fianza y se lo lleva. Son \$500.00 en efectivo o \$1,500.00 en póliza.

En ese momento, y a pesar de mi raquítica experiencia, me puse a revisar el Código y ¡sorpresa!, era un delito perseguido por querrela de la parte ofendida y, por tanto, procedía el perdón.

Enseguida pasé con el juez, le planteé el problema y la posible solución. Como él era de pocas palabras, se me quedó mirando y me dijo:

—¿Quién entiende a las mujeres? Está bien, canalízala con el Ministerio Público para que pidan audiencia, se la fijas para mañana a las 9:00 a.m., que le otorgue el perdón y sobresees el asunto, lo que tiene como consecuencia la libertad inmediata del detenido.

—Muchas gracias, señor juez —salí de su privado y, de camino a mi lugar, sentí que la mejor idea era que hoy mismo se llevaran a Toñito. Pobre familia, además, eran muy pobres, ¿dónde iba a conseguir la fianza la señora?

En lugar de llegar a mi asiento me fui directo a las oficinas del Ministerio Público. Era un señor chapado a la antigua, buena persona, y también conocedor del derecho.

—Hola, mi Lic. —me dijo—. ¿Qué milagro que los dioses bajan a la tierra? —se rio con una estruendosa carcajada.

—Aquí, nada más. Visitando los dioses al chamuco, mi Lic. —le contesté, y ambos soltamos otra gran carcajada.

Enseguida le planteé el tema y que habría que canalizar a la víctima con él para que le explicara los trámites a seguir.

En ese momento pasó el defensor público, otro abogado viejo y chapado a la antigua, pero, al igual que el fiscal, un conocedor de la ley penal. Nos vio y se acercó a saludar.

Lo que me dio mucha risa es que cuando saludó al fiscal le dijo: “¡Nada más te veo y me da sed!”.

En otras palabras, dejó claro que siempre andaba crudo. La verdad a mí no me consta, pero creo que se murió de cirrosis hepática.

Total, le comenté lo que se pretendía hacer para ayudar a la señora y al detenido. Ella ya no te nada contra él y estaba dispuesta a otorgar el perdón.

Tanto el fiscal como el defensor acordaron que harían una obra de buena fe para reconciliar a esa familia.

—Hecho, te presento el escrito y mañana desahogamos la audiencia a primera hora —dijo el fiscal, a lo que el defensor estuvo completamente de acuerdo.

Me quedé pensando y concluí: “No, pobre de la señora, de Toñito y de su hijito”.

Y muy lamentablemente —lo que hasta hoy me atormenta—, se me ocurrió pedirles que lo hiciéramos ese mismo día, aunque fuera tarde yo me esperaba, era mejor que hoy saliera en libertad el detenido.

—¡Vamos, hagan una buena acción!

—No, Lic., es que tengo audiencia de los Mimosos y tarda mucho —dijo el defensor.

—Es cierto, tenemos esa audiencia y está muy compleja —recordó el fiscal—, y luego ya ves cómo se pone de exquisito el defensor.

—¡Ja, ja, ja, ja! —todos reímos.

—Por favor, ¿qué les parece a las 5:00 p.m.?

—¡Bueno, va! A las 5:00 p.m.

—Cerrado. A las 5:00 p.m.

Regresé al juzgado y le dije al juez que el fiscal y el defensor habían acordado que ese mismo día se otorgaría y aceptaría el perdón a las 5:00 p.m., ya que al día siguiente no les era posible, debido a sus múltiples audiencias.

Claro, era una situación que yo había provocado, pero siempre pensé en lo mejor para esa familia. Me pareció que era innecesario que Toñito permaneciera un día más en la cárcel, además, estaba súper golpeado. Consideré que lo prudente era que saliera y fuera a visitar al médico para que viera sus lesiones.

Como de costumbre, el mudo o la piedra —digo, el juez— se enojó y me dijo:

—¿No puedes hacer lo que uno te dice? Ahora me tengo que esperar para firmar la boleta de absoluta libertad por sobreseimiento. No, así no puedes ni debes llegar a ser juez, eres un peligro para la sociedad, ¡sáquese!

Salí de su privado con la boca seca y pálido. Pensé: “Tiene razón, soy un despojo de licenciado”.

Metí la mano al bolsillo de mi saco y saqué un chocolate de dos que le había comprado a la señora Chofi. Ella era la viejita abusiva que vendía dulcecitos al triple de lo que costaban en la tienda.

Al llegar a mi sillón, que estaba a escasos metros de la reja de prácticas —antes todo era muy rústico, nada que ver a como es ahora—, Toñito me hizo señas. Me acerqué todavía con el chocolate en mis manos y me preguntó si podía hablar con su esposa. Le dije que aguantara.

—Mira, ya te vas, pero hasta la tarde. Tu esposa te va a otorgar el perdón; si quieres le digo al custodio que ya no te meta a la población, siéntate por allí, nada más no hagas desorden. Mira, cómete este chocolate —se lo pasé por debajo de la reja, me lo agradeció mucho.

En ese momento empezó a llorar su hijo, porque lo había visto y quería estar con él.

No sé por qué, pero me acerqué a la mamá, se lo pedí y se lo llevé a Toñito, quien nada le dijo, solo se puso a llorar. Quería acariciarlo, pero la reja se lo impedía.

El niño lloraba y lloraba más fuerte. La secretaria del juez salió para ver qué pasaba.

De inmediato recordé que tenía otro chocolate y le dije al niño: “¿Mira, no quieres este dulce?”. Luego supe que se llamaba Abraham y su madre Alicia.

El chamaco se calló por arte de magia y, feliz, se regresó con su mamá para disfrutar de ese suculento manjar.

Así nos dieron las 5:00 p.m. El perdón se otorgó y fue aceptado, se sobreseyó el asunto y se ordenó la libertad de Toñito. Éste se despidió de mí, me dio las gracias y su esposa también.

Pero cuando vi caminar a Toñito, sentí algo raro. No sé qué, de verdad, aunque no lo creas, querido lector, él volteó y, desde lejos, me hizo un gesto corporal en señal de abrazo. Solo respondí con mi mano diciéndole adiós. Nuestras miradas se cruzaron por una fracción de segundo.

Seguí trabajando, estudiando, elaborando los acuerdos, arreglando todo para el día siguiente.

Serían las 9:30 p.m. cuando escuché ambulancias y patrullas en la vía pública, es decir, al exterior del edificio de juzgados.

En fin, nada extraordinario, lo de siempre. Cerré las oficinas y salí a las 11:00 p.m., abordé mi auto, circulé un par de cuadras, di vuelta a la derecha para tomar el camino que me incorporaba a la autopista.

Precisamente en esa intersección se notaba la presencia de los cuerpos de seguridad pública y una ambulancia, así como gente reunida en el lugar. En la cinta asfáltica había un cuerpo tendido con una sábana blanca cubriéndole. Al lado de él se encontraba una mujer arrodillada que no paraba de llorar.

Pasé lentamente, miré lo que sucedía y el horror me invadió. La mujer era Alicia, le estaba llorando a su difunto. Era Toñito, lo había atropellado un chofer que conducía una combi de servicio público, quien estaba detenido.

—Yo tuve la culpa Toñito, perdóname. Si le hubiera hecho caso al juez, tú hubieras obtenido tu libertad al día siguiente y no te hubieras muerto. He cargado con ello siempre, no sé qué decirte.

—No mi Lic., el destino está marcado para cada uno, nosotros solo somos el instrumento que ha de cumplirlo. Alicia se casó nuevamente, tuvo dos hijos más, es muy feliz, y mi hijo Abraham ya es licenciado, como tú. Estoy muy orgulloso de él.

Su figura se fue difuminando. Únicamente alcancé a notar que me hacía una seña corporal en señal de abrazo, como aquella vez que lo vi con vida por última vez.

El cazador fue cazado



Mi viaje aún tenía que continuar. La verdad es que ya no quería seguir, porque, entre más avanzaba, más duros eran los recuerdos, no solo de los asuntos en los que intervine, sino también los referentes a mi vida personal. A pesar de ello, sentía una fuerza incontenible que literalmente me empujaba a seguir avanzando.

En un momento determinado sentí que alguien me tocaba el hombro por la espalda. Enseguida me calmé, la ansiedad desapareció, volteé, y una enorme emoción me invadió: ¡era mi padre!

Hace muchísimos años que no lo veía, él había muerto y su partida dejó un profundo dolor en mi familia, pero a mí, que lo adoré con el alma, me dejó un hueco en el corazón que jamás, aun a mi edad, pude llenar.

—¡Papá, papá!, te he extrañado mucho —lo abracé muy fuerte—. Me alegra verte y que aquí, en este lugar inhóspito, me acompañes. Estoy seguro de que contigo a mi lado nada me puede pasar, tú eres mi fuerza y mi protector.

—Hijo, ahora estás conmigo —escuché su voz, fuerte como la tenía—. Aunque también me alegra verte, siento mucho que hayas muerto. Hablé con la señora de las sombras, le rogué que te dejara vivir, aún tenías muchos proyectos que cumplir, como sacar adelante a todos tus hijos. Ellos te lloran mucho y no hay día que tu esposa no sufra tu partida, está muerta en vida. ¡Cómo lo siento!

Pero la señora de la muerte no me hizo caso, solo me dijo:

—Tu hijo ha cumplido su misión en la tierra, cuando nació, aquel 3 de noviembre, un día después del festejo de mis muertos y de mi grandísima potestad, firmamos el momento de su muerte.

“¿Acaso no has visto cómo me aman?! Hasta se disfrazan para parecerse a mí, no sabes el gusto que me da, incluso, de pura alegría, ese día me traigo unos cuantos para acá.

Pero no los entiendo, están felices en la tierra, me hacen fiesta, se disfrazan para parecerse a mí, y luego se ponen a llorar cuando me ven en persona.

En fin, son tan complejos que ellos mismos se privan de la vida y mira que lo hacen de forma muy cruel.

Bueno, me distraje, te decía que tu hijo, al nacer, firmó el acta que contenía el día de su muerte y el motivo que la habría de ocasionar, tal como sucedió. Si no me crees, mira su libro *Autopsia de un juez*, que, dicho sea de paso, ¡es extraordinario!

Sí, murió a causa de un infarto fulminante. Ya se me andaba escapando, pero lo alcancé, y ya sabes el resultado. Ahora disfrútalo por toda la eternidad, y que los vivos sufran su ausencia.

—Querido hijo —continuó mi padre—, debes continuar tu viaje, no puedo acompañarte, has de saber que lo que cada ser humano sembró en vida, en muerte recogerá la cosecha. Tú sembraste justicia y, por tanto, también es justo que conozcas, hables y sufras al lado de aquellos que, por decisión del destino, te conocieron. Ve hijo, no claudiques, siempre fuiste un buen guerrero, recuerda que cuando la noche está más negra es señal de que ya va a amanecer.

—Pero padre, acompáñame.

—No está permitido, lo siento, te amo, te espero al final del arcoíris.

Otra vez lo había perdido. La soledad invadió todo mi ser, pero, fiel a su indicación, seguí mi camino. Yo creo que ya iba a amanecer, porque estaba oscurísimo. No se veía ni a 20 centímetros de distancia, por ese motivo avanzaba casi de puntitas y trastabillaba constantemente.

En un punto del camino tropecé y caí de bruces; sin embargo, no toqué el suelo. Me precipité hacia abajo, en un hoyo que no tenía fin. Fue una caída libre, calculo que duró 30

minutos o más, vuelta y vuelta, grito y grito. Pensé: “¡Me voy a matar otra vez!”.

Por fin toqué suelo, pero caí de pie, no me dolió ni nada.

Dije: “¡Ah, *chingá*’, no me pasó nada!”, la verdad, me puse contento.

Enseguida voltee a la derecha, era una zona boscosa, en la cual destacaba una pequeña casita muy bonita. Constaba de una planta, dos recámaras, un baño, una chimenea, un amplio jardín, árboles frutales y un pozo de agua. Estaba toda decorada con motivos mexicanos, su construcción era de madera y ladrillo aparente; en la parte posterior y frontal contaba con dos ventanales muy amplios, y al lado de la chimenea, a manera de adorno —aunque totalmente funcional —estaba colgada una escopeta cargada y vieja.

Me acerqué y noté que dos personas —hombre y mujer— de edad avanzada, de entre 75 y 80 años, discutían acaloradamente. O, más bien, el viejito don Sabás se traía a mentadas de madre y a chingadazos a doña Sarita, mientras ella le gritaba que era un abusivo.

La verdad nunca supe el porqué del comportamiento tan violento de don Sabás contra su mujer. Sinceramente, cuando tuve en mis manos ese asunto para resolverlo, me causó mucha inquietud.

Sin embargo, ahora lo descubrí. Me recargué en el claro de una ventana, bebí un poco de agua que saqué con una cubeta del pozo y me di cuenta de que ahí, en una mesita de madera, había una botella de mezcal y una cajetilla de cigarros. Dadas las circunstancias, me senté en ese lugar, desde donde se escuchaba toda la discusión.

Me serví una copita de mezcal y, a pesar de que ya no fumaba, dije: “Me voy a fumar un cigarrito, total, ya estoy muerto, no creo que me haga daño”.

N'ambre, qué chulada. Me tomé dos copas de mezcal y medio me mareé, pero me relajé, y el miedo y la angustia habían desaparecido.

En ese momento escuché que don Sabás le dijo en tono de reclamo a doña Sarita:

—¡Nunca te lo voy a perdonar!, ¿cómo fue posible que me engañaras con el gordo de Eleuterio? Si es un bueno para nada, únicamente lo contraté para que a diario trajera la leche para que alimentaras a los nietos. ¡Qué poca madre tienes!

—¡Pero eso ya tiene más de 45 años!, no chingues, ya te pedí mil veces perdón, solo fue una vez. Tú siempre estabas trabajando en la Ciudad de México y venías cada 20 días o cada mes, y pues una se siente sola. Luego, nada más llegabas a emborracharte y a golpearme. Si yo no te hacía nada, ni siquiera conocía a Eleuterio.

En ese momento, repentinamente, recordé cuando estaba en el juzgado de Almoloya. Ya me disponía a resolver el asunto cuando tres señoras, también ya grandes, de entre 50 y 55 años de edad, pidieron hablar conmigo y, sin esperar la autorización, así nada más, se pasaron.

—Sí, pasen —ya están allí, ni modo de decirles que no—. ¿En qué les puedo servir?, perdón, ¿con quién tengo el honor de platicar?

—Somos Tere, Flor y Juana, hijas de don Sabás y doña Sarita. Usted va a resolver en definitiva el día de hoy. Nosotras no fuimos testigos presenciales, como usted lo sabe, pero lo que queremos que sepa es que mi padre, desde que tenemos uso de razón, trabajó en la Ciudad de México, fue un extraordinario albañil, sus patrones nunca lo soltaron, le pagaban una pequeña fortuna para que les trabajara solo a ellos. Eran empresarios libaneses. En consecuencia, propiamente era su empleado, únicamente lo dejaban venir a casa cada 20 días o cada mes para traernos dinero. Eso se

lo agradecemos, nunca nos faltó nada a nadie, pero el problema es que, nada más llegaba el viernes, era puro tomar y tomar hasta el domingo, y madriza y madriza a mi mamá, de viernes a domingo. Cuando él se iba a México, los lunes a las 4:00 a.m., teníamos que llevarla con el doctor Crisóforo, para que la atendiera de sus lesiones. Incluso, como usted también lo sabe, el doctor compareció en el juicio y así lo declaró.

Nuestra madre vivió una situación de violencia física y psicológica extrema durante todo su matrimonio de más de 60 años con nuestro padre. Es cierto que ella tuvo un desliz sentimental con Eleuterio, pero él la trataba muy bien, estaban enamorados. Nuestra madre, antes de engañar a nuestro padre, habló con él pidiéndole el divorcio, y por respuesta le metió una putiza. ¡Ay, perdón, señor juez, por la palabra! —dijo Juana—, pero no hay otra forma de decirlo. Se sacó el cinturón y la agarró a cuerazos, tomó una varilla y se la sorrajó en la cabeza, le causó traumatismo craneoencefálico y le quebró dos costillas con un garrote. La llevamos al hospital donde trabaja el doctor Crisóforo, lugar donde duró internada 15 días, todo lo cual está documentado no solo en el expediente clínico que obra agregado a la causa, sino que también se respalda con el testimonio del doctor Crisóforo y el nuestro, como usted lo podrá constatar al estudiar el asunto. Ese día que la golpeó tomó su escopeta y fue a buscar a Eleuterio. Dicen que lo mató y lo enterró en el bosque, porque nunca más lo volvimos a ver ni a saber de él. Fue mucha violencia, pobre de mi madre, sea usted justo.

De golpe, regresé nuevamente a mi realidad. Estaba sentado, bebiendo mi tercera copita de mezcal y encendiendo mi quinto cigarro.

Me levanté para asomarme dentro de la casa, pues los gritos eran desenfrenados.

Note que don Sabás estaba encima de doña Sarita, quien estaba bañada en sangre, la estaba estrangulando.

—¡Te voy a matar!, ¡ya estoy cansado de ti!, ¡muérete!

En una esquina estaba la bestia con los ojos desorbitados. Se reía y le decía a Sabás al oído: “Agarra la escopeta!, ¡ya, dale en la madre!, ¡entrégame su alma!, ¡ándale!”.

Traté de intervenir, le metí un patadón al agresor, pero ni se movió. Seguía como loco. Entendí que los muertos nada podemos hacer, ni evitar el destino funesto de nadie, solo era un espectador y debía esperar el desenlace.

En un momento determinado —no sé de dónde sacó fuerzas— doña Sarita logró quitarse de encima a Sabás, quien, loco como estaba, se echó para atrás, al tiempo que le decía:

—¡Ya te llegó la hora!, ¡no me importa ir a la cárcel!, ¡pero de que te mueres hoy, te mueres!

Al momento de escuchar la amenaza, verle los ojos y su agresividad desbordada, supo que la amenaza iba en serio.

Como resorte, y así de viejita como estaba, pegó carrera fuera de la casa, pero por la parte posterior, es decir, en el patio había un corredor angosto que atravesaba a lo largo el inmueble, el cual desembocaba en el jardín. Realmente era un espacio abierto y daba directo al camino principal que conducía al pueblo en donde vivían.

Doña Sarita, al salir corriendo de la cocina al patio posterior, tenía que pasar por donde se ubicaba la chimenea, al lado de la cual estaba colgada la escopeta.

Atrás de ella venía don Sabás, quien iba directo a la escopeta y, en un acto de reflejo, Sarita la tomó primero, pero no le disparó, se salió con ella en sus manos, siempre con la firme convicción de huir. No pensó en dispararle a su esposo, más bien se la llevó para que éste no la fuera a matar con el arma.

La verdad me puse muy nervioso y también pegué la carrera para ver bien qué iba a pasar.

Resulta que Sabás advirtió que Sarita le había ganado a correr y, de inmediato, se dio cuenta de que no la iba a poder alcanzar, situación que lo encolerizó aún más.

Sin embargo, sabía que Sarita tenía que pasar forzosamente por el corredor angosto ubicado en la parte posterior de la casa, y justo en la parte media había un ventanal grande cuyas ventanas corredizas no contaban con protección alguna y permitían que cualquier persona se pudiera brincar de allí al corredor.

Así, se le ocurrió la idea de abrir el ventanal y, cuando pasara Sarita, como león, se le iba a abalanzar y allí mismo la iba a matar.

Pues sí, así fue. Sarita pasó corriendo, pero don Sabás, por avorazado, le quiso brincar antes de que pasara y, cuando lo hizo —por cierto, muy lento y con mucha dificultad, puesto que era un hombre muy viejo—, doña Sarita se detuvo y, en un acto de reflejo, enderezó la escopeta y le sorrajó un balazo a don Sabás, quien lo recibió en el tórax.

Ahora sí que a medio vuelo le dieron el escopetazo. Quedó muerto y colgando en el marco de la ventana, con medio cuerpo —brazos, cabeza y tórax— hacia el corredor y la cintura y piernas dentro de la casa.

Doña Sarita se arrodilló y le lloró a su difunto, se fue caminando con la escopeta en la mano, directo a la comisaría de la policía municipal. Confesó su crimen ante todas las autoridades, incluyendo a su servidor el juez. Así, fue consignada, procesada y sentenciada.

No se me olvida que doña Sarita —quien, por cierto, se parece a la icónica actriz Sara García. Sí, a esa, a la abuela de Pedro Infante y la del chocolate Abuelita— era muy dulce, platicué varias veces con ella cuando salía a las audiencias tras las rejas de prácticas.

Siempre me preguntaba que cuándo se iba a ir, que tenía que ver su casa, a sus animales, y quería estar con sus nietos e hijas y llorarle a su difunto esposo en silencio.

Nada más le dije que no lo sabía, que necesitaba estudiar su asunto, pero le prometí que haría justicia, y eso también implicaba que la podía condenar.

El asunto se cerró y me lo pasaron para dictar sentencia. Tenía 15 días para hacerlo. El caso estaba turnado y lo tenía en mi escritorio; un día jueves me habló por teléfono la secretaria general de acuerdos del Tribunal Superior de Justicia.

—¡Bueno!

—Señor juez, soy Chanel, la secretaria general de acuerdos, hablo en cumplimiento a lo ordenado en pleno extraordinario del Consejo de la Judicatura, celebrado el día de hoy, precisamente hace unos momentos, para informarle que se ha dispuesto y acordado su cambio de adscripción y sistema.

—¡Ah, caray! ¿Y para dónde me cambian?

—Se queda usted en Almoloya, pero ahora se le nombra juez de control y juicios orales a fin de que atienda, con motivo de la reciente reforma constitucional del 2008 y la amplísima capacitación que usted recibió junto con otros 14 compañeros, todos los asuntos nuevos con los cuales se inicia una nueva era en sistema de juzgamiento, que será de corte acusatorio y oral.

Se me cayeron los pantalones.

—Le ruego que ponga todo en orden. Ahorita llegan los contadores para que se elabore el acta de entrega.

—Sí, claro, un gusto, me siento conmovido y honrado. Hasta pronto, Christian Dior, digo, Chanel.

La noticia corrió como la pólvora. Yo era uno de los que iba a inaugurar, junto con mis compañeros de ese memorable

G15, el nuevo sistema de procedimiento penal. Qué responsabilidad tan grande, pero qué orgullo también.

Instruí a mi secretaria para que pusiera todo en orden y ordenara las sentencias pendientes por dictar en orden consecutivo, de acuerdo con su día de turno y vencimiento.

Realmente estaba todo bajo control, los pendientes por dictar eran tres asuntos, entre ellos, el de doña Sarita.

Sería las 5:00 p.m. o las 6:00 p.m. cuando en mi oficina se apersonaron la Fiscalía y la Defensora Pública.

—Señor juez, sentimos mucho que nos deje, le deseamos lo mejor en esta nueva responsabilidad, sabemos que va a lograr grandes cosas, pero queremos pedirle un favor.

—Muchísimas gracias por sus comentarios y buenos deseos, lo mismo pido para ustedes. ¿En qué les puedo servir?

—Queremos pedirle que sea usted quien resuelva el asunto de doña Sarita, usted lo ha vivido de inicio a fin, usted atendió a todos en el juicio, conoce bien el hecho y las circunstancias; si lo deja para que otro juez lo resuelva, no va a ser lo mismo, usted es el indicado, ¡por favor!

—No, perdónenme, pero todavía no se vence el término para resolver su asunto y, además, ¿qué va a decir mi sustituto? Que me brinqué los otros dos asuntos a los que les toca sentencia antes que a este.

—Sí, pero los otros dos asuntos son por secuestro y extorsión, además, por el número de fojas, según la ley, tiene una prórroga mayor para resolver, en uno 45 días aparte de los 15 ordinarios, y en el otro 32 días más.

—Bueno, eso sí, pero...

—¡Por favor, por favor!

—Déjenme pensar, pero... ¿como venga el sentido de la sentencia?

—Sí, ¡como salga!

Estaba meditando cuando, como lo dije, se presentaron sin anunciarse frente a mí las tres hijas de doña Sarita y don Sabás; las escuché —ya di noticia a ustedes de lo que me comentaron—.

Acto seguido, le dije a mi secretaria: “Ya es tarde, pero voy a resolver, pásame la causa 1975/2009”, y así, a las 12:35 a.m., notifiqué a doña Sarita el resultado final de su situación jurídica. Todos estaban presentes.

Recogí mis libros y objetos personales, cerré el juzgado y nunca regresé.

Esa fue la historia de doña Sarita y don Sabás.

Me volví a quedar solo en ese lugar y continué caminando. Poco a poco, el escenario del crimen se fue desvaneciendo. Más adelante me topé de frente con un señor muy gordo y güero, quien me saludó amablemente. Le correspondí el saludo.

—¿Cómo está, mi juez?

—Bien, ¿y usted?

—Bien, también.

—Qué mala persona fue don Sabás. Mire lo que hizo pasar a doña Sarita.

—¿Usted quién es? —le pregunté.

—Pues soy Eleuterio.

—¡Ah, entonces sí lo ajustició don Sabás! Con razón nunca lo encontraron.

—Sí, me dio dos escopetazos y luego me enterró debajo de un pino.

—¿Y dónde está don Sabás?

—Vi que pasó llorando cuando lo mató su mujer. Una legión de gárgolas se lo llevó al averno. ¡Qué bueno, por malvado!

—¡Qué caray! Pues ni hablar, cuídate, Eleuterio, hasta pronto.

—Hasta pronto, juez. Cuídese usted más, que ya está llegando al laberinto de los lobos.

—Adiós.

—Adiós.

Hazme el favor de dictar la sentencia.

El perdón.
Un verdadero y genuino acto de humildad



Me levanté de la roca dónde estaba sentado y me dispuse a continuar mi camino. Con dificultad recorrí unos cuatro kilómetros. El terreno era fangoso, lo cual complicaba mi andar, especialmente por el problema físico que padecía desde hace años: mi pierna izquierda me fallaba, no podía asentarla correctamente debido a una grave lesión que sufrí cuando disputé un partido de fútbol americano, allá por los años ochenta.

Por el lado oriente del lugar donde me encontraba alcancé a divisar a un hombre que me llamaba. Al acercarme a él me percaté de que le faltaban sus dos piernas, conversamos un poco y, en algún momento, me dijo:

—Juez, ¿recuerda el accidente donde perdí mis piernas?

—¡Sí, claro! —le contesté.

¿Cómo lo podría olvidar? Fue la noche de un 24 de diciembre.

Los preparativos para Nochebuena estaban en pleno apogeo, la gente abarrotaba los centros comerciales, las luces navideñas, los árboles con adornos por todos lados, el frío intenso, las carreteras y avenidas totalmente saturadas por el tráfico.

Pero la alegría por la celebración del nacimiento de Jesús inundaba de felicidad a todas las personas.

Así, cada familia se ocupaba de que su reunión estuviera impecable. Los invitados debían degustar los mejores guisos y bebidas, la música no podía faltar, y menos la presencia de los familiares que vivían lejos del lugar del agasajo.

De esa forma, en los días previos, Rafael se abocó a comprar todo lo necesario para guisar los romeritos, mismos que habrían de degustar en la casa de sus compadres Panchito y Zenaida. Con ellos llevaban una amistad de muchos años, se conocían desde que eran jóvenes estudiantes y, así, a sus 36 años de edad, seguían más unidos que nunca, pues los hijos de ambos eran casi hermanos.

Zenaida ya había preparado el bacalao, y Panchito compró un pavo en el centro comercial.

Por su parte, Mónica, esposa de Rafael y cinco años menor que él, les apreciaba muchísimo, aunque siempre le preocupaba el viaje hasta la casa de los compadres porque estaba retirado, casi a dos horas de distancia, y en el regreso a casa no faltaba algún accidente o percance.

En fin, no iba a echar a perder la reunión, ni lo animado que estaba Rafael. De esa manera, abordaron su camioneta Dodge Caravan y subieron las cosas en la cajuela.

En ese momento serían alrededor de las 8:00 p.m. El plan era llegar a la casa de sus compadres a las 10:00 p.m. y estar listos a las 12:00 a.m., para darse el abrazo festejando la Nochebuena y el consecuente nacimiento del Niño Jesús.

Tomaron carretera y pronto dejaron San Gaspar, el pueblito donde vivían. Lamentablemente, las condiciones del asfalto no eran las mejores y, en un momento dado, tuvieron una fuerte caída en un bache. El golpe sonó seco e incluso la cazuela de los romeritos llegó a salpicar el respaldo del asiento del copiloto.

Rafael se detuvo y bajó a inspeccionar la camioneta, no le vio nada raro, subió y le dijo a Mónica: “No te preocupes, solo fue el golpe, no pasó nada”, y siguieron su camino.

Por otro lado, la familia Aguilar Pérez —compuesta por don Zacarías, doña Chepina y sus hijos Sebastián, Alonso, Gustavo y Samuel— hacían lo propio, se disponían a trasladarse a Calputitlán, lugar de donde era originario el patriarca, a quien, como de costumbre, toda la parentela le esperaba con los brazos abiertos. Les gustaba la bohemia, y esa Nochebuena literalmente se podía prologar hasta el Año Nuevo, sin que esto sea una exageración.

Antes de salir a su destino, don Zacarías le dijo a sus hijos Sebastián y Samuel que fueran a la vinatería El Potro Negro y compraran dos botellas de tequila, cinco de brandy, dos

patas de elefante de Bacardí blanco, unos cinco cartones de cervezas de ampolleta, 30 cajetillas de cigarros y botana.

—¡Pero, pá! —replicó Sebastián—. No va a caber todo en el coche ¿y luego nosotros dónde nos vamos a ir?

—Yo tengo todo fríamente calculado —contesto don Zacarías—. Mira, ayer compré un portaequipaje que se instala en el toldo del coche. —Así, con avidez y habilidad, Zacarías, lo instaló.

—¿Cómo ves? —le dijo a Sebastián.

—No, pues sí, pá, usted es chingón, más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—A huevo, ¡ahora váyanse por las cosas que ya es bien tarde!, pero métanle pata, la Caribe jala de lujazo, cálala y ya verás.

Los hermanos abordaron la Caribe. Sebastián conducía y Samuel le acompañaba como copiloto. Realmente iban como bólidos, rebasaban a uno a otro por la derecha o por el acotamiento; la radio a todo volumen. Se alocaron aún más cuando sintonizaron la canción *Live is Life* del grupo austriaco OPUS. Se decían entre ellos: “¡Qué chingona rola, es un himno a la vida!”.

Resulta que, días previos, un camión de volteo que transportaba grava había perdido el control y todo el material se regó en los carriles centrales de periférico, precisamente, donde transitaban los hermanos.

A esa altura, pero en la desviación para incorporarse a la vialidad de baja velocidad, es decir, la que es paralela a la de los carriles centrales, se encontraba varado el vehículo de Rafael, con las intermitentes encendidas, ya que a su Caravan se le había ponchado un neumático, producto del golpe que recibió cuando cayó en el bache.

Ya había bajado todas las cosas que llevaba en la cajuela para acceder a su herramienta y a la llanta auxiliar. Le había pedido a Mónica que, junto con sus hijos, se apartaran del

lugar porque era peligroso. Ella así lo hizo, atravesó con dificultad la avenida y, en compañía de sus niños, se fue a resguardar afuera de la vinatería El Potro Negro.

Por su parte, Sebastián y Samuel, fieles a la recomendación de su padre, venían a todo lo que daba la Caribe. En un momento determinado, Samuel le dijo a Sebastián:

—¡Te vas a pasar!, aquí está la salida, allí está la vinatería El Potro Negro.

En un acto-reflejo brusco, Sebastián dio un volantazo a la derecha para alcanzar a tomar la desviación; sin embargo, no se percató de que había grava suelta en la cinta asfáltica. Bastó que la Caribe besara con sus neumáticos algo de grava para perder el control del auto.

Desgraciadamente, en ese momento, Rafael estaba de espaldas tratando de sacar la llanta auxiliar, y ni tiempo le dio para correr, de modo que así, de lleno, la Caribe le arrancó las dos piernas arriba de las rodillas y lo aplastó contra la parte posterior de la camioneta.

Mónica lo vio todo. Gritó como loca y corrió a ver a Rafael. Tanta fue su impresión al verlo con las piernas cercenadas que se desmayó. Sus hijos estaban bajo protección del encargado de la vinatería.

Casualmente iba pasando una ambulancia, cuyos paramédicos prestaron los primeros auxilios. Levantaron lo que quedaba de Rafael y lo trasladaron al hospital; entretanto, Mónica logró recuperar el conocimiento, fue por sus hijos y tomó un taxi para seguir a la ambulancia.

Los hermanos Sebastián y Samuel estaban lesionados, pero nada grave ni consecuencias, solo algunas magulladuras sin relevancia. Fueron detenidos en el lugar, ambos autos estaban destrozados.

Todavía recuerdo el contenido de la inspección ministerial en el lugar de los hechos. Se encontró bajo la camioneta Caravan una pierna con un tenis rojo aún puesto.

Se deslindaron responsabilidades y Sebastián quedó sujeto a proceso.

En aquellos años, en ese tipo de delitos de carácter imprudencial, la ley otorgaba la libertad provisional bajo caución, siempre y cuando el conductor no estuviera en estado de ebriedad o bajo el influjo de estupefacientes y garantizara el pago de una multa, de las obligaciones que contraía en razón del proceso y el monto de la reparación del daño.

Toda la familia Aguilar Pérez se solidarizó y exhibieron esas garantías. En menos de una semana, Sebastián disfrutaba provisionalmente de su libertad.

Sinceramente, no me parecía justo, pero la ley debe cumplirse. Yo pensaba que había un tipo de dolo eventual en toda esa conducta que se le reprochó a Sebastián; sin embargo, lo dejo a tu criterio, querida lectora o querido lector. Decide y juzga el hecho.

Una vez dictada la formal prisión del probable responsable, inició el juicio. Sebastián siempre le echó la culpa a la grava regada en la cinta asfáltica, y a Rafael, que estaba mal estacionado y sin señales preventivas.

Todo lo argumentado es cierto, y si bien en parte tenía razón, también para mí había concurrencia de culpas no compensables. ¿Quién iba a negar que Sebastián conducía a exceso de velocidad y sin la debida precaución al frente de su circulación? ¿No lo crees?

Rafael tardó mucho tiempo en recuperar algo de salud y fuerzas para comparecer al juzgado.

Así, un año después del accidente, se anunciaron pidiendo audiencia conmigo, el ministerio público, el defensor público, Sebastián, Rafael, Mónica, don Zacarías y doña Chepina.

Estaban todos presentes. Accedí de inmediato, pasaron a mi pequeña oficina y no pude evitar mirar a Rafael. Pese a que nunca dejó de sonreír, se notaba una profunda tristeza en sus ojos, además de las malas condiciones de salud en

las que se encontraba. Mónica venía con sus tres hijitos, el más grande de unos cinco años, el otro de tres años y una pequeñita de seis meses de edad.

El mayorcito de los niños estaba pegado a Rafael. Se notaba que lo quería mucho, lo que me causó inmensa ternura. La verdad no recuerdo si se me enrojecieron los ojos al ver ese amor, pero ahora sí.

—¿En qué les puedo servir? —pregunté.

—Señor juez, hemos llegado a un arreglo con Sebastián y su familia —Rafael salió al paso.

—¿En qué consiste ese arreglo?

—Bueno, de reparación del daño me darán 100 mil pesos.

—¿Pero usted está seguro? —le pregunté atónito a Rafael.

—Sí, ya lo platicué con mi esposa, ¿verdad Moni? —ella movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Pero, explíqueme, ¿por qué?

—Como usted ve, yo ya no podré trabajar de obrero en la Ford de Cuautitlán, soy una persona sin piernas y nadie me va a contratar. Lo que hemos hecho es comprarle o, más bien, nos apalabramos con el señor Benito para adquirir la tienda que tiene en el centro del pueblo. Él ya es un señor muy grande y, al ver mi condición, nos quiere ayudar a mí y a mi familia. Me pide \$80,000.00 con todo lo que tiene adentro, y el local me lo renta en \$3,000.00 mensuales. Entonces, si ellos me dan los \$100,000.00, todavía me quedan \$20,000.00 para pagar unos meses de renta. La tienda está bien acreditada y yo la conozco bien porque soy del pueblo.

—Entiendo. ¿Y a cambio de qué son esos \$100,000.00?

—Les otorgó el perdón de inmediato y aquí se acaba el asunto. Por eso lo venimos a ver.

—O sea, ¿usted los perdona y ya?

—Dios Padre me puso en este camino, los tiempos de él son perfectos, y yo no soy nadie para cambiarlos. Mi destino así estaba escrito, el perdón es un acto de amor y humildad, y yo se los otorgo.

—Eres muy valiente, Rafael. ¿Alguno de ustedes tiene objeción?

Nadie objetó.

Se otorgó el perdón y se ordenaron los trámites para la devolución de la fianza, cuyo monto había de entregarse íntegro a Rafael. Eran justamente \$100,000.00.

En la misma diligencia, Rafael solicitó que se le entregara el cheque a su esposa Mónica, a quien autorizaba para todos los efectos legales, y así se acordó.

Veinte días después se citó a Rafael y a Mónica para recibir el documento.

Tres días después de la citación solo compareció Mónica, recibió el cheque y firmó, pasó a mi oficina a darme las gracias, llevaba en brazos a su hija pequeña.

—Nada me agradezca —le dije—, espero que se cumplan sus ilusiones y que la tienda les deje muchas ganancias. Me saluda a su esposo Rafael.

Ella iba saliendo de mi oficina cuando solo me dijo que tres días antes había fallecido de un infarto en su casa. Se fue y nunca la volví a ver.

—Fue muy triste el final que tuviste, Rafael.

—Ni lo diga, señorita, me encuentro bien. ¿Y sabe? Mi esposa ya compró otra tienda, es muy lista, le va muy bien, y mis hijos salieron buenos para el estudio, estoy muy agradecido con Dios —su imagen se fue difuminando hasta desaparecer.

Me quedé solo otra vez, fue un hombre muy noble, religioso, bueno y humilde de verdad. Rafael fue un ejemplo de vida.

¡El perdón y tus convicciones religiosas te hacen grande entre los grandes!

Una trágica historia de amor



Qué difícil es el camino de la vida —pensé—, pero qué hermosa es de verdad. Nunca valoré lo que ésta te ofrece. Más bien, siempre sentí un enorme peso en mis espaldas, viví abrumado, ¡qué tonto fui!

Me detuve a descansar por un momento. Me recargué en un árbol de pirul, pero, como llevaba la toga puesta, decidí quitármela, porque hacía calor. Esto era extraño, pues este lugar, además de inhóspito y lúgubre, era extremadamente frío.

Pero para nada me molestó ese ambiente cálido, tanto, que se me antojó una cerveza michelada bien fría, de preferencia oscura. ¡Ah, qué buenas las preparaban en el bar El Gato Negro!

Me entristecí, pues ya no tendría la oportunidad de volver a disfrutarlas en compañía de mis amigos; sin embargo, nadie me había dado a conocer la ley, el código, el reglamento, o cuando menos un memorándum de las cosas que estaban permitidas o prohibidas en ese lugar.

Eso me alegró y, decidido, emprendí el viaje con la intención de localizar un lugar donde me vendieran una cerveza. No llevaba dinero, pero dejaría empeñado mi reloj Mido *commander* automático. Estaba muy gastado del extensible y caja, e incluso súper rayado de la mica, pero era Mido original; bien valía un par de cervezas y una paloma.

Caminé, caminé y caminé como medio día, y no había nada. Ni un muerto, ni un alma ni un vivo, nada de nada, sin embargo, subí una lomita algo pronunciada y ¡qué alegría!, había llegado al pueblo de Minas.

A lo lejos se miraba mucho movimiento, gente iba y venía, coches, en fin, todo el *glamour* de las grandes ciudades.

Rápidamente, y sacando fuerza no sé de dónde, me encaminé al lugar, llegué al mero centro, que estaba repleto de tiendas y de establecimientos, para comer y degustar una copita. Y eso es justo lo que yo quería, una cervecita miche-

lada y luego una paloma —tequila, limón, sal y Squirt— con hielo. Ya después continuaría con mi camino.

Empecé a estudiar los establecimientos y miré que de un automóvil costoso bajaron dos parejas, dos mujeres y dos hombres, e ingresaron al Bar Vulcano. Pensé: “¡Qué nombre!, ese es el dios romano del fuego”.

En ese momento pasaron a mi lado dos caballeros. Les pregunté si me podrían informar qué tal estaba ese lugar, pero ni caso me hicieron, simplemente siguieron su paso. Lo intenté varias veces con otras personas y sucedió lo mismo, absolutamente nadie me daba información, es como si no existiera, como si fuera un fantasma.

Sin embargo, un individuo que me cayó muy mal y que se estaba muriendo de risa se acercó y me dijo:

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—¡Mejor, imposible!

—Oye, ¿por qué te ríes tanto de mí?

—Perdón, perdón, no es de ti, es que recordé de cuando yo llegué por acá, andaba igual que tú, todo desorientado.

—Bueno, no sé exactamente a qué te refieres, pero yo no ando desorientado, quiero entrar al Bar Vulcano y quería saber qué tal estaba el lugar.

—Pues entra. ¿Para qué preguntas?, nadie te va a responder, por la sencilla razón de que tú ya estás muerto y ellos no.

—Entonces, ¿por qué me hablas y me ves?

—Por la sencilla razón de que también ya estoy muerto. Pasa sin miedo, tomas y comes lo que quieras, ellos ni cuenta se van a dar; es más, todo es gratis, ni modo que le cobren a un muerto.

El sujeto de a poco se fue alejando sin dejar de reírse.

Me quedé unos momentos afuera del bar, no sabía ni qué pensar, el caso es que en ese instante entraron al lugar un grupo de jóvenes y ahí mismo decidí ingresar con ellos.

El lugar era macabro, estaba todo tapizado de color rojo, incluso la alfombra lo era. El techo era negro y unos candelabros enormes con figuras de dragones y fetiches colgaban de él.

Calculo que tenía una capacidad aproximadamente para 250 personas; contaba con pista de baile, luces de colores, mesas de cristal cortado y sillas de obsidiana, todo muy elegante.

Toda la barra era de mármol negro y gris. Las cortinas, que se extendían alrededor del bar, eran color rojo fuego. Mientras tanto, al fondo y en un lugar muy particular, se hallaba la estatua de una especie de serpiente con cuerpo humano sentada en un enorme sillón, sosteniendo en sus manos un cetro color oro. Esta obra la acababan de instalar un par de días antes de mi llegada y, según se decía, la construyeron en medio de rituales demoníacos.

Esa estatua no me gustó, parecía que tenía vida, definitivamente era un ser de maldad y del inframundo.

En fin, yo a lo que iba. Me acerqué a la barra, tomé un vaso y me preparé mi cerveza michelada, me serví un poco de botana, me senté en una de las elegantes mesas y la música empezó. Se arrancaron con la canción *Si tú no vuelves* de Miguel Bosé (te pido por favor, amable lector o lectora, que te coloques tus audífonos y escuches esta preciosísima canción antes de seguir. Gracias).

N'ambre, recordé mis mejores tiempos, caray, qué canción, y luego *Cruz de navajas*, de Mecano. Definitivamente me lancé por mi paloma, ¡ya qué!, ¡me prendí!

Nuevamente regresé a mi mesa y resulta que en mero enfrente, se encontraban sentadas las dos parejas que había visto entrar al bar un par de horas antes.

En un golpe de recuerdos, de inmediato me sitúe en el juzgado de Cuarcuaro, allá por el año 2000. ¡No puede ser! Son Ángel y su esposa Raquel, Pedro y su esposa Ivana.

Repentinamente, voltee al sitio donde estaba la escalera que daba acceso al primer nivel del lugar, es decir, al segundo piso, mismo que daba la impresión de ser una terraza interior, la cual contaba con vista directa a la pista de baile y al resto de los comensales.

Justo en ese lugar se encontraba el grupo de jóvenes con los que ingresé al bar, eran aproximadamente ocho, todos entre 21 y 26 años, y me percaté de que estaban ingiriendo alcohol a lo bestia.

De entre ellos se destacaba un joven alto, muy corpulento y bien parecido, el cual se enganchó de la belleza de Raquel, de tal suerte que no la perdía de vista. Incluso, cuando ésta se levantó para dirigirse al sanitario, de inmediato se bajó para topársela. Rodrigo se le acercaba diciéndole lo bella que era, sin embargo, Raquel lo paró en seco y le exigió que la respetara. De modo contrario, hablaría con el personal de seguridad para que lo sacaran.

Rodrigo sonrió y se imaginó que ella quería algo con él.

Ella se fue a sentar con su esposo e invitados, pero no les comentó nada, porque no quería arruinar el buen rato que hasta ese momento estaban pasando.

Descubrí que Ángel y Raquel tenían tres años de casados, que se habían conocido en la universidad y ambos estudiaron la carrera de medicina. Eran jóvenes buenos, siempre llevaron una relación muy sana y respetuosa, procuraban disfrutar al máximo los días especiales y que de ello se hiciera una ocasión especial.

Precisamente ese 14 de febrero, además de festejar el día del amor y la amistad, también era cumpleaños de Raquel, por tanto, Ángel le organizó una cena en su casa e invitaron a sus mejores amigos, Pedro e Ivana.

Alrededor de las 7:00 p.m. se reunieron en la casa de Ángel y Raquel. Charlaron, botanearon y bebieron algunas copas de vino.

Ya serían las 9:30 p.m. cuando Raquel tuvo la idea de seguir la fiesta en el Bar Vulcano, lugar que le encantaba por el buen servicio que ofrecían y por la decoración mística y tenebrosa del lugar. Todos estuvieron de acuerdo.

Llegaron al lugar a las 10:45 p.m. Siguieron bebiendo y disfrutando de la buena música, y todo era normal; sin embargo, al entrar al bar, la estatua que se había erigido en su honor había cobrado vida, los ojos le chispeaban y, al igual que Rodrigo, quedó prendado de la belleza de Raquel, quien era una joven con un cuerpo de alarido, por lo bien definido que era. Tenía un rostro de facciones muy finas, un cabello impecable, un tono de piel morena despampante y unos ojos color negro tan profundo que la madre noche le envidiaba. Toda esa belleza estaba coronada por unas pestañas que parecían abanico. Supe que esa estatua tenía nombre, se llamaba Quimera. Quimera estalló de envidia e ira, porque Raquel pertenecía a otro hombre, sentía que eso era una afrenta a su magnífico poder, por tanto, solo había una forma de castigar a esa mujer: causarle un gran dolor. Solo así su deseo de venganza e ira se verían satisfechos.

La decisión estaba tomada. Yo había visto y escuchado todo, pues mis sentidos de difunto se desarrollaron extraordinariamente, al grado de poder escuchar el susurro del ángel de la maldad y el canto ahogado de los peces en el mar.

Discretamente me acerqué a Quimera. Él, de inmediato, me reconoció y me dijo:

¿Qué quieres, ser despreciable? Tú, qué luchaste en vida contra mis designios, tú que te desvelaste todas las noches por rendirle tributo a mi más grande enemiga Themis, ¿qué quieres?

—No te conozco, Quimera, y nunca en vida te vi. Quizá sentí tu presencia y consejos tratando de corromperme, lo que nunca conseguiste, pero hoy que te veo y hablo contigo, de la manera más humilde y arrodillándome ante tu grandeza, te suplico no descargar tu ira contra esos jóvenes. No sé qué pretendas, solo escuché que le ibas a causar un gran dolor a Raquel.

—¡Imbécil! A ti te puedo aplastar como a una mosca, pero, ¿quién eres tú para implorar misericordia? No eres más que un siervo de la justicia que bastante daño me hiciste cuando fuiste juez. Siempre, según tú, haciendo justicia y dejando de por vida a mis ángeles de oscuridad en la cárcel. Muchos murieron en ese lugar, te maldije y me retorcí de coraje, y hoy llegó el momento de la venganza. ¡No podrás hacer nada!

—¡Te maldigo, perro infeliz! Nunca me sometí a tus inmoralidades ni a tus espantosos deseos de injusticia. Algún día pagarás por tanto daño que has hecho a mis colegas en la tierra.

Como flecha fulminante, dirigió su vista al joven Rodrigo. Nada puede hacer. Miré cómo le atravesó el corazón y cómo los ojos de ese muchacho empezaron a brillar. Estaba muy claro: Quimera se había apoderado de ese cuerpo. El individuo que algún día habitó dentro de él ya no existía.

Regresé al Bar Vulcano y me percaté de que Rodrigo seguía acosando a Raquel y, lamentablemente, Ángel se había percatado, situación que, además de incomodarlo, le encolerizó.

Como resorte, se levantó de su asiento y, como un toro de lidia, se lanzó para embestir a Rodrigo, quien, sonriente, lo encaró sin moverse un solo centímetro del lugar donde se encontraba, a pesar de que Ángel se le fue con toda su humanidad.

Rodrigo o Quimera, ya no sé quién era, comenzó a golpear a Ángel. Lo azotó contra la barra y luego contra la saliente de un muro que hacía escuadra, dividiendo el área de la pista de baile y el pasillo que dirigía a los sanitarios, lo cual le estalló el rostro, provocando que un inminente chorro de sangre brotara de su cabeza.

Ya en el piso, como pudo, Ángel, que era un hombre de valor, tomó de los pies a Quimera, con una fuerza descomunal —yo creo que el Ser Supremo de los cielos le ayudó— y tiró de él, haciendo que se golpeará espantosamente en la nuca.

Ese hecho lo desconcertó y Ángel aprovechó para darle una madriza en el suelo.

Desgraciadamente, un lacayo del demonio disfrazado de mesero le entregó a Quimera —o Rodrigo— un picahielo, mismo que le encajó a Ángel con certera puñalada en el abdomen.

En ese momento, las luces del Bar Vulcano se apagaron, únicamente se apreciaba la flama viva y maldita en los ojos de la esfinge de Quimera.

Los elementos de seguridad intervinieron y separaron a Ángel y a Rodrigo. Era muy claro quién iba ganando la pelea; sin embargo, estos guardianes del orden, en un hecho inexplicable, echaron del lugar no solo a Rodrigo y a sus acompañantes, sino también a Ángel.

Entonces, cerraron la puerta del bar, no dejaron salir a nadie. En la calle, el pobre Ángel fue atacado por una jauría de ocho lobos, fue embestido por Rodrigo —o Quimera— y el resto de sus acompañantes.

Ángel corrió al bar, tocó la puerta para que le dejaran entrar.

Yo me acerqué y les gritaba a los policías que lo dejaran pasar, porque lo iban a matar. ¿Cómo se les ocurría sacar a Ángel y a Rodrigo con sus ocho amigos?

Pero no me escuchaban. Raquel les pegaba para que abrieran la puerta y lo dejaran entrar, lo mismo hicieron Pedro e Ivana, pero solo consiguieron que los amenazaran con un arma de fuego.

La suerte y el destino de Ángel estaban escritos. Fue brutalmente golpeado y picado con armas blancas, al menos tres (así se dispuso en el protocolo de necropsia). También tenía la señal de una patada en la parte frontal de la cara, a la altura de la ceja derecha. Fue tan fuerte que le arrancó la piel y la ceja, dejando al descubierto el hueso. Más tarde se determinó que al menos uno de los agresores llevaba botas con casquillo de acero en las puntas, esa fue el arma que le ocasionó la lesión, además de que se encontraba policon-tundido.

Salí del Bar Vulcano con un nudo en la garganta, no lo podía creer. No es lo mismo haber leído el expediente que haberlo presenciado.

Ahora comprendo por qué cuando Raquel iba a las audiencias al juzgado y señalaba tajantemente a Rodrigo como uno de los partícipes directos en la muerte de su esposo, siempre me pedía la pena de muerte para él.

De esa mujer hermosa ni la sombra quedó, era un despojo, un cadáver viviente.

Dicté fallo condenatorio. El padre de Rodrigo me quiso matar a mí. Sí, así como lo lees, nada más que Quimera ya no lo apoyaba. Él también fue detenido, juzgado y sentenciado.

¡Algún día te contaré esa historia!

Por cierto, ¿crees que los guardias de seguridad tuvieron alguna responsabilidad?

El doloroso relato de Jovita



Se me ha hecho eterna esta travesía. Tantos recuerdos, anécdotas y experiencias de vida. Quizás me va a faltar otra vida para acabar de contar lo que pasó en mi historia.

¿Cómo me voy a olvidar de mis grandes maestros? De todos aprendí, sin duda. Don Juan se destacaba como un extraordinario conocedor del derecho privado, un hombre probo, cabal, honesto y sumamente estudioso.

Siempre me guio por el camino de la verdad. Atesoraré sus sabios consejos hasta el último día de mi vida terrenal. Su personalidad desbordante y el trato amable que siempre me ofreció son cosas que no se pagan con nada. Su mirada vivaz y el afilado colmillo en la ciencia del derecho siempre le hicieron un hombre de respeto, tanto en su vida personal como en su brillante carrera como impartidor de justicia y litigante. ¡Mil gracias, entrañable maestro y amigo!

En el camino me fui a topar con un camposanto, sí, un cementerio: “Qué extraño, hay mucho silencio, pero siento una paz inmensa; sin embargo, ¿dónde están todos?”.

Poco a poco fui avanzando y me percaté de que habían acudido al entierro de una chica de nombre Jovita. Todos los asistentes estaban muy tristes y la mayoría lloraban la muerte de la joven.

Una vez terminado el cortejo fúnebre, familiares y amigos de la difunta se fueron retirando poco a poco, hasta que el lugar del entierro quedó solo.

De igual forma, todos los muertos asistentes se fueron regresando uno a uno a sus tumbas. Uno que otro me saludaba con la mano.

No sé por qué, pero me dieron ganas de llorar. Para esto, serían como las 12:00 a.m. del 13 de noviembre. Estaba recargado en una pileta enorme, de esas que construyen en el interior de los panteones, las llenan con agua para que cada persona limpie las tumbas y le eche agua a las flores que las coronan como guardianes invencibles.

Encendí un cigarrillo y de repente sentí que me jalaban la toga por la espalda. Me quedé petrificado, tarde unos cinco segundos en voltear. Estaba seguro de que se trataba de Satanás, pero me armé de valor.

No, ¡no podía ser!, era Jovita, la chica que habían sepultado al mediodía. Me le quedé viendo, como tratando de recordarla, y ella, con una leve sonrisa, solo me dijo:

—¿Cómo está, juez?

—Yo me encuentro muy bien, pero, ¿tú me conoces?

—Claro que sí. ¿A poco no se acuerda de mí?

—La verdad me parece conocida, pero no recuerdo dónde nos conocimos.

—Le voy a ayudar. Usted estaba usted muy joven y galanazo. No, no es cierto, nada más joven, perdón. Se desempeñaba en el juzgado de Tepoz. ¿Recuerda que me encontraron en unos baldíos cerca de Texcoco?

—Sí, sí... ¿eres tú, Jovita?

—Pues hoy, hace un rato, o más bien ayer, fue mi entierro.

—¿Por eso lloraban los otros muertos?

—Sí, porque mi muerte fue muy triste. Yo estaba llena de ilusiones, llena de proyectos, y un maldito me arrebató mis sueños. Por eso los muertos lloran, e incluso usted también tuvo ganas de llorar.

—Sí, tienes razón. Ahora comprendo por qué de repente me dio mucho sentimiento y ganas de llorar. Siento mucho lo que te sucedió.

—Mi familia lo siente más.

—Lo entiendo; espérame aquí, voy al juzgado para recordar los hechos de tu lamentable muerte.

—¡Aquí espero!

En una ráfaga de luz cegadora, de repente estaba sentado en mi sillón dentro de mi oficina, en el juzgado de Tepoz. Procedí a estudiar el hecho donde Jovita perdió la vida.

Jovita era una chica muy alegre y desde pequeña se destacaba del resto de los de su edad por su inteligencia y simpatía. Nada, absolutamente nada le impedía hacer o alcanzar lo que ella se proponía.

Así, después de acreditar todas sus materias en la carrera de administración de empresas y dominar al 100% los idiomas inglés y alemán, rápidamente se colocó en un buen puesto en la institución de crédito Banca Fat.

Poco a poco se fue ganando el respeto y la admiración de sus compañeros y jefes, a tal grado que, cuando se inauguró una nueva sucursal de esa institución de crédito, Jovita fue designada como gerente general.

Este nuevo puesto y ascenso la llenó de orgullo, sin embargo, tenía que mudarse de su lugar de residencia, pues las nuevas instalaciones del banco quedaban a cinco horas de distancia. Así, la mudanza no era una opción, sino una necesidad.

Pero Jovita no fue un gran problema. Después de todo, era soltera, no tenía hijos, y al único novio que se le conoció lo había dejado un año atrás.

Lo único que le preocupaba eran sus padres, quienes ya eran de edad avanzada; les insistió que se mudaran con ella, sin embargo, no aceptaron.

Así, en julio de aquel año emprendió el viaje. Previamente ya había alquilado un pequeño apartamento en una privada, precisamente el ubicado en la planta baja.

Para entrar y salir de ese lugar se usaba un control remoto, y los vigilantes de la caseta anotaban las placas de los autos; también organizaban una bitácora diaria de las personas que entraban y salían, ya fueran vecinos o no, aunque eran

muy descuidados y no eran muy confiables en lo que asentaban en ella.

Jovita trabajó incansablemente en Banca Fat, sus colaboradores le admiraban, llegaba primero que todos, muy de mañana, e invariablemente salía muy noche. Eventualmente, algún fin de semana, organizaba una reunión en su apartamento, al cual acudía tanto el personal a su mando como algún otro ejecutivo, escuchaban música, bebían unos tragos y, ya entrada la madrugada, de a poco se iban retirando hasta dejar sola a Jovita.

Acababa de comprar un pequeño auto subcompacto y estaba feliz. Por fin cambió su vieja Caribe, ahora su salario le permitía darse esos pequeños lujos e, incluso, le habían autorizado un préstamo para adquirir una casa, misma que pensaba regalarle a sus padres.

Ella era muy simpática, nunca le faltaron pretendientes, aunque no se animaba a formalizar con alguno, salvo con Lucas, con el que sostuvo una relación más o menos duradera, aunque conflictiva, por los celos de éste.

Siempre la seguía y constantemente le llamaba por teléfono. Le reclamaba su exceso de cordialidad con los hombres y, en alguna ocasión, le hizo una escena de celos en una fiesta.

Todos estos detalles la cansaron y decidió poner fin a su relación con Lucas, quien no lo tomó muy bien. Contrario a lo que Jovita pensaba, el acoso se hizo más evidente, pues ahora la seguía a todos lados e incluso renunció a su trabajo, con tal de espiarla a toda hora.

Lucas nunca tuvo problema para entrar a la privada donde vivía Jovita, ya que se quedó con un control de la reja de acceso. Además, los policías de guardia lo conocían, de tal manera que cuando la chica llegaba a casa después de trabajar, en innumerables ocasiones le sorprendían ya sea escondido detrás de un muro o en algún arbusto agachando, tras un vehículo, etcétera.

Todo ello se estaba saliendo de lo aceptable, hasta que Jovita les indicó a los guardias de seguridad que ya no le permitieran el acceso a Lucas, pues no era nada de ella, y que además le pidieran el control de la reja, pues a ella no se lo quería devolver.

Fieles a las órdenes de Jovita, ambos guardias de seguridad se entrevistaron con Lucas, le negaron el acceso y, después de una larga discusión, e incluso de haber llegado a los golpes, le quitaron el control que acciona la reja de acceso a la privada. Sin embargo, él se burló, pues afirmó que contaba con una copia de ese control.

Lucas los amenazó y les dijo a voz en cuello que Jovita y ellos se iban a arrepentir toda su vida. Después de eso se retiró del lugar.

Pasaron alrededor de unos dos meses después del incidente y un guardia de seguridad fue asaltado y brutalmente golpeado, lo que lo obligó a ausentarse de sus labores en la privada. Siempre afirmó que había sido Lucas con otro sujeto, sin embargo, eso nunca se probó.

El otro guardia de seguridad aprovechaba su tiempo libre para hacer arreglos de plomería y albañilería, de modo que, poco a poco, se fue convirtiendo en la persona que daba mantenimiento a los apartamentos.

Jovita seguía trabajando infatigablemente, y aunque hacía tiempo que no veía a Lucas, siempre andaba nerviosa y muy cautelosa por la golpiza que le habían propinado a uno de los guardias de seguridad. Incluso le pedía constantemente al guardia, plomero y albañil, que le echara un ojito a su apartamento para que no se fuera a meter Lucas; también aprovechaba para pedirle que le arreglara el calentador, pues presentaba fallas por la mañana.

El amor tocó nuevamente las puertas de Jovita. En esta ocasión sí había llegado el príncipe azul que esperó durante 29 años. Era un caballero con todo y armadura: guapo, educa-

do, profesionalista y con una solvencia económica muy sólida, ya que se desempeñaba como gerente general de todas las sucursales de Banca Fat en México.

Estaban muy enamorados y con planes para casarse a mediano plazo, aunque ya habían dispuesto vivir juntos próximamente.

Lucas se enteró de esto, y fue a constatarlo con sus propios ojos. En efecto, se dio cuenta de que Jovita, su Jovita, lo había olvidado. Ahora se sentía sumamente infeliz, y un enorme coraje lo invadió.

Ahí mismo le pidió al señor de la oscuridad que le diera valor para despedazar a Jovita y a Zenón. Si le hacía este favor, su alma sería toda para él.

Un fuerte trueno se escuchó en el firmamento, era la voz de un demonio embravecido, señal indiscutible de que el señor de la oscuridad le había escuchado.

Lucas se llenó de éxtasis y locura, e inmediatamente salió corriendo en busca de los amantes. Llovía con gran fuerza.

Por su parte, Zenón había salido a una junta a la zona centro del país, por tanto, llegaría hasta el día siguiente. Entretanto, Jovita habló por teléfono al guardia, plomero y albañil, para recordarle que se asegurara de arreglar el calentador, pues un aún presentaba fallas.

Alrededor de las 11:00 p.m., y en el momento más intenso de la tormenta, Jovita llegó a casa, accionó el control que abre la reja y movió la mano en señal de saludo a Lorenzo, que era el guardia de seguridad, plomero y albañil. Este respondió de la misma forma.

Por alguna extraña razón, los rugidos de los truenos, lo negro de la noche y esa lluvia incesante alteraron a la joven, que de repente se sintió angustiada, temerosa e inquieta. No quería descender de su auto, prefirió esperar a que bajara la intensidad de la lluvia, pero 15 minutos después llo-

vía con más fuerza. Parecía que el dios de las tormentas desataba su furia alrededor de Jovita, estaba muy claro que hacía lo que podía para que ésta no bajara y mucho menos entrara a su apartamento.

Inevitablemente, Jovita abrió la puerta de su vehículo y procedió a bajar. Un grito de angustia mezclado con una risa malvada cortaron como navaja el silencio ensordecedor de aquel lugar. Aún se cuenta que aquella noche fue la más espantosa que algún ser humano haya experimentado en todo el planeta.

La energía eléctrica falló, y así, a tuestas, poco a poco, la joven mujer, toda empapada, por fin logró ingresar a su apartamento. Encendió un par de veladoras con el rostro de la Virgen de Fátima estampado en la parte exterior del vaso.

Inmediatamente todo el pequeño apartamento se vio invadido por un aroma a rosas —dicen que cuando la Virgen de Fátima se hace presente en algún lugar, así se nota su presencia, con ese hermosísimo aroma—. La tranquilidad volvió a Jovita. Se sentó en el sofá y, en un rincón, acomodó una maleta decorada con figuras de perritos, misma que por alguna razón no había acomodado en un lugar adecuado. Se quitó los zapatos, se quitó la ropa mojada y encendió el calentador para darse un baño, el cual encendió a la perfección, lo que le arrancó una enorme sonrisa y toda su gratitud para Lorenzo, quien atendió fielmente a su petición y había logrado reparar el calentador.

Se duchó y, después de unos 30 minutos, salió, se puso su pijama y, dirigiéndose a la cocina, advirtió que en el piso estaba una pequeña carta. Dedujo que alguien la había echado por debajo de la puerta principal de acceso.

La tomó con extrañeza, se preparó un café, regresó al sofá y, con la discreta luz de la veladora, leyó:

Nunca pensé que me fueras a traicionar de la manera más vil, siempre te prodigué amor, y si fui celoso contigo, es por-

que eras lo más importante para mí, lo único que quería era protegerte.

¿Y cómo me pagas? ¿Viviendo en la clandestinidad con otro tipo?

Siempre fuiste interesada, para ti el dinero lo es todo, y claro, el tipejo ese, ya me enteré, es el gerente general en México de Banca Fat. Seguramente está cargado de dinero, pero ha de ser un ladrón, porque el carro que trae y las prendas que viste ¡no pueden tener un origen honesto!

En fin, no vales la pena, pero te vas a arrepentir de lo que me hiciste, te lo juro...

Atentamente,

Lucas

Tomó un sorbo de café, una veladora se extinguió y la otra estaba a punto de apagarse, el aroma a rosas se había esfumado.

Un ruido extraño se escuchó desde el cuarto de huéspedes, como si se hubieran caído algunas cosas, lo cual definitivamente no era normal. Muy lentamente dirigió su mirada a la puerta de la habitación y observó que la perilla giraba. La puerta se abrió, solo alcanzó a distinguir una silueta humana, vestía pantalón y sudadera deportiva con gorro color negro. La chicha enmudeció, el infierno se había desatado y una gran lucha se presentó en el interior del apartamento. Nadie escuchó nada. No había quién prestara atención a los gritos de auxilio, la lluvia ahogaba cualquier petición de ayuda.

Jovita fue sometida, golpeada, abusada sexualmente y estrangulada.

En silencio enmascaró aquel terrible suceso. Alrededor de las 4:30 a.m., el tipo de la sudadera negra salió por la puerta de atrás del fraccionamiento llevando consigo una pequeña maleta, dio la vuelta y se retiró del lugar.

Por la tarde de ese mismo día, Zenón regresó de la junta que un día anterior había desahogado en la zona centro del país. Sin éxito, trató de comunicarse con Jovita.

Siendo las 6:00 p.m. se trasladó al apartamento de ésta, abrió la reja con el control remoto y preguntó al vigilante Lorenzo si Jovita se encontraba en su apartamento. Éste le contestó que tal vez sí, porque su auto se encontraba estacionado en el cajón que le corresponde, no sabía si había salido o no, porque él entregó su guardia a las 6:00 a.m. y tenía escasos tres minutos de haber llegado a la caseta; por lo tanto, desconocía si ella había salido o si ya había llegado.

Sin más, Zenón entró al apartamento y descubrió que todo estaba en absoluto desorden, muebles tirados, el televisor roto, las lámparas de la mesa quebradas, el sofá arrinconado en un lugar que no le corresponde, todo ese panorama dejaba claro que ahí había acontecido una gran lucha.

Pero lo más extraño es que no había rastro alguno de Jovita y a simple vista tampoco se apreciaba que faltara algo, a excepción del teléfono celular de ella, pero su cartera, alhajas, dinero, todo estaba allí.

Zenón corrió a la caseta para informarle a Lorenzo, quien de inmediato se trasladó al apartamento y, una vez que constató lo sucedido, avisó de inmediato a las autoridades competentes. En poco tiempo, el lugar estaba abarrotado de peritos, fiscales y agentes policiales. Muy pronto se dieron cuenta de que se trataba de un posible secuestro o quizás de otro delito.

Procedieron a asegurar el lugar y a recolectar indicios. Fue precisamente uno de los peritos en materia de criminalística quien encontró debajo del refrigerador la carta que había escrito Lucas y que Jovita leyó el día de la tormenta previo a su muerte.

Sin duda esa era la clave para descubrir al presunto autor de algún delito y al responsable de la desaparición de Jovita.

Inmediatamente se llevaron a las galeras al guardia de seguridad, Lorenzo, pues era muy posible que estuviera relacionado con los hechos, pues, qué casualidad que no vio ni oyó nada, si era el único que podía dejar entrar por la parte frontal del fraccionamiento tanto a los vecinos como las visitas o a cualquier otra persona que tuviera autorización para ingresar.

Lo sometieron a un interrogatorio científico, pero negó rotundamente tener alguna participación directa o indirecta en los hechos investigados; únicamente atinó a confirmar que quien vigilaba constantemente a Jovita, incluso al grado de acosarla, era su exnovio Lucas, a quien en un par de ocasiones, a petición de la chica, tuvo que pedirle que la dejara en paz y se retirara o iba a llamar a la policía municipal. Esto sin pasar por alto que ya había tenido un pleito físico y verbal con él.

Explicó que la última vez que lo vio fue precisamente el día de la desaparición de la joven, pues Lucas aprovechó cuando un vecino abrió la reja de acceso y se metió corriendo.

—Apenas me di cuenta, pegué la carrera tras de él, pero todo fue muy rápido. Solo me percaté de que dio vuelta a la altura del apartamento de la muchacha y salió corriendo de la unidad habitacional, ni tiempo me dio para detenerlo o hablarle a la municipal. Me asomé al departamento de la señorita Jovita, pero no vi nada extraño, sin embargo, recordé que me había pedido que le arreglara su calentador y, como tenía que ir al Seguro Social a una cita médica, le llamé a mi primo Toño para que me echara la mano y lo reparara, pues también es plomero.

Con esa información, los elementos de investigación se abocaron a la detención de Lucas. ¿Quién más?, si él era el único que quería dañar a la muchacha. No había prueba más contundente que la carta localizada en el interior del apartamento y en el incidente que narró el vigilante.

Después de una breve investigación, rápidamente dieron con el domicilio de Lucas, llegaron hasta ahí, tocaron la puerta y les atendió la madre de éste, quien negó que su hijo estuviera en su domicilio. La señora les informó que ese día por la mañana Lucas se había ido del estado para trabajar como mesero en Ciudad del Carmen.

Los investigadores no le creyeron y, así, sin orden de cateo ni nada, le metieron un empujón y se introdujeron en su domicilio a la brava; sin embargo, no lo encontraron por ningún lado. Constataron que el ropero de una habitación estaba vacío, lo cual significaba que Lucas se los había llevado toda la ropa y zapatos.

Regresaron a sus oficinas e inmediatamente solicitaron un oficio de colaboración a sus homólogos del lugar adonde seguramente estaba por llegar Lucas, a fin de que se le detuviera.

—¿Cómo se llama su primo, el que arregló el calentador del apartamento de la señorita Jovita —preguntó el más viejo de los policías de investigación a Lorenzo.

—Toño —contestó—. Vive en Infonavit Norte número 33, en el mismo municipio del lugar de los hechos, de hecho viene conmigo, está allá afuera, esperándome en el coche —agregó.

—Dile que pase, por favor.

Mientras tanto, en el Departamento de Tecnología de la Fiscalía se enfocaban en rastrear las señales que arrojaba el teléfono celular desaparecido en el apartamento, y que se suponía que Jovita llevaba consigo, o su captor, o sus captores.

Una muy, muy tenue señal se detectaba en el municipio de Texcoco, por tanto, todos se dirigieron a ese lugar. Buscaron, rastrearon y nada. Sin embargo, atrás de ellos llegó Zenón, quien les pedía que siguieran buscando. Ya estaba oscureciendo y decidieron regresar.

Sin embargo, Zenón, por simple curiosidad, vio a lo lejos que en las orillas de un terreno baldío se veía un bulto. Este objeto estaba recargado en una saliente que semejava el rostro de un chagal.

Detuvo la marcha de su vehículo y se dirigió a pie al lugar. Tan grande fue su sorpresa que casi se desmaya, se percató de que se trataba de la misma maleta con motivos de perritos que le pertenecía a Jovita y que no estaba en su apartamento. La reconoció porque él le había colocado un llavero con figura de corazón en el cierre. Trató de levantarla, pero estaba muy pesada, y notó que de entre los dientes del cierre se veía como cabello atorado. De inmediato se echó para atrás y llamó a quien dirigía el grupo de policías investigadores, le explicó lo sucedido. El oficial le dijo que regresaban de inmediato y que no tocara nada.

Así fue. Recogieron la maleta y en el SEMEFO se descubrió que el pequeño cuerpo de la desafortunada Jovita se encontraba en el interior de ésta, en posición fetal y desnuda. La causa de la muerte fue asfixia mecánica, con evidencia de ultraje sexual vía vaginal y anal.

Zenón estaba devastado, sin embargo, era mucha casualidad que fuera él quien encontrara la maleta, luego dijo que andaba en una junta en la zona centro del país y ni un boleto de avión presentó para acreditar su dicho. Y dijo que el celular era lo único que faltaba, ¡cómo no, se lo puso a la difunta en la maleta!

No, no, no, ¡este tipo es sospechoso!

A estas alturas ya tenemos cuatro posibles responsables:

- El novio Zenón.
- El exnovio Lucas.
- El vigilante Lorenzo.
- El plomero Toño.

Me dirigí a Jovita. He regresado de mis memorias en el juzgado de Tepoz, recuerdo que sentencié a alguno de esos cuatro sospechosos, pero siempre tuve la sensación de que hubo más de un individuo involucrado en su muerte.

—No estaba usted equivocado, fueron dos los que me sorprendieron en el interior de mi apartamento. ¿Recuerda usted cuando fue a mi apartamento a desahogar una prueba de inspección judicial?

—Por supuesto que lo recuerdo, fue traumático para mí, porque en la mesita de centro que tenías en la sala había una fotografía, en la cual aparecía un grupo de personas mostrando su título universitario, y entre ellos me encontraba yo.

—Sí, era usted, porque fue compañero de universidad de mi primo Adrián, que en paz descanse. De hecho, eran buenos amigos.

—Sí, claro, el buen Adrián. Falleció en un accidente automovilístico, no mucho tiempo después de que tomaron esa fotografía, que en paz descanse.

—Entonces, ¿usted vio quién fue el otro sujeto? Dé vista al fiscal, para que lo agarren y sentencien.

—No puedo hacer eso, porque ahora, al igual que tú, estoy muerto. Lo siento mucho.

Sin más, su figura se fue difuminando hasta desaparecer.

Ahora te toca descubrir a ti quién o quiénes fueron los responsables de este crimen atroz.

Perdóname que no te lo diga, pero estoy muy cansado.

Una historia llena
de incógnitas y dudas



De verdad, qué compleja, solitaria y angustiada es la vida de un juzgador o juzgadora. Las personas creen que solo llegas a tu oficina, firmas los expedientes y ordenas que se hagan las cosas. ¡Claro que no!

El que ha decidido entregarse a los brazos de la diosa de la justicia debe estar muy consciente de que ese amor será para toda la vida; debe consagrarse a ella en cuerpo, mente, corazón y alma, y ser sumamente cuidadoso de no caer en las tentaciones mundanas que ofrece el demonio.

Seguí mi camino, el paisaje ya se estaba aclarando, me volví a enfundar en mi toga y, paso a paso, llegué a un pueblito en el norte del Estado de México. Estaba completamente urbanizado y se había convertido en una zona de paso que permitía a los transportistas abastecerse de víveres y combustible para continuar su viaje hacia el norte del país.

Por ese motivo, mucha gente no era oriunda de este lugar, más bien era *flotante*, venían de todas partes de la República Mexicana, por lo tanto, no había una plena identidad entre sus miembros ni, mucho menos, unidad entre las personas nativas.

Esa situación siempre ocasiona inconvenientes, pues da lugar a relacionarse con todo tipo de individuos, cuyas costumbres, modos de vida y modales, no son exactamente compatibles con los tuyos.

En fin, tenía hambre y le pregunté a otro muerto viviente dónde podía comer.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, gracias, ¿y tú? ¿Cómo te tratan las tinieblas?

—Bien, aunque todavía no me acostumbro, fíjate que tengo muchos recuerdos.

—No te aflijas, es normal, es que todavía andas en el limbo, luego se te pasa.

—Una pregunta, ¿dónde puedo comer?

—Te recomiendo unos tacos de guisado, mira, te vas aquí derechito, pasas las vías y te los comes a pie con un buen refresco, están de primer nivel.

—¡Te invito, acompáñame!

—No, te agradezco. Es que hoy van mi esposa e hijos a visitarme al panteón, hoy cumpla 21 años de muerto.

—Ah, entiendo, ¡muchísimas felicidades! Que tengas una muy larga muerte, prosperidad y bienestar.

—Muchas gracias, mis deseos iguales y multiplicados para ti.

—Hasta pronto.

—Bye.

Tomé carretera hasta llegar al puesto ambulante de tacos. En efecto, estaba instalado en la vía pública y abarrotado de vivos y muertos, solo que del lado derecho se ubicaban los vivos, del lado izquierdo los muertos y, al centro, los que no estábamos del todo vivos ni del todo muertos. Ese era mi lugar y, en virtud de que no había gente, me pedí tres tacos, uno de caracol —que, por cierto nunca había probado—, otro de chicharrón en chile verde con frijoles y otro de cabeza, además de un buen refresco helado. Y así, con estilo, con el dedo meñique de la mano derecha levantado y nalga hacia afuera, ¡a comer se ha dicho!

La verdad, espléndidos los tacos de chicharrón y cabeza, pero el de caracol, nada más de verlo y probarlo, no, no, no, no me gustó, se lo di a un perrito negro que estaba al lado mío. No supe si estaba vivo o muerto, o ni uno ni otro, pero como dicen que los perros ven a los muertos, pues lo di por sentado, ellos son de otro mundo, y con singular alegría me ayudó a comer el taco de caracol.

Quise pagar y no me cobraron. Ahí descubrí una bondad: los muertos comemos de gorra.

Llegué a un inmueble que pertenecía a la Fiscalía General de Justicia. Entré y entre tanto personal se encontraba una agente del Ministerio Público, era amable y muy profesional en el desarrollo de sus actividades, trataba con respeto a los usuarios.

En un momento dado la vi salir, la seguí con la mirada y noté que abrazó efusivamente a un muchachillo, evidentemente menor que ella, ésta le llevaba 10 años, más o menos.

Luego regresó. Acto seguido llegó un señor mayor que la licenciada —como supe después, se llamaba Rebeca—, se dirigió a ella y, de mala gana, la saludó, incluso medio le apretó el brazo. No era un saludo amigable ni cordial.

Supe que este señor alto, canoso y fornido era su esposo; él respondía al nombre de Caifás.

Intercambiaron algunas palabras y salió del lugar.

En un momento, y de forma que no puedo explicar, tuve una regresión que me ubicó exactamente 25 años atrás.

¡Pero claro! A ellos los conocí hace muchísimos años, ella era ministerio público y él un próspero político al que le encantaban los caballos, los toros y todo lo relacionado con la charrería.

Y digamos que ella era como su mujer trofeo, pues, además de ser una destacada profesionista, era muy atractiva y él la presumía por todos lados.

A Rebeca siempre le incomodó esa actitud de Caifás, al que detestaba, pues siempre fue muy violento con ella y presentaba unos celos enfermizos.

Sinceramente, cuando resolví y conocí de ese asunto me dejó muchísimas dudas. Siempre creí que existió otra verdad, muy diferente a la que se planteó en el caso.

Saca tú tus propias conclusiones, ¡acompañame!

Rebeca conoció desde muy joven a Caifás, quien, siendo un hombre mayor que ella y con una trayectoria política relativamente importante, supo adularla, cortejarla, envolverla y llegar con ella hasta el altar. Incluso tuvieron dos hijos.

Sin embargo, su relación siempre fue muy conflictiva y violenta. No era extraño que Caifás la golpeará e, incluso, debido a sus extraordinarios celos, la sacaba a rastras de algún restaurante, plaza o lugar público.

Como aquella ocasión cuando entraron al Restaurante El Mono Glotón. Para desgracia de Rebeca, un señor de nombre Poncio se levantó de su mesa para saludarla, pero, como lo hizo de una forma demasiado efusiva en opinión de Caifás, éste no solo le reclamó y lo golpeó, sino que también sacó un arma de fuego con la cual amedrentó a los comensales.

Sacó de los cabellos a Rebeca y, afuera del restaurante, en el área de estacionamiento, la golpeó hasta que se cansó o, más bien, hasta que escuchó las sirenas de las patrullas.

Él fue detenido y ella llevada en ambulancia al hospital.

Esa acción fue la gota que derramó el vaso. Rebeca inició los trámites de divorcio.

Sin embargo, en otra ocasión, a la que regresé en una especie de viaje astral, me descubrí conviviendo en una fiesta muy animada y colorida.

Había muchísima gente, entre ellos estaba Rebeca, Caifás y el muchachito que había visto saludando a Rebeca efusivamente en la agencia del Ministerio Público cuando llegó. Ese joven era el ahijado de Rebeca y Caifás, y respondía al nombre de Jerónimo.

Los padres de éste, el diputado Conrado y su esposa Teresita de Jesús, le había pedido al eminente político y a la destacada abogada que fueran padrinos de confirmación de su hijo Jerónimo.

Jerónimo ya tenía 19 años, pero, por una cosa u otra, nunca lo habían confirmado como católico, apostólico y romano.

La amistad de ambas parejas era de muchísimos años, fueron vecinos en su juventud y ahora se reiteraba esa amistad con el compadrazgo.

Los observé y algo llamó mi atención: Rebeca no le quitaba la mirada a su ahijado y este, por su parte, sabedor de la simpatía que su madrina sentía hacia él, más se lucía, se acercaba a ella, le hacía reír, la sacaba a bailar, etcétera.

Así, concluyó la reunión, se despidieron y cada quien se fue para su casa, sin embargo, puertas adentro del domicilio del político y la abogada se desató un infierno, como era de esperar. Los celos de Caifás explotaron y, como un predador, se fue contra su presa, golpeándola hasta el cansancio y dejándola inconsciente.

Ese incidente, sumado a muchos más de la misma naturaleza, aunque de menor intensidad, marcó una ruptura definitiva en la relación de la pareja.

Aunque vivían juntos, ya no hacían vida marital, convinieron en que era lo mejor para sus hijos. No obstante, Caifás le advirtió a ella que, si se llegaba a enterar de que salía con otro tipo, la iba a matar.

Ahora entendí por qué aquel día que lo vi llegó a la Fiscalía y tomó muy fuerte del brazo a Rebeca, pues le estaba obligando a asistir a un campamento que se había organizado en el Rancho Las Ánimas, al cual asistirían sus hijos, los hijos de otros amigos y sus padres, quienes, a su vez, estaban organizando una velada para los adultos.

Todo ello no le gustaba a Rebeca, porque sabía que Caifás era muy borracho y temía que la fuera a golpear, sin embargo, sus hijos le rogaban que fuera con ellos y, ante tanta súplica, acabó por aceptar.

Así, llegó el día esperado, pero con la novedad de que los padres varones llevarían sus armas de fuego, pues, mien-

tras las madres preparaban los juegos, los alimentos y armaban las casas de campaña, aquellos practicarían tiro.

Noté en la mirada de Caifás un fuego extraño, situación que me inquietó sobremanera. Ese sujeto, además de violento, era traidor, tal y como lo sabían sus coterráneos del partido político.

Más me angustié cuando, al caminar por toda la enorme extensión del rancho, descubrí la presencia de un charro. Era un tipo grandote, muy fuerte y con una voz profunda.

Se me quedó mirando fijamente y me dijo:

—¡Qué milagro, juez! No te le escapaste a la flaca.

—No, no me le escapé, ¿qué quieres? En la vida todo tiene un principio y un fin, ni modo. ¿Pero tú quién eres?

—Bueno, a mí me dicen de muchas formas, lo cual me encanta. Esos “mortales” siempre me desafían, pero nada más me ven y lloran.

—Entiendo, tu voz es muy profunda, casi como si hablaras desde las entrañas de la madre tierra. ¿Acaso eres Lucifer?

—¡Eso, mi juez! Tú si eres listo, claro que soy yo.

—¿Y qué haces aquí?

—Vine a saludar al Caifás, le tengo un encargo; bueno ya lo platicamos y estoy en espera de que lo cumpla. De hecho, ya está todo dispuesto.

—¿Pero que le encargaste, cabrón?

—No te puedo decir, mejor sigue tu camino o te puede pasar algo. ¡Adiós!

Tenía la boca seca, nada estaba bien, me quedé muy afligido, sin embargo, seguí mi camino y llegué al campamento alrededor de las 9:00 p.m.

Todos estaban cenando, las casas de campaña ya armadas se encontraban dispuestas en círculo y, en medio, habían

prendido una gran fogata en la que cocinaban deliciosos bombones. De hecho, me comí dos de ellos. Por cierto, uno se me estaba atorando en la garganta y casi me ahogo, pero afortunadamente solo fue el susto.

Ya repuesto de ese incidente, fijé mi vista en la fogata. Otra vez descubrí la silueta de Lucifer en el interior del fuego. No hacía nada más que reír y mentarme la madre.

Escuché el sonido de un silbato, volteé y vi a uno de los dueños del rancho llamando a formación a todos los presentes.

La convivencia del día había terminado y todos debían dirigirse a su casa de campaña con sus padres. Al día siguiente irían muy temprano a ordeñar vacas, recolectar huevos en la granja y al río para practicar algunas actividades.

Así lo hicieron todos, sin embargo, el borracho de Caifás se encontraba extrañamente en su total juicio, ni una copa de vino había tomado, aunque comentaban que, cuando estuvieron practicando tiro, estaba como poseído, pues realizaba descarga tras descarga sin fallar un solo tiro. Incluso mató a dos palomas a pleno vuelo.

En un momento determinado me quedé solo en compañía de la enorme fogata y de Lucifer, quien se sentó a mi lado, tomó una punta de acero con mango de madera —era como una especie de picahielo, pero como de dos metros—, le ensartó un chingo de bombones, hasta que no cabía uno más, los coció en la lumbre y, así, al rojo vivo, se los comió. Ni gestos hizo.

—¡Qué rico está esto! El patrón de ustedes les da todo, felicidad, bendiciones, vida, aire, bosques, mares, animales, amor, dinero, viajes; los ama, los tolera, les ayuda... en una palabra, ¡todo! Pero no se llenan con nada, son codiciosos, envidiosos, ambiciosos —pero a la mala—. Matan, odian, roban, violan, defraudan, abusan, son adúlteros, perversos, destructores. ¡Qué bárbaros, me encantan! De ustedes vivo, ¡pobres estúpidos!

—No tengo nada que decir, tienes razón, pero todavía hay gente buena, son muy poquitos, pero sí hay.

—Ah, *chingá'*, ¿y a poco tú eres de esos poquitos, nada más porque el patrón te dio la encomienda de juzgar a tus semejantes?

—¡No, no lo soy!

—En fin, no te vayas porque se va a poner bueno.

Un par de lágrimas rodaron por mi mejilla, ahí me quedé solo un largo rato.

De pronto noté que todo el lugar se empezó a humedecer. Pensé que estaba lloviendo, pero no era así. Miré que la tubería por donde pasa el agua de riego para las tierras del rancho se había roto y un empleado del lugar trataba frenéticamente de repararla, pero entre más movía los tubos, más agua salía, casi como una cascada, con una presión fuertísima.

Inmediatamente las casas de campaña se empezaron a inundar. En ese momento todo mundo salió y el dueño del lugar, quien era gran amigo de Caifás, los invitó a pasar a unos cuartos dentro de la propiedad, los cuales estaban perfectamente acondicionados para que pasaran la noche, solo que sería compartiendo con otras familias.

Como era de esperar, los chiquillos estaban felices. Aunque los adultos no tanto, de mala gana aceptaron, y así se acomodaron: la familia Robles con los González, los Pérez con los Aguilar, los Sánchez con el político y la abogada.

Esta situación incomodó mucho a Rebeca, quien le dijo a Caifás que ella prefería regresar a su domicilio, pues, a fin de cuentas, quedaba a 45 minutos de distancia.

Extrañamente, Caifás le dijo que no había problema, que él se quedaría con los hijos, pero con la condición de que al día siguiente, antes de las 10:00 a.m., estuviera de vuelta en el rancho, pues el evento sería de tres días.

A tal petición y con sorpresa, Rebeca aceptó, tomó el vehículo y condujo hasta su domicilio.

Me subí al auto con ella, estaba muy silencioso todo, pero me di cuenta de que la abogada había bebido algunas copas, además de que estaba llorando; puso un *cassette* y empezó a sonar una canción del grupo Nacha Pop, *Lucha de gigantes* —una de mis canciones preferidas—.

Detuvo la marcha del vehículo, bajó y compró dos *six* de cerveza oscura, una cajetilla de cigarros y un queso añejo.

Yo la esperé en el auto. Subió nuevamente, encendió el motor, destapó una cerveza, encendió un cigarrillo y continuamos nuestro camino.

La acompañé e hice lo propio, me destapé una cerveza y, aunque en vida ya no fumaba, también me encendí un cigarrillo —ni modo que me muera de cáncer—.

La canción empezó a sonar (por favor, lector, antes de seguir, colócate los audífonos y escucha esta bellísima melodía).

En esos momentos sonó el teléfono móvil. ¡Era Jerónimo!

—Hola, ¿cómo estás? —dijo Jerónimo.

—No muy bien, ando muy deprimida, voy de camino a casa, tuve un evento, pero me disculpé.

—¿Estás sola o viene mi padrino?

—Voy sola. Él se quedó con mis hijos, voy a dormir sola. Traigo una docena de cervezas.

—¿Me invitas un trago?

—Pero lo nuestro ya terminó.

—Te lo suplico, te extraño mucho Rebe. Caifás no va a llegar.

—No, no, ya no. ¡Ya no!

—La última vez, te lo juro.

—Está bien, llego a las 2:30 a.m. Te espero afuera de mi casa, solo un par de cervezas y te vas.

—¡Va!

Me quedé estupefacto. Los celos del Caifás no eran infundados, seguramente sabía —o al menos sospechaba— que Rebeca lo engañaba o alguna vez lo engañó con su ahijado Jerónimo.

En fin, llegamos a la casa, en donde ya se encontraba Jerónimo sentado en una jardinera, con una bolsa de papas, una botella de ron y refrescos.

Rebeca bajó inmediatamente del auto. Yo, atrás de ella, la quise detener, pero no me fue posible. Sin más se arrojó a los brazos de su amado Jerónimo. Este le respondió con un beso apasionado, se fundieron en uno, no había duda de que esa pareja se amaba de verdad.

Así, se metieron a la casa y encendieron las luces. Noté que Jerónimo, quien entró atrás de Rebeca, no cerró la puerta, solo la emparejó.

Total, eran cosas íntimas, preferí quedarme afuera de la casa y me senté en la jardinera, encendí otro cigarro y destapé otra cerveza.

Entretanto, en el interior de la casa se escuchaba la canción *Aire soy*, que canta Miguel Bosé, luego *Verónica*, interpretada por Víctor Yturbe, *el Pirulí*.

Pasaron unos 40 minutos. Ya me disponía a retirarme, recogí mi basura, pero, de repente, noté que se acercaba, muy despacio, un vehículo oscuro con las luces apagadas. Ya eran cerca de las 4:00 a.m. y el manto de la noche aún cubría de penumbras el lugar.

Me agaché. El auto se detuvo a unos diez metros de la entrada de la casa de Rebeca y de éste descendió nada más ni nada menos que ¡Caifás!

—¡No, no, no! —grité, pero nadie me escuchaba, era una locura, solo se apreciaba la luz encendida de la casa. Ahora sonaba la canción *El breve espacio en que no estas*, de Pablo Milanés (por favor, escúchala).

Caifás traía fajada en la cintura la misma pistola plateada con la que había practicado tiro las horas previas.

Sigilosamente empujó la puerta y, en seguida, empuñó el arma con su mano derecha.

Volteé al lado contrario de la ubicación de la casa, precisamente hacia el lugar más oscuro. Ahí, ahí mismo se encontraba el Charro, aquel con el que había conversado la tarde/noche anterior. Sí, el mismísimo Lucifer. Ahora sí, el ángel de la maldad, un rostro inimaginable que solo reflejaba muerte y aflicción, escuché su risa profunda y una voz tan estremecedora que me dejó paralizado.

En ese momento volví la vista a la casa del matrimonio. Escuché gritos, golpes y objetos que azotaban por todos lados.

—¡No, no, padrinito, no! ¡Perdóneme, padrinito! —al mismo tiempo, desnudo, Jerónimo agarró carrera y salió corriendo de la casa, solo con los pantalones en la mano. ¡Ni el polvo le vi!

Pero, en el interior de la casa, el demonio estaba suelto, Lucifer ya se había metido, yo lo vi.

En un punto se encendieron las luces de las casas de un par de vecinos. El escándalo los había alertado.

El silencio se apoderó nuevamente del lugar y se escuchó un balazo. Todo enmudeció y la noche se hizo más negra; el Charro desapareció y el dolor dejó sentir su presencia.

Los municipales llegaron y detuvieron a Caifás. Más tarde, cuando ya había amanecido, arribó la ambulancia. Entré a la casa con los paramédicos y vi a Rebeca desnuda y tirada en el piso de la cocina, con un visible impacto de bala que había entrado a la altura de la quijada, de abajo hacia arriba.

—¡Aún tiene signos vitales, vamos a llevarla al hospital!
—gritó un paramédico.

Todos abordamos la ambulancia y llegamos al hospital, pero, dos horas más tarde, Rebeca fue declarada muerta a sus 29 años.

Me fui caminando y así llegué al juzgado. Ahí estaba detenido Caifás, quien se había blindado con unos abogados —un par de ellos habían sido jueces hace algunos años—.

Yo, un joven juez, me enfrentaba en duelo mortal a un asunto sumamente complejo, por lo mediático que se volvió, lo aguerrido de los abogados y la ferocidad de los fiscales.

Ahí es donde de verdad te sientes solo, pero no hay marcha atrás, eres un guerrero, y un buen guerrero no mira más que para adelante. Si has de morir en la batalla, que sea con la cara al sol.

Así, nos enfrascamos en un combate entre valientes y honorables señores.

Caifás, con la mirada desorbitada, siempre alegó:

—Señor juez, mi esposa regresó a la casa porque el lugar del campamento se había inundado, ella no se quiso quedar en el cuarto que habríamos de compartir con otra familia. Yo me quedé preocupado porque regresó sola y se había echado unas copas, por eso le pedí su carro a Paco, el dueño del rancho, para regresar a la casa con ella y constatar que estaba bien. Si llevaba el arma conmigo era porque habíamos practicado tiro en la tarde y ni modo que la dejara en el rancho, podía ocurrir un accidente si un chamaco la encontraba y se ponía a jugar, ya ve cómo son. Cuando llegué a casa, de lejos vi mi auto, lo cual me tranquilizó, pero tan pronto me acerqué, escuché música proveniente de mi hogar y las luces encendidas, además de que la puerta de entrada no estaba bien cerrada, más bien emparejada. Por un momento pensé que mi esposa se la había seguido, es decir, se quedó entrada con la bebida y tal vez estaba tomando.

¡Grande fue mi sorpresa cuando entré y escuché gemidos que provenían de la cocina! Saqué mi arma y, con cautela, me fui acercando.

Sí, señor juez, me apena, pero descubrí a mi esposa Rebeca teniendo relaciones sexuales con mi ahijado Jerónimo. De inmediato agarré a patadas a Jerónimo, quien solo decía: “¡No padrinito, no padrinito!, ¡perdóneme!”, y desnudo corrió el cobarde. Levanté a Rebeca, y sí, la golpeé unas dos o tres veces con la cacha de la pistola. Al momento, ella acomodó el arma tipo revólver calibre 38 especial con el cañón hacia arriba. Yo le propiné otro golpe con la misma, imagine usted el arma como si fuera un ladrillo o una piedra, entonces, se la atascó en la cara a la altura de la barbilla y se escuchó una detonación, porque ella también tenía el arma tomada con su mano. ¡Ella fue quien apretó el gatillo! ¡Soy inocente! ¡Yo no la maté! ¡Yo la amaba!

Las periciales en química arrojaron positividad en palmas y manos derecha e izquierda de Rebeca y Caifás, indicando que habían tenido contacto con pólvora. También dio positivo la prueba de alcoholemia en Rebeca. La prueba en ginecología evidenció rastros de coito reciente en Rebeca.

Todos los testigos confirmaron que se había inundado el campamento y la licenciada se había incomodado y retirado en su auto; asimismo, que habían practicado tiro y que Caifás llevaba su arma calibre 38 especial.

—Sí, le presté mi vehículo Ford color azul marino para que fuera a su casa, ya que estaba muy preocupado por la seguridad y bienestar de su esposa —testificó Paco, dueño del rancho.

Se desahogó una reconstrucción judicial de los hechos. Constaté que la zona donde instalaron las casas de campaña sí era susceptible de inundación por problemas ocasionados en el sistema de riego en el lugar.

Se obtuvieron testimonios de buena conducta a favor de Caifás:

El testigo estrella fue el ahijado Jerónimo:

—Sí, acepto que tenía una relación sentimental con mi madrina Rebeca. Sí, acepto que mi padrino Caifás nos descubrió en el acto sexual. Acepto que, cuando lo vi, me pateó en su casa; en la cocina estábamos Rebeca y yo totalmente desnudos en el piso teniendo relaciones sexuales. Acepto que, al notar la presencia de mi padrino, quien estaba armado, me invadió el miedo, como pude me levaté, alcancé a tomar mis pantalones y abandoné a Rebeca a su suerte. ¡Perdóneme, padrino, perdóneme!

Dato curioso, intentó llorar, pero nunca vi ni una sola lágrima y su testimonio fue como un guion de película.

Lo interesante de este caso son todas las dudas que me dejó.

En efecto, sucedió la muerte de una persona, en este caso, de Rebeca.

Pero... ¿hay una eximente putativa (está justificado)?, ¿es un homicidio imprudencial o culposo?, ¿es un homicidio calificado (premeditación), con ventaja, alevosía o traición?, ¿existe alguna atenuante?

¡Ojo!, en ese tiempo no existía el delito de feminicidio.

Ayúdame a resolverlo, por favor.

O quizás... ¿todo estuvo armado?

Por cierto, como dato curioso, terminé con muchas fricciones con uno de los abogados defensores que había sido juez, porque su teoría era que no había ningún delito de homicidio. Que, si acaso había delito, era un delito de lesiones que ponían en peligro la vida de Rebeca.

—¿Por qué afirma eso? —le pregunté—, si aquí existe un protocolo de necropsia y la licenciada Rebeca, ahora víctima, murió a consecuencia de un disparo de arma de fuego. Es decir, ¡murió! Eso es homicidio, y murió seis horas después de haber recibido el disparo.

—Con todo respeto, juez, yo soy doctor en derecho, usted está muy joven y no creo que tenga los conocimientos suficientes ni la experiencia necesaria para entender la teoría del delito, ni mucho menos interpretar correctamente la dogmática jurídica de los ilustres autores nacionales e internacionales. Yo fui juez, y de los chingones.

—Sí, pues mucho gusto, pero no entiendo por qué el exjuez —de los chingones— afirma que este caso es de lesiones y no homicidio.

—Muy fácil: para que sea homicidio, la víctima debe morir en el momento mismo que recibe el balazo, es decir, si muere una, o dos, o tres horas después ya no es homicidio, se traduce en lesiones.

—Ah, caray. Entonces, ¿disparando y matando no hay homicidio?

—Así es.

—¡Bueno!

Al día de hoy, no sé si me quiso tomar el pelo o de verdad era juez de los buenos, pero creo firmemente que por algo no lo ratificaron en el cargo.

Nunca vi arrepentimiento en Caifás, y tampoco mostró sentimiento alguno por haber sido engañado por su esposa, ¿o es que en su caso hay algo más?

El testigo y amante Jerónimo nunca fue procesado ni se presentó querrela en su contra por el delito de adulterio, que en aquél entonces sí estaba tipificado en el Código Penal.

¿Existió algún contubernio entre los dueños del rancho, Jerónimo y Caifás? ¿Fue un complot?

¿Qué pasó realmente? No lo supe, y ahora de muerto ¡menos!

Casi olvidaba que una tarde, encontrándome en el juzgado, pasó a mis oficinas una de mis colaboradoras de nombre Daysi.

—¿Puedo hablar con usted?

—Claro, claro, dime. Estoy a tus órdenes.

—Es que ya ve que yo llevo las audiencias de señor político Caifás, y cada que sale tras las rejas se la pasa acosándome, me da mucho miedo. Le he dicho al custodio pero no le dice nada, solo se ríe.

—¿Qué te dice?

—“Qué guapa, uy, te ves de lujo, mi amor. Yo sí te pongo tu casota, ya mero salgo, te voy a hacer la primera dama del municipio”.

—¿Qué le dices tú?

—Bueno, al principio lo tomé como broma y nada más sonreía, pero ya me manda flores a mi casa y me envía tarjetas declarándome su amor.

—¿Tú le diste tu domicilio?

—No, para nada.

—Mañana que tengas audiencia con él, me avisas.

—Sí. Gracias, señor, perdón por la molestia.

—No me agradezcas, pero ya no estés de igualada regalando sonrisas.

Así fue. Me apersoné en la audiencia, antes de comenzar pedí platicar con el personaje indicado, y asunto arreglado.

Fin



La huella imborrable.
El último viaje de un juez
se terminó de imprimir en la
Ciudad de México en noviembre de 2024.
La edición consta de 500 ejemplares
más sobrantes para reposición.

Las juezas y jueces, siempre han sido censurados por el despiadado Tribunal de la "opinión pública", sus decisiones se cuestionan y los acusan de traicionar a la Ley. Empero, alguna vez te has preguntado. ¿Cómo vive la justicia un siervo de ella? ¿Cuáles son sus angustias, soledad, sufrimiento y dolor? Acompáñame, quizás ahora los entiendas mejor.

